

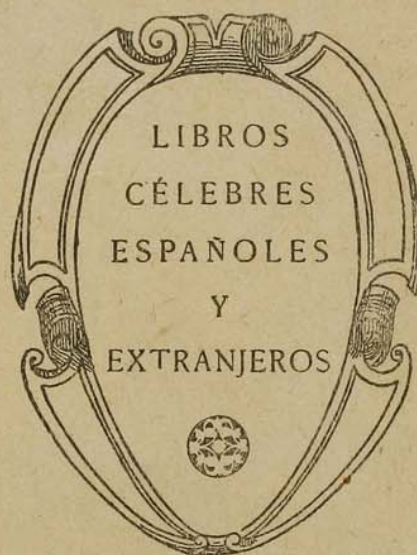
EL LIBRO DE LAS MIL NOCHES y UNA NOCHE



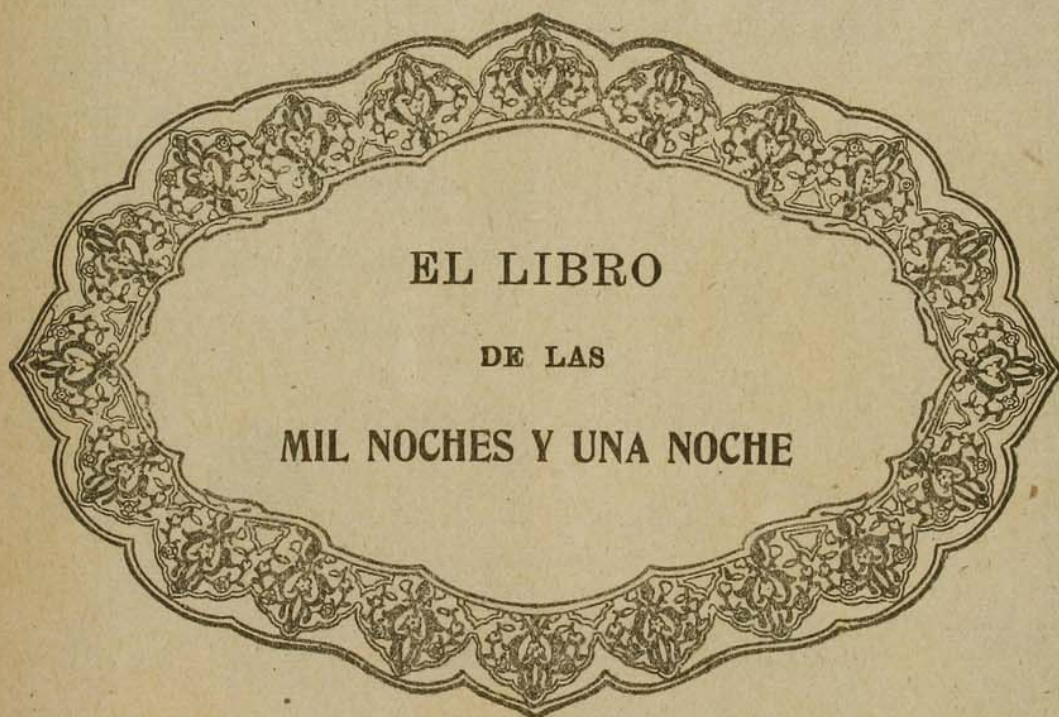
TRADUCCIÓN DIRECTA
Y LITERAL DEL ÁRABE
POR EL D.^o J. C. MARDRUS
VERSIÓN ESPAÑOLA DE
■ V. BLASCO IBAÑEZ ■
PRÓLOGO DE E. GÓMEZ CARRILLO

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

PROMETEO
VALENCIA



Director literario: V. Blasco Ibáñez





ES PROPIEDAD. DERECHOS
EXCLUSIVOS DE TRADUCCIÓN
AL ESPAÑOL.



EL LIBRO DE LAS MIL NOCHES Y UNA NOCHE

TRADUCCIÓN DIRECTA Y LITERAL DEL ÁRABE POR EL

Doctor J. C. MARDRUS

Versión española de VICENTE BLASCO IBAÑEZ

PRÓLOGO DE E. GÓMEZ CARRILLO

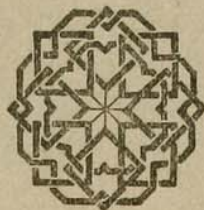
TOMO DÉCIMOCUARTO

Las aventuras de Hassán Al-Bassri (*Continuación*).—El diván de las gentes alegres y des-
preocupadas.—Historia del dormido despierto.
— Los amores de Zein Al Mawassif.—Historia
del joven holgazán.—Historia del joven Nur y
de la franca heroica.

PROMETEO

Germanías, 33.—VALENCIA

(Published in Spain)

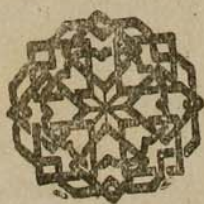


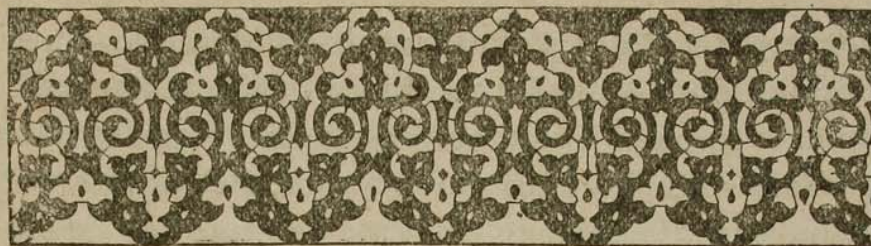
AL DOCTOR

LUCIANO DE BEURMANN

MÉDICO DE HOSPITALES—QUE REALIZA LA
IDEA QUE TENEMOS DE LO QUE DEBE SER UN
SABIO—, ESTE HOMENAJE DE SU AMIGO,

J. C. M.





LAS AVENTURAS DE HASSÁN AL-BASSRI

(CONTINUACIÓN)

PERO CUANDO LLEGÓ
LA 610.^a NOCHE



Ella dijo:

...Entonces, aunque muy aterrada, la vieja se arrojó á los pies de su ama, y le cogió la orla de su traje, cubriéndose con ella la cabeza, y le dijo: «¡Oh gran reina! ¡por mis títulos de nodriza que te ha criado, no te apresures á castigarle, máxime sabiendo ya que es un pobre extranjero que afrontó muchos peligros y experimentó muchas tribulaciones! Y sólo merced á la larga vida que le tiene decretada el Destino pudo resistir los tormentos que saliéronle al paso. ¡Y lo más grande y más digno de tu nobleza ¡oh reina! es que le per-

dones y no viales á costa suya los derechos de la hospitalidad! Además, considera que únicamente el amor le impulsó á esta empresa fatal; y que se debe perdonar mucho á los enamorados. Por último, ¡oh reina mía y corona de nuestra cabeza! has de saber que si me atreví á venir á hablarte de este joven tan hermoso, es porque ninguno entre los hijos de los hombres sabe como él construir versos é improvisar odas. ¡Y para comprobar mi aserto, no tendrás mas que mostrarle al descubierto tu rostro, y verás cómo sabe celebrar tu belleza!» Al oír estas palabras de la anciana, la reina sonrió, y dijo: «¡En verdad que no faltaba ya mas que eso para colmar la medida!» Pero, no obstante la severidad de su actitud, la princesa Nur había quedado conmovida hasta el fondo de sus entrañas por la belleza de Hassán, y nada más de su gusto que experimentar las dotes del joven, lo mismo con versos que con lo que siempre es consecuencia de los versos. Así, pues, fingió dejarse convencer por las palabras de su nodriza, y levantándose el velo, mostró al descubierto su rostro.

Al ver aquello, Hassán lanzó un grito tan estridente, que se estremeció el palacio; y cayó sin conocimiento. Y la vieja le prodigó los cuidados oportunos y le hizo volver en sí; luego le preguntó: «¿Pero qué tienes, hijo mío? ¿Y qué viste para turbarte de ese modo?» Y Hassán contestó: «¡Ah, lo que he visto, ya Alah! ¡La reina es mi propia esposa, ó por lo menos, se parece á mi esposa como la

mitad de un haba partida se parece á su hermana!» Y al oír estas palabras, la reina se echó á reír de tal manera, que se cayó de lado, y dijo: «¡Este joven está loco! ¡Pues no dice que soy su esposa! ¡Por Alah! ¿y desde cuándo son fecundadas las vírgenes sin auxilio del varón y tienen hijos del aire del tiempo?» Luego encaróse con Hassán, y le dijo riendo: «¡Oh querido mío! ¿quieres decirme, al menos, para que me entere, en qué me parezco á tu esposa y en qué no me parezco á ella? ¡Porque noto que, á pesar de todo, sientes una perplejidad grande con respecto á mí!» El joven contestó: «¡Oh soberana de reyes, asilo de grandes y pequeños! ¡fué tu belleza quien me volvió loco! ¡Porque te pareces á mi esposa en los ojos más luminosos que estrellas, en la frescura de tu tez, en el encarnado de tus mejillas, en la forma erecta de tus hermosos senos, en la dulzura de tu voz, en la ligereza y elegancia de tu cintura y en otros muchos atractivos de que no hablaré por respeto á lo que permanece velado! ¡Pero, mirando bien tus encantos, encuentro entre tú y ella una diferencia, visible solamente para mis ojos de enamorado, y que no te podría expresar con la palabra!»

Cuando la princesa Nur Al-Huda oyó estas frases de Hassán, comprendió que el corazón del joven jamás se decidiría por ella; y concibió un violento despecho, y se juró descubrir cuál de sus hermanas las princesas era aquella de quien Hassán habíase convertido en esposo sin asentimiento

del rey, padre de todas. Y se dijo: «¡Me vengaré así de Hassán y de su esposa, saciando en ambos mi justo rencor!» Pero ocultó sus pensamientos en el fondo de su alma, y encarándose con la vieja, dijo: «¡Oh nodriza! ve pronto á buscar á mis seis hermanas, á cada una en la isla que habita, y diles que me pesa en extremo su ausencia, pues hace ya más de dos años que no me han visitado. ¡E invítalas de parte mía á que vengan á verme, y tráetelas contigo! ¡Pero líbrate sobre todo de decirles una palabra de lo que ha sucedido ni de anunciarles la llegada de un extranjero joven que va en busca de su esposa! ¡Ve, y no tardes!»

La anciana, que no podía suponer las intenciones de la princesa, salió del palacio en seguida, y rápida como el relámpago, voló á las islas en que se hallaban las seis princesas, hermanas de Nur Al-Huda. Y sin dificultad logró decidir á las cinco primeras á que la siguieran. Pero cuando llegó á la séptima isla, donde habitaba la princesa más joven con su padre, el rey de reyes de los genn, le costó mucho trabajo hacerla acceder al deseo de Nur Al-Huda. Porque, no bien fué la princesa más joven á pedir á su padre el rey permiso para ir con la Madre-de-las-Lanzas á visitar á su hermana mayor, el rey, conmovido hasta el límite de la conmoción por aquella demanda, exclamó: «¡Ah hija mía bienamada, preferida de mi corazón! Algo en mi alma me dice que no te veré ya, como te alejes de este palacio. Y además, esta noche he tenido un

ensueño aterrador que voy á contarte. Sabe, pues, hija mía, ¡oh pupila de mis ojos!...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGÓ
LA 611.^a NOCHE

Ella dijo:

»...Sabe, pues, hija mía, ¡oh pupila de mis ojos! que esta noche un ensueño pesó sobre mi sueño y oprimió mi pecho. En efecto, durante mi ensueño, paseábame por entre un tesoro oculto á todas las miradas y cuyas riquezas sólo se mostraban á mis ojos. Y admiraba yo cuanto veía; pero no se detenían mis miradas mas que sobre siete piedras preciosas que brillaban con resplandor espléndido en medio de todo lo demás. Pero la más pequeña era la más hermosa y la más atrayente. Así es que, para admirarla mejor y ponerla al abrigo de las miradas, la cogí en mi mano, la apreté contra mi corazón y abandoné el tesoro, llevándomela conmigo. Y cuando la tenía ante mis ojos bajo los rayos del sol, un pájaro de especie extraordinaria, y como nunca se han visto en estas islas, cayó de pronto sobre mí, me arrancó la piedra preciosa y emprendió el vuelo. Y quedé sumido en el estupor

y en el dolor más vivo. Y al despertar, tras de toda una noche de tormentos, hice venir á los intérpretes de ensueños y les pedí la explicación de lo que en mi ensueño había visto. Y me contestaron: «¡Oh rey nuestro! ¡las siete piedras preciosas son tus siete hijas, y la piedra más pequeña, arrebatada de entre tus manos por el pájaro, es tu hija más pequeña, que por fuerza arrancarán á tu afecto!» ¡Y he aquí, hija mía, que ahora tengo mucho miedo á dejarte que te alejes con tus hermanas y la Madre-de-las-Lanzas para ir á ver á tu hermana mayor Nur Al-Huda, pues no sé qué contratiempos pueden surgir en tu viaje, ya al ir, ya al volver!» Y Esplendor (que ella propia era la esposa de Hassán) contestó: «¡Oh soberano y padre mío! ¡oh gran rey! no ignoras que mi hermana mayor, Nur Al-Huda, ha preparado en honor mío una fiesta, y me espera con la más viva impaciencia. Y hace ya más de dos años que pienso siempre en ir á verla; y debe tener ahora toda clase de motivos para no estar muy satisfecha de mi conducta. Pero no temas nada, ¡oh padre mío! Y no olvides que hace algún tiempo, cuando hice con mis compañeras un viaje lejano, también me creíste perdida para siempre, y me guardaste luto. Y sin embargo, volví sin contratiempos y con buena salud. De la misma manera me ausentaré esta vez todo lo más un mes, al cabo del cual regresaré, si Alah quiere. Además, si se tratase de alejarme de nuestro reino, comprendo tu emoción; pero aquí, en nuestras

islas, ¿á qué enemigo puedo temer? ¿Quién podrá llegar á las islas Wak-Wak, después de haber cruzado la Montaña de las Nubes, las Montañas Azules, las Montañas Negras, los Siete Valles, los Siete Mares y la Tierra de Alcanfor Blanco, sin perder mil veces su alma en el camino? ¡Ahuyenta, pues, de tu espíritu toda inquietud, ¡oh padre mío! refresca tus ojos y tranquiliza tu corazón!»

Cuando el rey de los genn oyó estas palabras de su hija, consintió en dejarla marchar, aunque de muy mala gana, y haciéndole prometer que no estaría con su hermana mas que unos días. Y le dió una escolta de mil amazonas y la besó con ternura. Y Esplendor se despidió de él, y después de ir á besar á sus dos hijos al sitio en donde estaban ocultos, sin que nadie sospechara su existencia, pues desde su llegada se los confió á dos esclavas abnegadas, siguió á la vieja y á sus hermanas, encaminándose á la isla en que reinaba Nur Al-Huda.

Y he aquí que, para recibir á sus hermanas, Nur Al-Huda se había puesto un traje de seda roja, adornado con pájaros de oro cuyos ojos, picos y uñas eran de rubíes y esmeraldas; y cargada de atavíos y pedrería, hallábase sentada sobre el trono en la sala de audiencias. Y ante ella manteníase de pie Hassán; y á su derecha estaban formadas en fila unas jóvenes con espadas desnudas; y á su izquierda había otras jóvenes con largas lanzas puntiagudas.

En aquel momento llegó la Madre-de-las-Lanzas

con las seis princesas. Y pidió audiencia, y por orden de la reina introdujo primero á la mayor de las seis, que se llamaba Nobleza-de-la-Raza. Iba vestida con un traje de seda azul, y era aún más bella que Nur-Al-Huda. Y se adelantó hasta el trono, y besó la mano de su hermana, que hubo de levantarse en honor suyo y la besó y la hizo sentarse á su lado. Luego se encaró con Hassán, y le dijo: «Dime, ¡oh adamita! ¿es esta tu esposa?» Y contestó Hassán: «¡Por Alah, ¡oh mi señora! que es maravillosa y bella como la luna al salir; tiene cabellera de carbón, mejillas delicadas, boca sonriente, senos erguidos, coyunturas finas y extremidades exquisitas! Y diré, para celebrarla, en verso:

¡Avanza vestida de azul, y se la creería un pedazo arrancado del azul de los cielos!

¡En sus labios trae una colmena de miel, en sus mejillas un pensil de rosas, y en su cuerpo, corolas de jazmín!

¡Al ver su talle recto y fino y su grupa monumental, se la tomaría por una caña hundida en un montículo de movable arena!

»Así la veo, ¡oh mi señora! ¡Pero entre ella y mi esposa hay una diferencia que se niega á expresar mi lengua!»

Entonces Nur Al-Huda hizo seña á la vieja nodriza para que introdujera á su segunda hermana. Y entró la joven, vestida con un traje de seda color

de albaricoque. Y era aún más bella que la primera; y se llamaba Fortuna-de-la-Casa. Y tras de besarla, su hermana la hizo sentarse al lado de la anterior, y preguntó á Hassán si reconocía en ella á su esposa. Y Hassán contestó...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGÓ
LA 612.^a NOCHE

Ella dijo:

...y preguntó á Hassán si reconocía en ella á su esposa. Y Hassán contestó: «¡Oh soberana mía! arrebatas la razón de quienes la miran y encadena los corazones de quienes se acercan á ella; y he aquí los versos que me inspira:

¡La luna de verano en medio de una noche de invierno no es más hermosa que tu llegada, ¡oh joven!

Las trenzas negras de tus cabellos prolongadas hasta tus tobillos, y las bandas tenebrosas que te ciñen la frente, me impulsan á decirte:

*«¡Ensombreces la aurora con el ala de la noche!»
Pero tú me contestas: «¡No, no! ¡sólo es una nube que ha ocultado la luna!»*

»Así la veo, ¡oh soberana mía! ¡Pero entre ella y mi esposa hay una diferencia que mi lengua es impotente para describir!» Entonces Nur Al-Huda hizo seña á la Madre-de-las-Lanzas, que apresuróse á introducir á la tercera hermana. Y entró la joven vestida con un traje de seda granate; y era aún más bella que las dos primeras, y se llamaba Claridad-Nocturna. Y después de besarla, su hermana la hizo sentarse al lado de la anterior, y preguntó á Hassán si reconocía en ella á su esposa. Y Hassán contestó: «¡Oh reina mía y corona de mi cabeza! en verdad que hace huir la razón de los más prudentes, y mi asombro ante ella me induce á improvisar estos versos:

¡Te balanceas ligera cual la gacela, ¡oh llena de gracia! y tus párpados, á cada movimiento, lanzan flechas mortales!

¡Oh sol de belleza! ¡Tu aparición llena de gloria los cielos y la tierra, y tu desaparición tiende tinieblas sobre la faz del universo!

»Así la veo, ¡oh reina del tiempo! ¡Pero á pesar de todo, mi alma se niega á reconocer en ella á mi esposa, no obstante la semejanza extremada de las facciones y el ademán!» Entonces, á una seña de Nur Al-Huda, la vieja amazona introdujo á la cuarta hermana, que se llamaba Pureza-del-Cielo. Y la joven iba vestida con un traje de seda amarilla con dibujos á lo ancho y á lo largo. Y besó

á su hermana, que la hizo sentarse al lado de las otras. Y al verla Hassán, improvisó estos versos:

¡Aparece como la luna llena en una noche feliz, y sus miradas mágicas alumbran nuestro camino!

¡Si me acerco á ella para calentarme con el fuego de sus ojos, al punto véome rechazado por los centinelas que la defienden: sus dos senos firmes y duros cual el granito!

»Y no la describo toda entera, porque para ello tendria que improvisar una oda larga. ¡Sin embargo, ¡oh mi señora! debo decirte que no es mi esposa, aunque su semejanza con ella asombre! Entonces Nur Al-Huda hizo entrar á su quinta hermana, que se llamaba Blanca-Aurora, y que se adelantó moviendo las caderas; y era tan flexible como una rama de ban y tan ligera como un tierno pavo real. Y tras de haber besado á su hermana mayor, sentóse en el sitio que le asignaron, al lado de las demás, y se arregló los pliegues de su traje de seda verde labrado de oro. Y Hassán, al verla, improvisó estos versos:

¡La flor roja de la granada no está mejor velada con sus hojas verdes que vestida estás tú ¡oh joven! con esa camisa encantadora!

Y si te pregunto: «¿Qué vestidura es esa que tan bien sienta á tus mejillas solares?» Me respondes: «¡No tiene nombre, porque es mi camisa!»

Y exclamo yo: «¡Oh maravillosa camisa suya, causa de tantas heridas mortales! ¡te llamaré la camisa que parte corazones!

¿Y no eres tú aún más maravillosa, ¡oh joven!? Si te yergues con tu belleza para deslumbrar ojos humanos, tus caderas te dicen: «¡No te muevas! ¡no te muevas! ¡Lo que va detrás de nosotras es demasiado abrumador para nuestras fuerzas!»

Y si entonces avanzo implorándote ardientemente, tu belleza me dice: «¡Anda! ¡anda!» Pero cuando me dispongo á obrar, me dice tu pudor: «¡No! ¡no!»

Cuando Hassán hubo recitado estos versos, toda la concurrencia quedó maravillada de su talento; y la propia reina, á pesar de su rencor, no pudo por menos de mostrarle su admiración. Así es que la vieja amazona, protectora de Hassán, se aprovechó del buen cariz que tomaba el asunto para tratar de volver á Hassán á la gracia de la vengativa princesa, y le dijo: «¡Oh soberana mía! ¿te había engañado al hablarte del arte admirable de este joven para la construcción de versos? ¿Y acaso no es delicado y discreto en sus improvisaciones? ¡Te ruego, pues, que olvides por completo la audacia de su empresa, y le agregues á tu persona en adelante como poeta, utilizando su talento para las fiestas y ocasiones solemnes!» Pero la reina contestó: «¡Sí! ¡mas quisiera acabar la prueba ante todo! ¡Haz que entre en seguida mi hermana pequeña!...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGÓ
LA 613.^a NOCHE

Ella dijo:

»...¡Sí! ¡mas quisiera acabar la prueba ante todo! ¡Haz que entre en seguida mi hermana pequeña!» Y salió la vieja, y un instante después volvió llevando de la mano á la joven menor, la cual se llamaba Ornamento-dél-Mundo, ¡y no era otra que Esplendor!

¡Así entraste, ¡oh Esplendor! é ibas vestida sólo con tu belleza, desdeñando atavíos y velos engañosos! ¡Pero qué Destino tan lleno de calamidades te seguía los pasos! ¡Tú lo ignorabas, sin saber todavía cuanto estaba escrito con respecto á ti en el Libro de la Suerte!

Cuando Hassán, que se hallaba de pie en medio de la sala, vió llegar á Esplendor, lanzó un grito estridente y cayó en tierra, privado de sentido. Y al oír aquel grito, Esplendor se volvió y reconoció á Hassán. Y conmovida de ver á su esposo, á quien creía tan lejos, se desplomó cuan larga era, contestando con otro grito, y perdió el conocimiento.

Al ver aquello, la reina Nur Al-Huda no dudó ni por un instante de que su última hermana fuese

la esposa de Hassán, y no pudo disimular más tiempo sus celos y su furor. Y gritó á sus amazonas: «¡Coged á ese adamita y arrojadle de la ciudad!» Y las guardias ejecutaron la orden, y se llevaron á Hassán y fueron á arrojarle de la ciudad á la playa. Luego la reina encaróse con su hermana, á la cual habían hecho volver de su desmayo, y le gritó: «¡Oh libertina! ¿cómo te arreglaste para conocer á ese adamita? ¡Y cuán criminal fué en todos sentidos tu conducta! ¡No solamente te casaste sin el consentimiento de tu padre y de tu familia, sino que abandonaste á tu esposo y dejaste tu casa! ¡Y así has envilecido tu raza y la nobleza de tu raza! ¡Esa ignominia no puede lavarse mas que con tu sangre!» Y gritó á sus mujeres: «¡Traed una escala y atad á ella por los cabellos á esa criminal, y azotadla hasta que brote sangre!» Luego salió de la sala de audiencias con sus hermanas, y fué á su aposento para escribir á su padre el rey una carta en la cual le enteraba con todos sus detalles de la historia de Hassán y su hermana, y al mismo tiempo que el oprobio salpicado sobre toda la raza de los genn, le participaba el castigo que creyó oportuno imponer á la culpable. Y terminaba la carta pidiendo á su padre que le respondiera lo más pronto posible para decirle su opinión acerca del castigo definitivo que pensaba infligir á la hija criminal. Y confió la carta á una mensajera rápida, que apresuróse á llevársela al rey.

Cuando el rey leyó la carta de Nur Al-Huda,

vió ennegrecerse el mundo ante sus ojos, é indignado hasta el límite de la indignación por la conducta de su hija menor, contestó á su hija mayor que todo castigo sería leve en comparación con el delito, y que había que condenar á muerte á la culpable; pero que, á pesar de todo, dejaba el cuidado de ejecutar esta orden á la prudencia y justicia de la joven.

Y he aquí que, mientras Esplendor, abandonada en manos de su hermana, gemía atada por los cabellos á la escala y esperaba el suplicio, Hassán, á quien habían arrojado á la playa, acabó por volver de su desmayo, y hubo de pensar en la gravedad de su desgracia, cuyo alcance, por cierto, no suponía aún. ¿Qué iba á esperar ya? Ahora que ningún poder lograría socorrerle, ¿qué iba á intentar y cómo iba á arreglarse para salir de aquella isla maldita? Y se incorporó, presa de la desesperación, y echó á andar sin rumbo á lo largo del mar, confiando todavía en hallar algún remedio para sus males. Y entonces acudieron á su memoria estos versos del poeta:

¡Cuando no eras mas que un germen en el seno de tu madre, formé tu destino con arreglo á Mi Justicia, y lo orienté en el sentido de Mi Visión!

¡Deja, pues, ¡oh criatura! que sigan su curso los acontecimientos: no puedes oponerte á ello!

¡Y si la adversidad se cierne sobre tu cabeza, deja á tu destino el cuidado de desviarla!

Este precepto de prudencia reanimó un tanto el valor de Hassán, que continuó caminando á la ventura por la playa y tratando de adivinar lo sucedido durante su desmayo, y por qué le habían abandonado de aquel modo sobre la arena. Y mientras reflexionaba de tal suerte, encontróse con dos pequeñas amazonas de unos diez años que estaban pegándose puñetazos. Y no lejos de ellas, vió tirado en tierra un gorro de cuero sobre el cual aparecían trazados dibujos y escrituras. Y se acercó á las niñas, procuró separarlas, y les preguntó por el motivo de su querella. Y le dijeron que se disputaban la posesión de aquel gorro. Entonces Hassán les preguntó si querían que actuara de juez y si se entregaban á él para que las pusiera de acuerdo acerca de la posesión del gorro. Y en cuanto las niñas aceptaron la proposición, Hassán cogió el gorro, y les dijo: «¡Pues bien; voy á tirar al aire una piedra, y el gorro será para aquella de vosotras dos que antes me la traíga!...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ
LA 614.^a NOCHE

Ella dijo:

»...¡Pues bien; voy á tirar al aire una piedra, y el gorro será para aquella de vosotras dos que antes me la traiga!» Y dijeron las pequeñas amazonas: «¡Excelente idea!» Entonces Hassán cogió un guijarro de la playa y lo lanzó á lo lejos con todas sus fuerzas. Y en tanto que las muchachas corrían en pos del guijarro, Hassán se puso el gorro en la cabeza, para probárselo, y se lo dejó puesto. Pero, al cabo de unos instantes, volvieron las niñas, y gritaba la que había cogido el guijarro: «¿Dónde estás, ¡oh hombre!? ¡He ganado yo!» Y llegó hasta el sitio en que estaba Hassán, y se puso á mirar por todos lados, sin ver á Hassán. Y su hermana también miraba en torno suyo por todas direcciones, pero no veía á Hassán. Y Hassán se preguntaba: «¡El caso es que estas pequeñas amazonas no son ciegas! ¿Por qué no me ven, entonces?» Y les gritó: «¡Estoy aquí! ¡Venid!» Y las chiquillas miraron en la dirección de donde partía la voz, pero no vieron á Hassán; y tuvieron miedo, y se echaron á llorar. Y Hassán se acercó á ellas y las tocó en el hombro, y les dijo: «¡Heme aquí! ¿por qué lloráis, niñas?» Y las muchachas levantaron la ca-

beza, pero no vieron á Hassán. Y se aterraron tanto entonces, que echaron á correr con todas sus fuerzas, lanzando gritos estridentes, como si las persiguiese un genni de mala especie. Y á la sazón se dijo Hassán: «¡No cabe duda! ¡Este gorro está encantado! ¡Y su encanto consiste en hacer invisible á quien lo lleva en la cabeza!» Y se puso á bailar de alegría, diciéndose: «¡Alah me lo envía! ¡Porque, con este gorro en la cabeza, puedo correr á ver á mi esposa sin que á mí me vea nadie!» Y al punto retornó á la ciudad, y para comprobar mejor las virtudes de aquel gorro, quiso experimentar su efecto ante la amazona vieja. Y la buscó por todas partes, y acabó por encontrarla en un aposento del palacio, sujeta con una cadena á una anilla empotrada en la pared, por orden de la princesa. Entonces, para asegurarse de si era invisible realmente, se acercó á un estante en el que habían colocado vasos de porcelana, y tiró al suelo el vaso más grande, que fué á romperse á los pies de la vieja. Y lanzó entonces ella un grito de espanto, creyéndolo una fechoría de los malos efrits que estaban á las órdenes de Nur Al-Huda. Y le pareció oportuno pronunciar las fórmulas conjuratorias, y dijo: «¡Oh efrit! ¡por el nombre grabado en el sello de Soleimán, te ordeno que me digas tu nombre!» Y contestó Hassán: «¡No soy un efrit, sino tu protegido Hassán Al-Bassri! ¡Y vengo á libertarte!» Y diciendo estas palabras, se quitó su gorro mágico y dejóse ver y reconocer. Y exclamó la vieja: «¡Ah!

¡desgraciado de ti, infortunado Hassán! ¿acaso no sabes que la reina se ha arrepentido ya de no haber hecho que te dieran la muerte á su vista, y que por todas partes ha enviado esclavos en tu persecución, prometiendo un quintal de oro como recompensa á quien te entregue á ella, muerto ó vivo? ¡No pierdas un instante, pues, y salva tu cabeza apelando á la fuga!» Luego puso á Hassán al corriente de los suplicios terribles que para hacer morir á su hermana preparaba la reina con el asentimiento del rey de los genn. Pero Hassán contestó: «¡Alah la salvará y nos salvará á todos de las manos de esa princesa cruel! ¡Mira este gorro! ¡Está encantado! ¡Y merced á él puedo andar por todas partes siendo invisible!» Y exclamó la anciana: «¡Loores á Alah, que reanima las osamentas de los muertos, ¡oh Hassán! y te ha enviado para salvación nuestra ese gorro! ¡Date prisa á libertarme, á fin de que te enseñe el calabozo en que está encerrada tu esposa!» Y Hassán cortó las ligaduras de la vieja, y la cogió de la mano, y se cubrió la cabeza con el gorro encantado. Y al punto se hicieron invisibles ambos. Y la vieja le condujo al calabozo en que yacía su esposa Esplendor atada por los cabellos á una escala y esperando á cada instante la muerte en medio de suplicios. Y la oyó él recitar á media voz estos versos:

¡La noche es oscura, y triste es mi soledad! ¡Oh ojos míos, dejad que corra el manantial de mis lágrimas! ¡Mi bienamado está lejos de mí! ¿De dónde ha de llegarme la esperanza, si mi corazón y la esperanza han partido con él?

¡Brotad, ¡oh lágrimas mías, brotad de mis ojos! pero ¡ay! ¿conseguiréis apagar alguna vez el fuego que me devora las entrañas?... ¡Oh fugitivo amante! ¡sepultada en mi corazón está tu imagen, y ni los mismos gusanos de la tumba conseguirán borrarla!

Y aunque hubiera preferido no obrar precipitadamente, á fin de evitar á su esposa una emoción demasiado grande, Hassán, al oír y ver á su bienamada Esplendor, no pudo resistir por más tiempo los tormentos que le agitaban, y se quitó el gorro y se abalanzó á ella, rodeándola con sus brazos. Y ella le reconoció, y se desmayó contra su pecho. Y ayudado por la vieja, Hassán cortó las ligaduras, y con mucho cuidado, la hizo volver en sí, y se la sentó en las rodillas, haciéndole aire con la mano. Y abrió los ojos ella, y con lágrimas en las mejillas, le preguntó: «¿Has bajado del cielo ó has salido del seno de la tierra? ¡Oh esposo mío! ¡ay! ¡ay! ¿qué podemos contra el Destino? ¡Lo que está escrito debe suceder! ¡Date prisa, pues, á dejar que mi destino siga su curso, y vuélvete por donde viniste, para no causarme el dolor de verte á ti también víctima de la crueldad de mi hermana!» Pero Hassán contestó: «¡Oh bienamada! ¡oh luz de

mis ojos! ¡he venido para libertarte y llevarte conmigo á Bagdad, lejos de este país cruel!» Pero exclamó ella: «¡Ah Hassán! ¿qué nueva imprudencia vas á cometer todavía? ¡Por favor, retírate, y no aumentes mis sufrimientos con los tuyos!» Pero Hassán contestó: «¡Oh Esplendor, alma mía! has de saber que no saldré de este palacio sin ti y sin nuestra protectora, que es esta buena tía que aquí ves. ¡Y si me preguntas de qué medio voy á valerme, te enseñaré este gorro!...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



**PERO CUANDO LLEGÓ
LA 615.ª NOCHE**

Ella dijo:

»...¡Y si me preguntas de qué medio voy á valerme, te enseñaré este gorro!» Y Hassán le hizo ver el gorro encantado, lo probó ante ella, desapareciendo de repente en cuanto se lo puso en la cabeza, y le contó luego cómo lo había arrojado en su camino Alah para que fuese causa de su liberación. Y con las mejillas cubiertas de lágrimas de alegría y de arrepentimiento, Esplendor dijo á Hassán: «¡Ah! de todos los sinsabores que hemos sufrido tengo yo la culpa por haber abandonado

sin permiso tuyo nuestra morada de Bagdad. ¡Oh mi señor bienamado! ¡por favor, no me hagas ya los reproches que merezco, pues bien veo ahora que una mujer debe saber todo lo que su esposo vale! ¡Y perdóname mi falta, para la cual imploro indulgencia ante Alah y ante ti! ¡Y discúlpame un poco, teniendo en cuenta que mi alma no supo resistirse á la emoción que la embargó al ver el manto de plumas!» Y contestó Hassán: «¡Por Alah, ¡oh Esplendor! que sólo yo soy culpable por haberte dejado sola en Bagdad! ¡Debí llevarte conmigo siempre! ¡Pero puedes estar tranquila de que en el porvenir así lo haré!» Y habiendo dicho estas palabras, se la echó á la espalda, cogió también de la mano á la vieja, y se cubrió la cabeza con el gorro. Y los tres se tornaron invisibles. Y salieron del palacio, y á toda prisa se encaminaron á la séptima isla, en que estaban ocultos sus dos hijitos Nasser y Manssur.

Entonces, Hassán, aunque se hallaba en el límite de la emoción por haber vuelto á ver á sus dos hijos sanos y salvos, no quiso perder tiempo en efusiones de ternura; y confió ambos niños á la vieja, la cual se los colocó á horcajadas uno en cada hombro. Después, sin que la viese nadie, Esplendor consiguió atrapar tres mantos de plumas completamente nuevos, y se los pusieron. Luego cogiéronse de la mano los tres, y abandonando sin pena las islas Wak-Wak, volaron hacia Bagdad.

Y he aquí que Alah les escribió la seguridad, y tras de un viaje hecho por pequeñas etapas, llegaron á la Ciudad de Paz una mañana. Y aterrizaron en la terraza de su morada; y bajaron por la escalera y penetraron en la sala donde estaba la pobre madre de Hassán, á quien los pesares y las inquietudes habían puesto enferma y casi ciega. Y Hassán escuchó un instante á la puerta, y oyó gemir y desesperarse dentro á la pobre mujer. Entonces llamó, y la voz de la vieja hubo de preguntar: «¿Quién hay á la puerta?» Hassán contestó. «¡Oh madre mía! ¡el Destino, que quiere reparar sus rigores!»

Al oír estas palabras, sin saber aún si aquello era una ilusión ó la realidad, la madre de Hassán corrió con sus débiles piernas á abrir la puerta. Y vió á su hijo Hassán con su esposa y sus hijos, y á la vieja amazona, que se mantenía discretamente detrás de ellos. Y como la emoción era demasiado fuerte para ella, la anciana cayó desvanecida en brazos de los recién llegados. Y Hassán la hizo volver en sí bañándola con sus lágrimas, y la oprimió contra su seno tiernamente. Y Esplendor avanzó hacia ella y la colmó de mil caricias, pidiéndole perdón por haberse dejado vencer por su instinto original. Después hicieron adelantarse á la Madre-de-las-Lanzas y se la presentaron como su salvadora y la causante de su liberación. Y entonces Hassán contó á su madre todas las aventuras maravillosas que le habían sucedido, y que es

inútil repetir. Y á la vez glorificaron al Altísimo, que permitió se reunieran.

Y desde entonces vivieron todos juntos la vida más deliciosa y más llena de dicha. Y merced al tambor mágico, no dejaron de ir cada año todos en caravana á visitar á las siete princesas, hermanas de Hassán, que vivían sobre la Montaña de las Nubes, en el palacio de cúpula verde.

¡Y después de numerosos años, fué á visitarles la Destructora inexorable de alegrías y placeres! Loores y gloria á Quien domina en el imperio de lo visible y de lo invisible, al Viviente, al Eterno, que no conoce la muerte!

Cuando Schahrazada hubo contado de tal modo aquella historia, la pequeña Doniazada se colgó á su cuello y la besó en la boca, y le dijo: «¡Oh hermana mía! ¡cuán maravillosa y gustosa es esa historia, y cuán encantadora y deleitosa es! ¡Ah! ¡cuánto quiero á Botón-de-Rosa, y cómo siento que Hassán no la tomara por esposa al mismo tiempo que á Esplendor!» Y el rey Schahriar dijo: «¡Asombrosa es esa historia, Schahrazada! ¡Y me hizo olvidar muchas cosas que desde mañana quiero poner en ejecución!» Y dijo Schahrazada: «¡Sí, ¡oh rey! pero nada es, comparada con la que todavía tengo que contarte, relativa al CUESCO HISTÓRICO!» Y exclamó el rey Schahriar: «¿Cómo dices, Schahrazada? ¿Y qué cuesco histórico es ese que no conozco?» Schahrazada dijo: «¡Es el que voy á someter mañana al rey, si estoy con vida aún!» Y el rey Schahriar se dijo:

«¡En verdad que no la mataré mientras no me haya instruído acerca de lo que dice!» Y en aquel momento, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGÓ
LA 616.^a NOCHE

Ella dijo:

«Esta anécdota ¡oh rey afortunado! nos la transmite EL DIVÁN DE LAS GENTES ALEGRES Y DESPRE-
OCUPADAS. ¡Y no quiero diferir por más tiempo el
contármela!» Y dijo Schahrazada:







EL DIVÁN DE LAS GENTES

ALEGRES Y DESPREOCUPADAS

EL CUESCO HISTÓRICO



Se cuenta—pero Alah es más sabio—que en la ciudad de Kaukabán, en el Yamán, había un beduino de la tribu de los Fazli, llamado Abul-Hossein, quien ya hacía largos años que abandonó la vida de los beduinos, y se había convertido en un ciudadano distinguido y en un mercader entre los mercaderes más opulentos. Y se casó por primera vez en la época de su juventud; pero Alah llamó á la esposa á Su misericordia al cabo de un año de matrimonio. Así es que los amigos de Abul-Hossein no cesaban de apremiarle con respecto á un nuevo matrimonio, repitiéndole las palabras del poeta:

¡Levántate, compañero, y no dejes transcurrir en balde la estación de primavera!

¡Ahí está la joven! ¡Cásate! ¿No sabes que en la casa una mujer es un almanaque excelente para todo el año?

Y Abul-Hosseín, por último, sin poder ya resistirse á todas las insinuaciones de sus amigos, se decidió á entablar negociaciones con las damas viejas componedoras de matrimonios; y acabó por casarse con una joven tan hermosa cual la luna cuando brilla sobre el mar. Y con motivo de sus nupcias dió grandes festines, á los que invitó á todos sus amigos y conocidos, así como á ulemas, fakires, derviches y santones. Y abrió de par en par las puertas de su casa, é hizo que sirvieran á sus invitados manjares de todas especies, y entre otras cosas, arroz de siete colores diferentes, y sorbetes, y corderos rellenos de avellanas, almendras, alfónsigos y pasas, y una cría de camello asada entera y servida en un pedazo. Y todo el mundo comió y bebió y disfrutó de júbilo, de alegría y de contento. Y se paseó y exhibió á la esposa ostentosamente siete veces seguidas, vestida cada vez con un traje distinto y más hermoso que el anterior. É incluso por octava vez la pasearon en medio de la concurrencia, para satisfacción de los invitados que no habían podido recrear sus ojos en ella lo bastante. Tras de lo cual, las damas de edad la introdujeron en la cámara nupcial y la acosta-

ron en un lecho alto como un trono, y la prepararon en todos sentidos para la entrada del esposo.

Entonces, destacándose del cortejo, Abul-Hossein penetró lentamente y con dignidad en el aposento de la desposada. Y sentóse un instante en el diván para probarse á sí propio y mostrar á su esposa y á las damas del cortejo cuán lleno estaba de tacto y de mesura. Luego se levantó con cortesía para recibir las felicitaciones de las damas y despedirse de ellas antes de acercarse al lecho, donde le esperaba modestamente su esposa, cuando he aquí ¡oh calamidad! que de su vientre, que estaba atiborrado de viandas pesadas y de bebidas, se escapó un cuesco ruidoso hasta el límite del ruido, terrible y prolongado. (¡Alejado sea el Maligno!)

Al oír aquel ruido, cada dama se encaró con la que tenía al lado, poniéndose á hablar en voz alta y fingiendo no haber oído nada; y también la desposada, en lugar de echarse á reír ó de burlarse, se puso á hacer sonar sus brazaletes. Pero Abul-Hossein, confuso hasta el límite de la confusión, pretextó una necesidad urgente, y con vergüenza en el corazón, bajó al patio, ensilló su yegua, saltó sobre el lomo del animal, y abandonando su casa y la boda y la desposada, huyó á través de las tinieblas de la noche. Y salió de la ciudad y se adentró en el desierto. Y de tal suerte llegó á orillas del mar, en donde vió un navío que partía para la In-

día. Y se embarcó en él, y llegó á la costa de Malabar.

Allí hizo amistad con varias personas oriundas del Yamán, que le recomendaron al rey del país. Y el rey le dió un cargo de confianza y le nombró capitán de su guardia. Y vivió en aquel país diez años, honrado y respetado y con la tranquilidad de una vida deliciosa. Y cada vez que el recuerdo del cuesco asaltaba su memoria, lo ahuyentaba como se ahuyentan los malos olores.

Pero al cabo de aquellos diez años le poseyó la nostalgia del país natal; y poco á poco enfermó de languidez; y sin cesar suspiraba pensando en su casa y en su ciudad; y creyó morir de aquel deseo reconcentrado. Pero un día, sin poder ya resistir á los apremios de su alma, ni siquiera se tomó tiempo para despedirse del rey, y se evadió y retornó al país de Hadramón, en el Yamán. Allí disfrazóse de derviche y fué á pie á la ciudad de Kaukabán; y ocultando su nombre y su condición, llegó de tal modo á la colina que dominaba la ciudad. Y con los ojos llenos de lágrimas vió la terraza de su antigua casa y las terrazas contiguas, y se dijo: «¡Menos mal si no me reconoce nadie! ¡Haga Alah que todos hayan olvidado mi historia!» Y pensando así bajó de la colina y tomó por atajos extraviados para llegar á su casa. Y en el camino vió á una vieja que, sentada en el umbral de una puerta, quitaba piojos de la cabeza á una niña de diez años; y decía la niña á la vieja: «¡Oh madre mía!

desearía saber la edad que tengo, porque una de mis compañeras quiere sacar mi horóscopo. ¿Vas á decirme, pues, en qué año he nacido?» Y la vieja reflexionó un momento, y contestó: «¡Naciste, ¡oh hija mía! en el mismo año y en la misma noche en que Abul-Hossein soltó el cuesco!»

Cuando el desdichado Abul-Hossein oyó estas palabras, hubo de desandar lo andado y echó á correr con piernas más ligeras que el viento. Y se decía: «¡He ahí que tu cuesco es ya una fecha en los anales! ¡Y se transmitirá á través de las edades mientras de las palmeras nazcan flores!» Y no dejó de correr y de viajar hasta llegar al país de la India. Y vivió en el destierro con amargura hasta su muerte. (¡Sean con él la misericordia de Alah y su piedad!)

Después Schahrazada todavía dijo aquella noche:



LOS DOS CHISTOSOS



He llegado á saber también, ¡oh rey afortunado! que en la ciudad de Damasco, en Siria, había antaño un hombre reputado por sus buenas jugarretas, sus chistes y sus atrevimientos, y en El Cairo, otro hombre no menos famoso por las mismas cualidades. Y he aquí que el bromista de Da-

masco, que á menudo oía hablar de su compañero del Cairo, anhelaba mucho conocerle, tanto más cuanto que sus clientes habituales le decían de continuo: «¡No cabe duda! ¡el egipcio es incuestionablemente mucho más intencionado, más inteligente, más listo y más chistoso que tú! ¡Y su trato es mucho más divertido que el tuyo! ¡Si acaso no nos creyeras, no tienes mas que ir al Cairo á verle actuar, y comprobarás su superioridad!» Y arregláronse de manera que se dijo el hombre: «¡Por Alah! ¡ya veo que no me queda más remedio que ir al Cairo á observar por mis propios ojos si es cierto lo que de él se dice!» Y lió sus bártulos y abandonó Damasco, que era su ciudad, y partió para El Cairo, adonde llegó, con asentimiento de Alah, en buena salud. Y sin tardanza preguntó por la morada de su rival, y marchó á visitarle. Y fué recibido con todas las consideraciones de una hospitalidad amplia, y fué honrado y albergado tras los deseos de bienvenida más cordiales. Luego pusieronse ambos á contarse mutuamente las cosas más importantes del mundo, y pasaron la noche charlando agradablemente.

Pero al día siguiente, el hombre de Damasco dijo al hombre del Cairo: «¡Por Alah, ¡oh compañero! que no he venido desde Damasco al Cairo mas que para juzgar por mis propios ojos acerca de las buenas jugarretas y de las bromas que sin cesar gastas por la ciudad! ¡Y desearía regresar á mi país enriquecido con tu instrucción! ¿Quieres,

pues, que atestigüe lo que tan ardientemente deseo ver?» El otro dijo: «¡Por Alah, ¡oh compañero! sin duda te engañaron los que te han hablado de mí! ¡Apenas si sé diferenciar mi mano izquierda de mi mano derecha! ¿Cómo voy, pues, á instruir en la delicadeza y en el ingenio á un noble damasquino como tú? ¡Pero salgamos á pasear, ya que mi deber de huésped consiste en hacer que veas las cosas buenas que hay en nuestra ciudad!»

Salió, pues, con él, y ante todo, le llevó á la mezquita de Al-Azhar, á fin de que pudiese contar á los habitantes de Damasco las maravillas de la instrucción y de la ciencia. Y de camino, al pasar por junto á los mercaderes de flores, se hizo un ramo de flores, con hierbas aromáticas, con clave-llinas, con rosas, con albahaca, con jazmines, con ramas de menta y mejorana. Y así llegaron ambos á la mezquita, y pasaron al patio. Pero al entrar divisaron ante la fuente de las abluciones, acurrucadas en los retretes, personas que estaban evacuando imperiosas necesidades. Y el hombre del Cairo dijo al de Damasco: «Vamos á ver, compañero. Si tuvieras que gastar una broma á esas personas acurrucadas en fila, ¿cómo te arreglarías?»...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



**PERO CUANDO LLEGÓ
LA 618.^a NOCHE**

Ella dijo:

...«Vamos á ver, compañero. Si tuvieras que gastar una broma á esas personas acurrucadas en fila, ¿cómo te arreglarías?» El otro contestó: «¡Lo más indicado sería pasar por detrás de ellas con una escoba de esparto, y como por inadvertencia, haciendo que barría, pincharles en el trasero con las espigas de la escoba!» El hombre del Cairo dijo: «Ese procedimiento, compañero, sería algo torpe y grosero. ¡Y verdaderamente resultan soeces semejantes bromas! ¡He aquí lo que haría yo!» Y después de hablar así, se acercó con aire amable y simpático á las personas puestas en cuclillas en los retretes, y á una tras de otra les ofreció un haz de flores, diciendo: «Con tu permiso, ¡oh mi señor!» Y cada cual hubo de contestarle, en el límite de la confusión y del furor: «¡Alah arruine tu casa, ¡oh hijo de alcahuete! ¿Acaso celebramos un festín aquí?» Y al ver la cara indignada de las personas aludidas, reían en extremo todos los circunstantes reunidos en el patio de la mezquita.

De modo que, cuando el hombre de Damasco hubo visto aquello con sus propios ojos, encaróse con el hombre del Cairo y le dijo: «¡Por Alah, que

me venciste, ¡oh jeique de los bromistas! Y razón tiene el proverbio que dice: «¡Sutil como el egipcio, que pasa por el ojo de una aguja!»

Después Schahrazada todavía dijo aquella noche:



PERFIDO DE MUJER



He llegado á saber ¡oh rey afortunado! que, en una ciudad entre las ciudades, una joven de alto rango, cuyo esposo se ausentaba á menudo para hacer viajes próximos y lejanos, acabó por no resistir ya á las incitaciones de su tormento, y escogió para sí, á manera de bálsamo calmante, un muchacho que no tenía par entre los jóvenes de aquel tiempo. Y se amaron ambos con un amor extraordinario; y se satisfacieron mutuamente con toda alegría y toda tranquilidad, levantándose para comer, comiendo para acostarse y acostándose para copular. Y de aquella manera vivieron durante un largo transcurso de tiempo.

Y he aquí que un día solicitó con malas intenciones al muchacho un jeique de barba blanca, un pérfido redomado, semejante al cuchillo del vendedor de colocasias. Pero el joven no quiso prestarse á lo que le pedía el jeique, y enfadándose con él, le golpeó rudamente en la cara y le arrancó su

barba de confusión. Y el jeique fué al wali de la ciudad para quejarse del mal trato que acababa de sufrir; y el wali mandó detener y encarcelar al muchacho.

Entretanto, se enteró la joven de lo que acababa de sucederle á su enamorado, y al saber que estaba preso, tuvo una pena muy intensa. Así es que no tardó en combinar un plan para libertar á su amigo, y adornándose con sus atavíos más hermosos, fué al palacio del wali, solicitó audiencia y la introdujeron en la sala de las peticiones. Y en verdad ¡por Alah! que, nada más que con mostrarse de aquel modo en su esbeltez, habría podido obtener de antemano la concesión de todas las peticiones de la tierra á lo ancho y á lo largo. De manera que, después de las zalemas, dijo al wali: «¡Oh nuestro señor el wali! el desgraciado joven á quien hiciste encarcelar es mi propio hermano y el único sostén de mi casa. Y ha sido calumniado por los testigos del jeique y por el mismo jeique, que es un pérfido, un disoluto. ¡Vengo, pues, á solicitar de tu justicia la libertad de mi hermano, sin lo cual va á arruinarse mi casa, y yo moriré de hambre!» Pero no bien el wali hubo visto á la joven, se le afectó mucho el corazón por causa suya y se enamoró de ella; y le dijo: «¡Claro que estoy dispuesto á libertar á tu hermano! ¡Pero conviene que antes entres en el harén de mi casa, que yo iré á buscarte allí después de las audiencias, para hablar acerca del asunto contigo!» Mas compren-

diendo ella lo que pretendía él, se dijo: «¡Por Alah ¡oh barba de pez! que no me tocarás hasta que las ranas críen pelo!» Y contestó: «¡Oh nuestro señor el walí! ¡es preferible que vayas tú á mi casa, donde tendremos tiempo sobrado para hablar acerca del asunto con más tranquilidad que aquí, en donde al fin y al cabo soy una extraña!» Y le preguntó el walí en el límite de la alegría: «¿Y dónde está tu casa?» Ella dijo: «¡En tal sitio! ¡Y te espero allí esta tarde al ponerse el sol!» Y salió de casa del walí, á quien dejó sumido en un mar agitado, y fué en busca del kadí de la ciudad.

Entró, pues, en casa del kadí, que era un hombre de edad, y le dijo: «¡Oh nuestro amo el kadí!» Él dijo: «¿Qué hay?» Ella continuó: «¡Te suplico que detengas tus miradas en mi tribulación, y Alah lo aprobará!» Él preguntó: «¿Quién te ha oprimido?» Ella contestó: «Un jeique pérfido que, valiéndose de testigos falsos, logró que encarcelasen á mi hermano, único sostén de mi casa. ¡Y vengo á rogarte que intercedas con el walí para que suelten á mi hermano!» Y he aquí que, cuando el kadí vió y oyó á la joven, quedó locamente enamorado de ella, y le dijo: «Con mucho gusto me interesaré por tu hermano. Pero empieza por entrar en el harén á esperarme allí. Y entonces hablaremos del asunto. ¡Y todo saldrá á medida de tu deseo!» Y se dijo la joven: «¡Ah hijo de alcahuete! ¡como no me poseas para cuando las ranas críen pelo!» Y contestó: «¡Oh amo nuestro! ¡mejor será que te espere en mi

casa, donde no nos molestará nadie!» El preguntó: «¿Y dónde está tu casa?» Ella dijo: «¡En tal sitio! ¡Y te espero allí esta misma tarde después de que se ponga el sol!» Y salió de casa del kadí y fué en busca del visir del rey.

Cuando estuvo en presencia del visir, le contó el encarcelamiento del muchacho, que decia era hermano suyo, y le suplicó que diera orden de que le libertaran. Y le dijo el visir: «¡No hay inconveniente! ¡Pero entra ahora á esperar en el harén, adonde iré á reunirme contigo para hablar acerca del asunto!» Ella dijo: «¡Por la vida de tu cabeza, ¡oh amo nuestro! soy muy tímida, y ni siquiera sabré conducirme en el harén de tu señoría! ¡Pero mi casa es más á propósito para conversaciones de ese género, y te esperaré en ella esta misma noche una hora después de ponerse el sol!» Y le indicó el sitio en que estaba situada su casa, y salió de allí para ir á palacio, en busca del rey de la ciudad.

Y he aquí que cuando entró ella en la sala del trono, el rey se dijo, maravillado de su belleza: «¡Por Alah! ¡qué buen bocado para tomárselo caliente aún y en ayunas!» Y le preguntó: «¿Quién te ha oprimido?» Ella dijo: «¡No me han oprimido, puesto que existe la justicia del rey!» Dijo él: «¡Sólo Alah es justo! Pero ¿qué puedo hacer en tu favor?» Ella dijo: «¡Dar orden para que pongan en libertad á mi hermano, encarcelado injustamente!» Dijo él: «¡Fácil es la cosa! ¡Ve á esperarme en el harén, hija mía! ¡Y no ocurrirá mas que lo que te conven-

gal.» Ella dijo: «En ese caso, ¡oh rey! mejor te esperaré en mi casa. Porque ya sabe nuestro rey que para esta clase de cosas son necesarios muchos preparativos, como baño, limpieza y otros requisitos parecidos. ¡Y nada de eso puedo hacerlo bien mas que en mi casa, la cual habrá de ser honrada y bendita por siempre en cuanto pisen en ella los pasos de nuestro rey!» Y el rey dijo: «¡Sea, pues, así!» Y se pusieron ambos de acuerdo acerca de la hora y el sitio del encuentro. Y la joven salió de palacio y fué en busca de un carpintero...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGÓ LA 620.^a NOCHE

Ella dijo.

...Y la joven salió de palacio y fué en busca de un carpintero, al cual dijo: «¡Esta tarde me enviarás á casa un armario grande con cuatro entrepaños superpuestos, y del que cada entrepaño tenga una puerta independiente que se cierre bien con un candado!» El carpintero contestó: «¡Por Alah ¡oh mi ama! que la cosa no es tan hacedera de aquí á esta tarde!» Ella dijo: «¡Te pagaré lo que quieras!» Dijo él: «En ese caso, estará listo. ¡Pero el

precio que de ti quiero no es oro ni plata, ¡oh mi señora! sino solamente lo que tú sabes! ¡Entra, pues, en la trastienda, á fin de que pueda hablar contigo!» Al oír estas palabras del carpintero, contestó la joven: «¡Oh carpintero de bendición, qué hombre de tan poco tacto eres! ¡Por Alah! ¿es que esta miserable trastienda tuya resulta á propósito para una conversación como la que quieres mantener? ¡Mejor será que vengas esta noche á mi casa después de enviarme el armario, y me hallarás dispuesta á conversar contigo hasta por la mañana!» Y el carpintero contestó: «¡De todo corazón amistoso y como homenaje debido!» Y continuó la joven: «¡Bueno! ¡Pero el armario que vas á hacerme no ha de tener cuatro entrepaños, sino cinco! ¡Porque si he de guardar en él todo lo que tengo que guardar, necesito cinco entrepaños!» Y después de darle las señas de su domicilio, se separó del carpintero y regresó á su casa.

Ya en ella, sacó de un cofre cinco ropones de hechuras y colores distintos, los dejó preparados cuidadosamente é hizo aportar manjares y bebidas, y colocar flores y quemar perfumes. Y de esta manera aguardó la llegada de sus invitados.

Y he aquí que al oscurecer llevó el armario consabido el mozo del carpintero; y la joven mandó colocarlo en la sala de visitas. Luego despidió al mozo, y antes de que tuviese tiempo de probar los candados del armario, llamaron á la puerta. Y en seguida entró el primero de los invitados, que

era el walí de la ciudad. Y levantóse ella en honor suyo, y besó la tierra entre sus manos, y le invitó á sentarse, y le sirvió refrescos. Luego empezó á posar en él unos ojos de un palmo de largos y á lanzarle miradas abrasadoras, de modo que el walí hubo de levantarse acto seguido, y haciendo muchos gestos y tembloroso ya, quiso poseerla al instante. Pero dijo la joven, desasiéndose de él: «¡Oh mi señor, cuán poco refinado eres! ¡Comienza por desnudarte, para tener soltura de movimientos!» Y dijo el walí: «¡No hay inconveniente!» Y se quitó sus vestiduras. Y ella le presentó un ropón de seda amarilla y de forma extraordinaria, y un gorro del mismo color, para que se los pusiese en lugar de sus trajes de color oscuro, como suele hacerse en los festines de libertinos. Y el walí se apropió el ropón amarillo y el gorro amarillo, y se dispuso á divertirse. Pero en aquel mismo momento llamaron á la puerta con violencia. Y preguntó el walí, muy contrariado: «¿Esperas á alguna vecina ó á alguna proveedora?» Ella contestó aterrada: «¡Por Alah, que no! ¡Pero he olvidado que esta misma noche volvía de viaje mi esposo! ¡Y él mismo es quien llama á la puerta en este momento!» El walí preguntó: «¿Y qué va á ser de mí entonces? ¿Y qué voy á hacer?» Ella dijo: «¡No tienes mas que un modo de salvarte, y consiste en meterte en este armario!» Y abrió la puerta del primer entrepaño del armario, y dijo al walí: «¡Métete ahí dentro!» Dijo él: «¿Y cómo voy á caber?» Ella dijo: «¡Acu-

rrucándotel.» Y encorvándose por la cintura, entró el wali en el armario y se acurrucó allí. Y la joven cerró con llave la puerta, y fué abrir al que llamaba.

Y he aquí que era el kadí. Y le recibió como había recibido al wali; y cuando llegó el momento oportuno, le puso un ropón rojo de forma extraordinaria y un gorro del mismo color; y como quería arrojarle sobre ella, le dijo: «¡No, por Alah! ¡antes tendrás que escribirme una orden disponiendo que suelten á mi hermano!» Y el kadí le escribió la orden consabida y se la entregó en el mismo momento en que llamaban á la puerta. Y exclamó la joven con acento aterrado: «¡Es mi esposo, que vuelve de viaje!» É hizo encaramarse al kadí hasta el segundo entrepaño del armario, y fué á abrir al que llamaba á la puerta de la casa.

Y precisamente era el visir. Y ocurrió lo que les había sucedido á los otros dos; y ataviado con un ropón verde y un gorro verde, hubo de meterse en el tercer entrepaño del armario en el momento de llegar á su vez el rey de la ciudad. Y del propio modo, se atavió el rey con un ropón azul y un gorro azul, y en el instante en que se disponía á verificar lo que le había llevado allí, resonó la puerta, y ante el terror de la joven, se vió obligado á trepar al cuarto entrepaño del armario, donde hubo de acurrucarse en una postura muy penosa para él, que estaba bastante grueso.

Entonces quiso caer sobre la joven el carpín-

tero, que la miraba con ojos devoradores y quería cobrarse el armario. Pero le dijo ella: «¡Oh carpintero! ¿por qué has hecho tan pequeño el quinto entrepaño del armario? ¡apenas si puede guardarse ahí el contenido de una caja pequeña!» Dijo él: «¡Por Alah, que en ese entrepaño quepo yo y aun cuatro más gordos que yo!» Ella dijo: «¡Prueba, á ver si cabes!» Y encaramándose en banquetas superpuestas, el carpintero se metió en el quinto entrepaño, donde quedó encerrado bajo llave inmediatamente.

En seguida, cogiendo la orden que le había dado el kadí, la joven fué en busca de los celadores de la cárcel, los cuales, al ver el sello estampado debajo del escrito, soltaron al muchacho. Entonces volvieron ella y él á la casa á toda prisa, y para festejar su reunión, copularon de firme y durante largo tiempo, con muchos ruidos y jadeos. Y los cinco encerrados oían desde dentro del armario todo aquello, pero no se atrevían á moverse ni podían tampoco. Y acurrucados en los entrepaños unos encima de otros, no sabían cuándo se les libertaría.

Y he aquí que, no bien la joven y el muchacho terminaron con sus escarceos, recogieron cuantas cosas preciosas pudieron llevarse, las metieron en cofres, vendieron todo lo demás, y abandonaron aquella ciudad para ir á otra ciudad y á otro reino. ¡Y esto en cuanto á ellos!

¡Pero en cuanto á los otros cinco, he aquí lo

que les sucedió! Al cabo de dos días de estar allí, los cinco se sintieron poseídos por una necesidad imperiosa de orinar. Y el primero que se meó fué el carpintero. Y cayeron los orines en la cabeza del rey. Y en el mismo momento se puso el rey á mear encima de la cabeza de su visir, que se orinó en la cabeza del kadí, el cual se meó en la cabeza del walí. Entonces alzaron la voz todos, excepto el rey y el carpintero, gritando: «¡Qué asco!» Y el kadí reconoció la voz del visir, el cual reconoció la voz del kadí. Y se dijeron unos á otros: «¡Henos aquí caídos en la trampa! ¡Menos mal que ha escapado el rey!» Pero en aquel momento les gritó el rey, que habíase callado por dignidad: «¡No digáis eso, porque también estoy aquí! ¡Y no sé quién me ha meado en la cabeza!» Entonces exclamó el carpintero: «¡Alah eleve la dignidad del rey! ¡Me parece que he sido yo! ¡Porque estoy en el quinto entrepaño!» Luego añadió: «¡Por Alah! ¡soy el causante de todo esto, pues el armario es obra mía!»

Entretanto, regresó de su viaje el esposo de la joven; y los vecinos, que no se habían dado cuenta de la marcha de la joven, le vieron llegar y llamar á su puerta inútilmente. Y les preguntó él por qué no le respondía nadie desde dentro. Y no supieron informarle acerca del particular. Entonces, hartos de esperar, derribaron la puerta entre todos y penetraron en el interior; pero se encontraron con la casa vacía y sin más mueble que el armario consabido. Y oyeron voces de hombres dentro del

armario. Y ya no dudaron de que el armario estaba habitado por genn...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



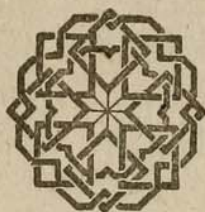
PERO CUANDO LLEGÓ
LA 622.^a NOCHE

Ella dijo:

...Y oyeron voces de hombres dentro del armario. Y ya no dudaron de que el armario estaba habitado por genn. Y en alta voz dijeron que iban á prender fuego al armario y á quemarlo con quienes encerrase. Y cuando iban á poner en práctica su proyecto, se dejó oír desde dentro del armario la voz del kadi, que gritaba: «¡Deteneos, oh buenas gentes! ¡No somos ni genn, ni ladrones, sino que somos tal y cual!» Y en pocas palabras les puso al corriente del ardid de que habían sido víctimas. Entonces, los vecinos, con el esposo á la cabeza, rompieron los candados y libertaron á los cinco presos, á quienes hallaron vestidos con los trajes extraños que la joven les hizo ponerse. Y al ver aquello, ninguno pudo por menos de reír la aventura. Y para consolar al esposo de la fuga de su mujer, le dijo el rey: «¡Te nombro mi segun-

do visir!» Y tal es esta historia. ¡Pero Alah es más sabio!

Y tras de hablar así, Schahrazada dijo al rey Schahriar: «¡Pero no creas ¡oh rey! que todo esto es comparable á la HISTORIA DEL DORMIDO DESPIERTO!» Y como el rey Schahriar frunciase las cejas al oír este título, que era desconocido para él, Schahrazada dijo sin más tardanza:





HISTORIA DEL DORMIDO DESPIERTO



He llegado á saber ¡oh rey afortunado! que antaño, en tiempos del califa Harún Al-Rachid, había en Bagdad un joven soltero, llamado Abul-Hassán, que llevaba una vida muy extraña y muy extraordinaria. Porque sus vecinos jamás le veían tratar dos días seguidos á la misma persona ni invitar en su casa á ningún habitante de Bagdad, pues cuantos á su casa iban eran extranjeros. Así es que las gentes de su barrio, como ignoraban lo que hacía, le habían puesto de mote Abul-Hassán el Disoluto.

Tenía él costumbre de ir todas las tardes á apostarse al extremo del puente de Bagdad, y allá esperaba que pasase algún extranjero; y en cuanto

divisaba uno, fuese rico ó pobre, joven ó viejo, se adelantaba á él sonriendo y lleno de urbanidad, y después de las zalemas y los deseos de bienvenida, le invitaba á aceptar la hospitalidad de su casa durante la primera noche que residiese en Bagdad. Y se le llevaba con él, y le albergaba lo mejor que podía; y como se trataba de un individuo muy jovial y de carácter complaciente, le hacía compañía toda la noche y no escatimaba nada para darle la mejor idea de su generosidad. Pero al día siguiente le decía: «¡Oh huésped mío! has de saber que si te invité á mi casa cuando en esta ciudad sólo Alah te conoce, es porque tengo mis razones para obrar de esa manera. Pero hice juramento de no tratar jamás dos días seguidos al mismo extranjero, aunque sea el más encantador y el más delicioso entre los hijos de los hombres. ¡Así, pues, heme aquí precisado á separarme de ti; é incluso te ruego que, si alguna vez me encuentras por las calles de Bagdad, hagas como que no me conoces, para no obligarme á que me aparte de ti!» Y tras de hablar así, Abul-Hassán conducía á su huésped á cualquier khan de la ciudad, le daba todos los informes que pudiera necesitar, se despedía de él y no volvía á verle ya. Y si por casualidad ocurría que se encontrase más tarde por los zocos con alguno de los extranjeros que había recibido en su casa, fingía no conocerle, é incluso volvía á otro lado la cabeza para no verse obligado á hablarle ó saludarle. Y continuó obrando de tal suerte, sin

dejar nunca ni una sola tarde de llevarse á su casa un nuevo extranjero.

Pero una tarde, al ponerse el sol, cuando estaba sentado, según tenía por costumbre, al extremo del puente de Bagdad esperando la llegada de algún extranjero, vió avanzar en dirección suya á un rico mercader vestido á la manera de los mercaderes de Mossul, y seguido por un esclavo de alta estatura y de aspecto imponente. Era nada menos que el califa Harún Al-Rachid, disfrazado, como solía hacerlo todos los meses, á fin de ver y examinar por sus propios ojos lo que ocurría en Bagdad. Y Abul-Hassán, al verle, ni por asomo se figuró quién era; y levantándose del sitio en que estaba sentado, avanzó á él, y después de la zalema más graciosa y el deseo de bienvenida, le dijo: «¡Oh mi señor, bendita sea tu llegada entre nosotros! Hazme el favor de aceptar por esta noche mi hospitalidad en lugar de ir á dormir en el khan. ¡Y ya tendrás tiempo mañana por la mañana de buscar tranquilamente alojamiento!» Y para decidirle á aceptar su oferta, en pocas palabras le contó que desde hacía mucho tiempo tenía costumbre de dar hospitalidad, sólo por una noche, al primer extranjero que veía pasar por el puente. Luego añadió: «Alah es generoso, ¡oh mi señor! ¡En mi casa encontrarás amplia hospitalidad, pan caliente y vino clarificado!»

Cuando el califa hubo oído las palabras de Abul-Hassán, le pareció tan extraña la aventura y tan

singular Abul-Hassán, que ni por un instante vaciló en satisfacer su anhelo de conocerle más á fondo. Así es que, tras de hacerse rogar un momento por pura fórmula y para no resultar un hombre mal educado, aceptó la oferta, diciendo: «¡Por encima de mi cabeza y de mi oído! ¡Alah aumente sobre ti sus beneficios, ¡oh mi señor! ¡Heme aquí pronto á seguirte!» Y Abul-Hassán mostró el camino á su huésped y le condujo á su casa, conversando con él con mucho agrado.

Aquella noche la madre de Hassán había preparado una comida excelente. Y les sirvió primero bollos tostados con manteca y rellenos con picadillo de carne y piñones, luego un capón muy gordo rodeado de cuatro pollos grandes, luego un pato relleno de pasas y alfonsigos, y por último, unos pichones en salsa. Y en verdad que todo aquello era exquisito al paladar y agradable á la vista...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



**PERO CUANDO LLEGÓ
LA 624.^a NOCHE**

Ella dijo:

...Y en verdad que todo aquello era exquisito al paladar y agradable á la vista. Así es que, sentándose ambos ante las bandejas, comieron con gran

apetito; y Abul-Hassán escogía los trozos más delicados para dárselos á su huésped. Después, cuando acabaron de comer, el esclavo les presentó el jarro y la jofaina; y se lavaron las manos, en tanto que la madre de Hassán retiraba las fuentes de manjares para servir los platos de frutas llenos de uvas, dátiles y peras, así como otros platos con botes llenos de confituras, pastas de almendra y toda clase de cosas deliciosas. Y comieron hasta la saciedad, para comenzar á beber luego.

Entonces Abul-Hassán llenó de vino la copa del festín, y con ella en la mano, se encaró con su huésped y le dijo: «¡Oh huésped mío! Ya sabes que el gallo no bebe nunca sin llamar antes con cacareos á las gallinas para que vayan á beber con él. Por tanto, si yo me llevase á los labios esta copa para beber estando solo, la bebida detendriase en mi garganta, y moriría yo seguramente. Ruégote, pues, que por esta noche dejes la sobriedad para quienes estén de mal humor, y busques conmigo la alegría en el fondo de la copa. ¡Porque, en verdad, ¡oh huésped mío! que mi felicidad alcanza su límite extremado al hospedar en mi casa á un personaje tan honorable como tú!» Y el califa, que no quería desairarle, y que, además, deseaba hacerle hablar, no rehusó la copa y se puso á beber con él. Y cuando el vino empezó á aligerarles las almas, dijo el califa á Abul-Hassán: «¡Oh mi señor! Ahora que existe entre nosotros el pan y la sal, ¿quieres decirme el motivo que te induce á portarte así con

extranjeros á quienes no conoces, y contarme, á fin de que yo la oiga, tu historia, que debe ser asombrosa?» Y contestó Abul-Hassán: «Has de saber ¡oh huésped mío! que mi historia no es asombrosa, sino instructiva únicamente. Me llamo Abul-Hassán, y soy hijo de un mercader que á su muerte me dejó lo bastante para vivir con toda holgura en Bagdad, nuestra ciudad. Y como yo había sido educado muy severamente en vida de mi padre, me apresuré á hacer cuanto estaba en mi mano para ganar el tiempo perdido por mi juventud. Pero como estaba naturalmente dotado de reflexión, tuve la precaución de dividir mi herencia en dos partes: una que convertí en oro y otra que conservé como reserva. Y cogí el oro realizado con la primera parte, y empecé á dilapidarlo á manos llenas, tratando á jóvenes de mi edad, á quienes regalaba y atendía con una esplendidez y una generosidad de emir'. Y no escatimaba nada para que nuestra vida estuviese llena de delicias y comodidades. Pero, gastando de tal suerte, advertí que al cabo de un año no me quedaba ya ni un solo dinar en el fondo de la arquilla, y volví la vista á mis amigos, pero habían desaparecido. Entonces fui en busca suya, y les pedí que á su vez me ayudasen en la situación penosa por que atravesaba. Pero, uno tras de otro, todos me pusieron algún pretexto que les impedía acudir en mi ayuda, y ninguno de ellos accedió á ofrecirme algo para que subsistiese ni un solo día. Entonces volví en

mi, y comprendí cuánta razón tuvo mi padre para educarme con severidad. Y regresé á mi casa, y me puse á reflexionar acerca de lo que me quedaba que hacer. Y á la sazón hice hincapié en una resolución que desde entonces mantengo sin vacilar. Juré ante Alah, en efecto, que jamás frecuentaría el trato de los individuos de mi país, ni daría en mi casa hospitalidad á nadie mas que á extranjeros; pero la experiencia me ha enseñado también que la amistad corta y efusiva es preferible con mucho á la amistad larga y que acaba mal, ¡é hice juramento de no tratar nunca dos días seguidos al mismo extranjero invitado en mi casa, aunque sea el más encantador y el más delicioso entre los hijos de los hombres! Porque ya he experimentado cuán crueles son los lazos del afecto y hasta qué punto impiden saborear en su plenitud las alegrías de la amistad. Así, pues, ¡oh huésped mío! no te asombres de que mañana por la mañana, tras esta noche en que la amistad se nos deja ver bajo el aspecto más atrayente, me encuentre obligado á decirte adiós. ¡É incluso si, más tarde, me encontraras en las calles de Bagdad, no tomes á mal que no te reconozca ya siquiera!»

Cuando el califa hubo oído estas palabras de Abul-Hassán, le dijo: «¡Por Alah, que tu conducta es una conducta maravillosa, y en mi vida he visto conducirse con tanta prudencia como tú á ningún joven disoluto! Así es que mi admiración por ti llega á sus límites extremos: con los fondos que te

reservaste de la segunda parte de tu patrimonio, supiste llevar una vida inteligente que te permite disfrutar cada noche del trato de un hombre distinto, con quien puedes] variar siempre de placeres y conversaciones, y que no podrá hacerte experimentar sensaciones desagradables.» Luego añadió: «Pero ¡oh mi señor! lo que me has dicho respecto á nuestra separación de mañana me produce una pena extremada. Porque yo quería corresponder de algún modo á lo bien que conmigo te portaste y á la hospitalidad de esta noche. Te ruego, pues, ahora, que manifiestes un deseo, y te juro por la Kaaba santa que me comprometo á satisfacerlo. ¡Háblame, por tanto, con toda sinceridad, y no temas que resulte excesiva tu petición, pues los bienes de Alah son numerosos sobre este mercader que te habla, y no me será difícil realizar nada, con la ayuda de Alah!»...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



**PERO CUANDO LLEGÓ
LA 625.^a NOCHE**

Ella dijo:

»...y no me será difícil realizar nada, con la ayuda de Alah!»

Al oír estas palabras del califa disfrazado de

mercader, Abul-Hassán contestó, sin turbarse ni manifestar el menor asombro: «¡Por Alah, ¡oh mi señor! que mis ojos están pagados ya con verte, y tus beneficios estarían de más! ¡Te doy las gracias, pues, por tu buena voluntad para conmigo; pero, como no tengo ningún deseo que satisfacer ni ninguna ambición que realizar, me noto muy perplejo al responderte! ¡Porque me basta con mi suerte, y no deseo mas que vivir como vivo, sin tener necesidad de nadie nunca!» Pero el califa insistió: «¡Por Alah sobre ti, ¡oh mi señor! no rechaces mi oferta y deja á tu alma expresar un deseo, á fin de que yo lo satisfaga! ¡De no ser así, me marcharé de aquí con el corazón muy torturado y muy humillado! ¡Porque más pesa un beneficio recibido que una mala acción, y el hombre bien nacido debe siempre devolver duplicado el bien que se le hace! ¡Así, pues, habla y no temas molestarme!»

Entonces, al ver que no podía comportarse de otro modo, Abul-Hassán bajó la cabeza y se puso á reflexionar profundamente acerca de la petición que se veía obligado á hacer; luego levantó de pronto la cabeza y exclamó: «¡Pues bien; ya di con ello! Pero se trata de una petición loca, sin duda. ¡Y me parece que no voy á indicártela, para no separarme de ti haciéndote formar con respecto á mí tan mala idea!» El califa dijo: «¡Por la vida de mi cabeza! ¿y quién puede decir de antemano si una idea es loca ó razonable? ¡En verdad que no soy

mas que un mercader; pero, á pesar de todo, puedo hacer bastante más de lo que parece á juzgar por mi oficio! ¡Habla pronto, pues!» Abul-Hassán contestó: «Hablaré, ¡oh mi señor! pero por los méritos de nuestro Profeta (con Él la paz y la plegaria), te juro que sólo el califa podría realizar lo que yo deseo. ¡Pues, para complacerme, sería preciso que me convirtiese yo, aunque fuese nada más que por un día, en califa en lugar de nuestro amo el Emir de los Creyentes Harún Al-Rachid!» El califa preguntó: «Pero vamos á ver, ya Abul-Hassán, ¿qué harías si fueses califa un día solamente?» El otro contestó: «¡Escucha!» Y Abul-Hassán se interrumpió un momento; luego dijo:

«Has de saber ¡oh mi señor! que la ciudad de Bagdad está dividida en barrios y que cada barrio tiene al frente un jeique, al que llaman jeique-al-balad. Pero, para desgracia de este barrio en que habito, el jeique-al-balad que lo regenta es un hombre tan feo y tan horroroso, que ha debido nacer sin duda de la copulación de una hiena con un cerdo. Su presencia resulta pestilente, porque no tiene por boca una boca vulgar, sino un brocal sucio, comparable al agujero de una letrina; sus ojos de pez le salen de los lados y parece que se le van á saltar hasta caer á sus pies; sus labios tumefactos se dirían una llaga maligna, y cuando habla, lanzan chorros de saliva; sus orejas son unas orejas de puerco; sus mejillas, flácidas y pintadas, se asemejan al trasero de un mono viejo; sus mandíbulas

carecen de dientes á fuerza de mascar basuras; su cuerpo está aquejado de todas las enfermedades; en cuanto á su ano, ya no existe; á fuerza de servir de estuche á las herramientas de arrieros, poceros y barrenderos, está atacado de podredumbre, y lo reemplazan ahora unos tapones de lana que impiden que se le salgan por allí las tripas.

»Y este innoble depravado es quien se permite poner en conmoción á todo el barrio con ayuda de otros dos depravados que voy á describirte. Porque no hay villanía que no cometa y calumnia que no difunda, y como tiene un alma excrementicia, ejerce su maldad de mujerzuela vieja sobre las personas honradas, tranquilas y limpias. Pero como no puede encontrarse á la vez en todas partes para infestar el barrio con su pestilencia, tiene á su servicio dos ayudantes tan infames como él.

»El primero de estos infames es un esclavo de rostro imberbe como el de los eunucos, de ojos amarillos y de voz tan desagradable como el sonido que se escapa del trasero de los asnos. Y ese esclavo, hijo de zorra y de perro, se hace pasar por un noble árabe, cuando sólo es un rumí de la más vil y de la más baja extracción. Su oficio consiste en ir á hacer compañía á los cocineros, á los criados y á los eunucos en casa de los visires y de los grandes del reino, para sorprender los secretos de sus amos y contárselos á su jefe, el jeique-al-balad, y traerlos y llevarlos por las tabernas y los sitios peores. Ninguna tarea le repugna, y lame los tra-

seros cuando de ese modo puede encontrar un dinar de oro.

»En cuanto al segundo infame, es una especie de bufón de ojos saltones, que se ocupa en decir chistes y gracias por los zocos, en donde se le conoce por su cráneo calvo como un casco de cebolla y su tartamudez, que es tan penosa, que á cada palabra que dice parece que va á vomitar los hígados. ¡Además, ningún mercader le invita á que se sienta en su tienda, ya que está tan gordo y tan macizo, que cuando se sienta en una silla, vuela hecha pedazos la silla á causa de su peso! ¡Pero éste no es tan depravado como el primero, aunque es bastante más tonto!

»Por tanto, ¡oh mi señor! si yo fuese únicamente un día Emir de los Creyentes, no intentaría enriquecerme ni enriquecer á los míos, sino que me apresuraría á librar á nuestro barrio de esos tres horribles canallas, y los echaría al hoyo de la basura, una vez que hubiese castigado á cada uno con arreglo al grado de su ignominia. Y de tal suerte devolvería la tranquilidad á los habitantes de nuestro barrio. ¡Y eso es todo lo que deseo!»...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGÓ
LA 627.^a NOCHE

Ella dijo:

»...Y de tal suerte devolvería la tranquilidad á los habitantes de nuestro barrio. ¡Y eso es todo lo que deseo!»

Cuando el califa hubo oído estas palabras de Abul-Hassán, le dijo: «En verdad, ya Abul-Hassán, que tu deseo es el deseo de un hombre que va por el buen camino y el de un corazón excelente, porque sólo los hombres buenos y los corazones excelentes sufren cuando la impunidad resulta el pago de los malos. ¡Pero no creas que tu deseo es tan difícil de realizar como me hiciste creer, pues bien convencido estoy de que si lo supiese el Emir de los Creyentes, á quien tanto le gustan las aventuras singulares, se apresuraría á entregar su poderío entre tus manos por un día y una noche!» Pero Abul-Hassán se echó á reir y contestó: «¡Por Alah! ¡demasiado se me alcanza que cuanto acabamos de decir no es mas que una broma! ¡Y á mi vez estoy convencido de que si el califa se enterase de mi extravagancia, haría que me encerraran como á un loco! ¡Así, pues, te ruego que, si por casualidad tus relaciones te llevan á presencia de algún personaje de palacio, no le hables nunca de lo que

dijimos bajo la influencia de la bebida!» Y para no contrariar á su huésped, le dijo el califa: «¡Te juro que á nadie le hablaré de ello!» Pero en su interior se prometió no dejar pasar aquella ocasión de divertirse como jamás lo había hecho desde que recorría su ciudad disfrazado con toda clase de disfraces. Y dijo á Abul-Hassán: «¡Oh huésped mío! ¡conviene que á mi vez te eche yo de beber, pues hasta el presente fuiste tú quien se tomó el trabajo de servirme!» Y cogió la botella y la copa, vertió vino en la copa, echando en ella diestramente un poco de bang de la calidad más pura, y ofreció la copa á Abul-Hassán, diciéndole: «¡Que te sea sano y delicioso!» Y Abul-Hassán contestó: «¿Cómo rehusar la bebida que nos ofrece la mano del invitado? ¡Pero, por Alah sobre ti, ¡oh mi señor! como mañana por la mañana no podré levantarme para acompañarte fuera de mi casa, te ruego que al salir no te olvides de cerrar bien detrás de ti la puerta!» Y el califa se lo prometió así. Tranquilo ya por aquel lado, Abul-Hassán tomó la copa y la vació de un solo trago. Pero al punto surtió su efecto el bang, y Abul-Hassán rodó por tierra, dando con la cabeza antes que con los pies, de manera tan rápida, que el califa se echó á reir. Tras de lo cual llamó al esclavo que esperaba sus órdenes, y le dijo: «¡Cárgate á la espalda á este hombre y sígueme!» Y el esclavo obedeció, y cargándose á la espalda á Abul-Hassán, siguió al califa, que le dijo: «¡Acuérdate bien del emplazamiento de esta casa,

á fin de que puedas volver á ella cuando yo te lo ordene!» Y salieron á la calle, olvidándose de cerrar la puerta, no obstante la recomendación.

Llegados que fueron á palacio, entraron por la puerta secreta y penetraron en el aposento particular en que estaba situada la alcoba. Y el califa dijo á su esclavo: «¡Quítale la ropa á este hombre, vístete con mi traje de noche y échale en mi propio lecho!» Y cuando el esclavo hubo ejecutado la orden, el califa le envió á buscar á todos los dignatarios del palacio, visires, chambelanes y eunucos, así como á todas las damas del harén; y cuando se presentaron todos entre sus manos, les dijo: «Es preciso que mañana por la mañana estéis todos en esta habitación, y que cada cual de vosotros se ponga á las órdenes de este hombre que está echado en mi lecho y vestido con mi ropa. Y no dejéis de guardarle las mismas consideraciones que á mí mismo, y en todo os portaréis con él como si yo mismo fuese. Y al contestar á sus preguntas, le daréis el tratamiento de Emir de los Creyentes; y tendréis mucho cuidado de no contrariarle en ninguno de sus deseos. ¡Porque si alguno de vosotros, aunque fuese mi propio hijo, no interpreta bien las intenciones que os indico, en aquella hora y en aquel instante será ahorcado á la puerta principal de palacio!»

Al oír estas palabras del califa, todos los circunstantes contestaron: «¡Oír es obedecer!» Y á una seña del visir se retiraron en silencio, com-

prendiendo que, cuando el califa les había dado aquellas instrucciones, era porque quería divertirse de una manera extraordinaria.

Cuando se marcharon, Al-Rachid se encaró con Giafar y con el portaalfanje Massrur, que se habían quedado en la habitación, y les dijo: «Ya habéis oído mis palabras. ¡Pues bien; es preciso que mañana seáis vosotros los primeros que os levantéis y vengáis á esta habitación para ponerlos á las órdenes de mi sustituto, que es este que aquí veis! Y no habéis de asombraros por ninguna de las cosas que os cuente; y fingiréis tomarle por mí mismo, os diga lo que os diga para sacaros de vuestro error simulado. Y haréis dádivas á quienes él os indique, aunque tuvierais que agotar todos los tesoros del reino; y recompensaréis, y castigaréis, y ahorcaréis, y mataréis, y nombraréis, y destituiréis exactamente como él os diga que hagáis. Y no tendréis necesidad de ir á consultarme antes. ¡Yo estaré escondido cerca, y veré y oiré cuanto ocurra! ¡Y sobre todo, obrad de manera que ni por un momento pueda sospechar que todo lo que le sucede se reduce á una broma combinada por orden mía! ¡Eso es todo! ¡Y que se cumpla así!» Luego añadió: «¡No dejéis tampoco, en cuanto os despertéis, de ir á sacarme de mi sueño á la hora de la plegaria matinal!...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



**PERO CUANDO LLEGÓ
LA 629.^a NOCHE**

Ella dijo:

...«¡No dejéis tampoco, en cuanto os despertéis, de ir á sacarme de mi sueño á la hora de la plegaria matinal!»

Y he aquí que al día siguiente, á la hora indicada, no dejaron Giafar y Massrur de ir á despertar al califa, que al punto corrió á colocarse detrás de una cortina en la misma habitación en que dormía Abul-Hassán. Y desde allí podía oír y ver todo lo que iba á ocurrir, sin exponerse á que Abul-Hassán le advirtiera entre los presentes.

Entonces entraron Giafar y Massrur, así como todos los dignatarios, las damas y los esclavos, y cada cual se colocó en el sitio de costumbre, con arreglo á su categoría. Y reinaban en la habitación una gravedad y un silencio como si se tratase del despertar del Emir de los Creyentes. Y cuando todos estuvieron formados por orden, el esclavo designado de antemano se acercó á Abul-Hassán, que seguía dormido, y le aplicó á la nariz un hisopo empapado en vinagre. Y al punto estornudó Abul-Hassán una vez, dos veces y tres veces, arrojando por la nariz largos filamentos producidos por el efecto del bang. Y el esclavo recogió aquellas

mucosidades en una bandeja de oro para que no cayesen en el lecho ó en la alfombra; luego secó la nariz y el rostro á Abul-Hassán y le roció con agua de rosas. Y Abul-Hassán acabó por salir de su sopor, y abrió los ojos, despertándose.

¡Y se vió de primera intención en un lecho magnífico, cuya colcha era un magnífico y admirable brocado de oro rojo constelado de perlas y pedrería! ¡Y alzó los ojos y se vió en un salón de paredes y techo tapizados de raso, con cortinas de seda y vasos de oro y de cristal en los rincones! Y giró los ojos á su alrededor y se vió rodeado de mujeres jóvenes y de esclavos jóvenes, de una belleza subyugante, que se inclinaban á su vista, y detrás de ellos divisó á la muchedumbre de visíres, emires, chambelanes, eunucos negros y tañedoras de instrumentos prontas á pulsar las cuerdas armoniosas y acompañar á las cantarinas, colocadas en círculo sobre un estrado. Y junto á él, encima de un taburete, reconoció por el color los trajes, el manto y el turbante del Emir de los Creyentes.

Cuando Abul-Hassán vió todo aquello, cerró de nuevo los ojos para dormirse otra vez, de tan convencido como estaba de que se hallaba bajo el efecto de un sueño. Pero en el mismo instante se acercó á él el gran visir Giafar, y después de besar la tierra por tres veces, le dijo con acento respetuoso: «¡Oh Emir de los Creyentes, permite que te despierte tu esclavo, pues ya es la hora de la plegaria matinal!»

Al oír estas palabras de Giafar, Abul-Hassán se restregó los ojos repetidas veces, luego se pellizcó en un brazo tan cruelmente que hubo de lanzar un grito de dolor, y se dijo: «¡No, por Alah, no estoy soñando! ¡Heme aquí convertido en califa!» Pero vaciló aún, y dijo en voz alta: «¡Por Alah, que todo esto es producto de mi razón extraviada por tanta bebida como ingerí ayer con el mercader de Mossul, y también es efecto de la disparatada conversación que con él tuve!» Y se volvió del lado de la pared para dormirse de nuevo. Y como ya no se movía, Giafar se aproximó más á él y le dijo: «¡Oh Emir de los Creyentes! ¡permite que tu esclavo se asombre al ver que su señor falta á su costumbre de levantarse para la plegaria!» Y en aquel mismo instante, á una seña de Giafar, las tañedoras de instrumentos hicieron oír un concierto de arpas, de laúdes y de guitarras, y las voces de las cantarinas resonaron armoniosamente. Y Abul-Hassán volvióse hacia las cantarinas, diciéndose en alta voz: «¿Desde cuándo, ¡ya Abul-Hassán! los durmientes oyen lo que tú oyes y ven lo que tú ves?» Y acto seguido se levantó, en el límite de la estupefacción y del encanto, aunque dudando siempre de la realidad de todo aquello. Y se puso las manos delante de los ojos á modo de pantalla, para distinguir mejor y probarse mejor sus impresiones, diciéndose: «¡Ualah! ¡Qué extraño! ¡Qué asombroso! ¿Dónde estás, Abul-Hassán, ¡oh hijo de tu madre! ¿Sueñas ó no sueñas? ¿Desde

cuándo eres califa? ¿Desde cuándo este palacio, este lecho, estos dignatarios, estos eunucos, estas mujeres encantadoras, estas tañedoras de instrumentos, estas cantarinas hechiceras y todo esto es tuyo?» Pero en aquel momento cesó el concierto, y Massrur el portaalfanje se acercó al lecho, besó la tierra por tres veces, é incorporándose, dijo á Abul-Hassán: «¡Oh Emir de los Creyentes! ¡permite al último de tus esclavos que te diga que ya ha pasado la hora de la plegaria, y es tiempo de ir al diván para despachar los asuntos del reino!» Y Abul-Hassán, cada vez más estupefacto, sin saber ya qué partido tomar en su perplejidad, acabó por mirar á Massrur entre ambos ojos y le dijo con cólera: «¿Quién eres tú? ¿Y quién soy yo?» Massrur contestó con acento respetuoso: «Tú eres nuestro amo el Emir de los Creyentes, el califa Harún Al-Rachid, quinto de los Rani-Abbas, descendiente del tío del Profeta (¡con él la plegaria y la paz!) Y el esclavo que te habla es el pobre, el despreciable, el infimo Massrur, honrado con el cargo augusto que consiste en llevar el alfanje de la voluntad de nuestro señor»...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.

**PERO CUANDO LLEGÓ
LA 630.ª NOCHE**

Ella dijo:

»...Y el esclavo que te habla es el pobre, el despreciable, el infimo Massrur, honrado con el cargo augusto que consiste en llevar el alfanje de la voluntad de nuestro señor.» Al oir estas palabras de Massrur, le gritó Abul-Hassán: «¡Mientes, hijo de mil cornudos!» Pero Massrur, sin turbarse, contestó: «¡Oh mi señor! ¡en verdad que, al oir hablar así al califa, moriría de dolor otro cualquiera! ¡Pero yo, tu antiguo esclavo, que desde hace largos años estoy á tu servicio y vivo á la sombra de tus beneficios y de tu bondad, sé que el vicario del Profeta sólo me habla así para poner á prueba mi fidelidad! ¡Por favor, pues, ¡oh mi señor! te suplico que no me sometas á prueba más tiempo! ¡Si alguna pesadilla fatigó tu sueño esta noche, ahuyéntala y tranquiliza á tu esclavo tembloroso!»

Al oir estas palabras de Massrur, Abul-Hassán no pudo contenerse por más tiempo, y lanzando una inmensa carcajada, se arrojó en el lecho y empezó á revolcarse, enredándose en la colcha y alzando las piernas por encima de su cabeza. Y Harún Al-Rachid, que oía y veía todo aquello desde detrás

de la cortina, hinchaba los carrillos para sofocar la risa que le embargaba.

Cuando Abul-Hassán se estuvo riendo en aquella postura durante una hora de tiempo, acabó por calmarse un poco, y levantándose acto seguido, hizo seña de que se aproximara á un esclavo negro, y le dijo: «¡Oye! ¿me conoces? ¿Podrías decirme quién soy?» El negro bajó los ojos con respeto y modestia y contestó: «Eres nuestro amo el Emir de los Creyentes Harún Al-Rachid, califa del Profeta (¡bendito sea!) y vicario en la tierra del Soberano de la tierra y del cielo.» Pero Abul-Hassán le gritó: «¡Mientes, ¡oh rostró de pez, oh hijo de mil alcahuetes!»

Se encaró entonces con una de las esclavas jóvenes que estaban allí presentes, y haciéndole seña de que se aproximara, le tendió un dedo, diciéndole: «¡Muerde este dedo! ¡Así veré si duermo ó estoy despierto!» Y la joven, que sabía que el califa estaba viendo y oyendo cuanto pasaba, se dijo para sí: «¡Esta es la ocasión de mostrar al Emir de los Creyentes todo lo que sé hacer para divertirle!» Y juntando los dientes con todas sus fuerzas, mordió el dedo hasta llegar al hueso. Y lanzando un grito de dolor, exclamó Abul-Hassán: «¡Ay! ¡ay! ¡ya veo que no duermo! ¡Qué he de dormir!» Y preguntó á la joven: «¿Podrías decirme si me conoces y si soy verdaderamente quien han dicho?» Y la esclava contestó, extendiendo los brazos: «¡El nombre de Alah sobre el califa y alrededor suyo! ¡Eres

¡oh mi señor! el Emir de los Creyentes Harún Al-Rachid, vicario de Alah!»

Al oír estas palabras, exclamó Abul-Hassán: «¡Hete aquí en una noche convertido en vicario de Alah, ¡oh Abul-Hassán! ¡oh hijo de tu madre!» Luego, rehaciéndose, gritó á la joven: «¡Mientes, ¡oh zorra! ¿Acaso no sé bien yo quién soy?»

Pero en aquel momento acercóse al lecho el jefe eunuco, y después de besar por tres veces la tierra se levantó, y encorvado por la cintura, se dirigió á Abul-Hassán y le dijo: «¡Perdóneme nuestro amo! ¡Pero es la hora en que nuestro amo tiene costumbre de satisfacer sus necesidades en el retrete!» Y le pasó el brazo por los sobacos y le ayudó á salir del lecho. Y en cuanto Abul-Hassán estuvo de pie sobre sus plantas, la sala y el palacio retemblaron al grito con que le saludaban todos los presentes: «¡Alah haga victorioso al califa!» Y pensaba Abul-Hassán: «¡Por Alah! ¿no es cosa maravillosa? ¡Ayer era Abul-Hassán! ¿Y hoy soy Harún Al-Rachid?» Luego se dijo: «¡Ya que es la hora de mear, vamos á mear! ¡Pero no estoy ahora muy seguro de si también es la hora en que asimismo satisfago la otra necesidad!» Pero sacóle de estas reflexiones el jefe eunuco, que le ofreció un calzado descubierto, bordado de oro y perlas, y que era alto del talón por estar especialmente destinado á usarlo en el retrete. Pero Abul-Hassán, que en su vida había visto nada parecido, cogió aquel calzado, y creyendo sería algún objeto precioso que le regalaban,

se lo metió en una de las amplias mangas de su ropón.

Al ver aquello, todos los presentes, que hasta entonces habían logrado retener la risa, no pudieron comprimir por más tiempo su hilaridad. Y los unos volvieron la cabeza, en tanto que los otros, fingiendo besar la tierra ante la majestad del califa, cayeron convulsos sobre sus alfombras. Y detrás de la cortina, el califa era presa de tal acceso de risa silenciosa, que cayó de costado al suelo.

Entretanto, el jefe eunuco, sosteniendo á Abul-Hassán por debajo del hombro, le condujo á un retrete pavimentado de mármol blanco, en tanto que todas las demás habitaciones del palacio estaban cubiertas de ricas alfombras. Tras de lo cual, volvió con él á la alcoba, en medio de los dignatarios y de las damas, alineados todos en dos filas. Y al punto se adelantaron otros esclavos que estaban dedicados especialmente al tocado, y que le quitaron sus efectos de noche y le presentaron la jofaina de oro llena de agua de rosas, para sus abluciones. Y cuando se lavó, sorbiendo con delicia el agua perfumada, le pusieron sus vestiduras reales, le colocaron la diadema, y le entregaron el cetro de oro.

Al ver aquello, Abul-Hassán pensó: «¡Vamos á ver! ¿Soy ó no soy Abul-Hassán?» Y reflexionó un instante, y con acento resuelto gritó en alta voz, para ser oído por todos los presentes: «¡Yo no soy Abul-Hassán! ¡Que empalen á quien diga que

soy Abul-Hassán! ¡Soy Harún Al-Rachid en persona!»

Y tras de pronunciar estas palabras, ordenó Abul-Hassán con un acento de mando tan firme como si hubiese nacido en el trono: «¡Marchen!» Y al punto se formó el cortejo; y colocándose el último, Abul-Hassán siguió al cortejo, que le condujo á la sala del trono. Y Massrur le ayudó á subir al trono, donde sentóse él entre las aclamaciones de todos los presentes. Y se puso el cetro sobre las rodillas y miró á su alrededor. Y vió que todo el mundo estaba colocado por orden en la sala de cuarenta puertas; y vió una muchedumbre innumerable de guardias con alfanjes brillantes, y visires, y emires, y notables, y representantes de todos los pueblos del Imperio y otros más. Y entre la silenciosa multitud divisó algunas caras que conocía muy bien: Giafar el visir, Abu-Nowas, Al-Ijli, Al-Rakashi, Ibdán, Al-Farazadk, Al-Loz, Al-Sakar, Omar Al-Tartis, Abu-Ishak, Al-Khalia y Jadim.

Y he aquí que mientras paseaba de aquel modo sus miradas de rostro en rostro, se adelantó Giafar, seguido de los principales dignatarios, todos vestidos con trajes espléndidos; y llegando ante el trono, se prosternaron con la faz en tierra, y permanecieron en aquella postura hasta que les ordenó que se levantaran. Entonces Giafar sacó de debajo de su manto un gran rollo, que deshizo, y del cual extrajo un legajo de papeles, que se puso á

leer uno tras otro y que eran los proyectos ordinarios. Y aunque Abul-Hassán jamás había entendido en semejantes asuntos, ni por un instante se turbó; y en cada uno de los asuntos que se le sometieron dictó sentencia con tanto tacto y con justicia tanta, que el califa, que había ido á ocultarse detrás de una cortina de la sala del trono, quedó del todo maravillado.

Cuando Giafar hubo terminado su exposición, Abul-Hassán le preguntó: «¿Dónde está el jefe de policía?» Y Giafar le designó con el dedo á Ahmad-la-Tiña, jefe de policía, y le dijo: «Este es, ¡oh Emir de los Creyentes!» Y al verse aludido, el jefe de policía se destacó del sitio que ocupaba y se acercó gravemente al trono, al pie del cual se prosternó con la faz en tierra. Y después de permitirle que se levantara, le dijo Abul-Hassán: «¡Oh jefe de policía! ¡lleva contigo diez guardias, y ve al instante á tal barrio, tal calle y tal casa! En ella encontrarás á un horrible cerdo que es el jeique-al-balad del barrio, y le hallarás sentado entre sus dos compadres, dos canallas no menos innobles que él. Apodérate de sus personas, y para acostumbrarles á lo que tienen que sufrir, empieza por dar á cada uno cuatrocientos palos en la planta de los pies...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ
LA 632.^a NOCHE

Ella dijo:

«...Apodérate de sus personas, y para acostumarles á lo que tienen que sufrir, empieza por dar á cada uno cuatrocientos palos en la planta de los pies. Tras de lo cual, les subirás en un camello sarnoso, vestidos de andrajos y con la cara vuelta hacia la cola del camello, y les pasearás por todos los barrios de la ciudad, haciendo pregonar al pregonero público: «¡Este es el principio del castigo impuesto á los calumniadores, á los que manchan á las mujeres, á los que turban la paz de sus vecinos y babea sobre las personas honradas!» Efectuado esto, harás empalar por la boca al jeique-al-balad, ya que por ahí es por donde ha pecado y ya que en la actualidad no tiene ano; y arrojarás su cuerpo podrido á los perros. Cogerás luego al hombre imberbe de ojos amarillos, que es el más infame de los dos compadres que ayudan en su vil tarea al jeique-al-balad, y harás que le ahoguen en el hoyo de los excrementos de la casa de su vecino Abul-Hassán. ¡Después le tocará el turno al segundo compadre! A éste, que es un bufón y un tonto ridículo, no le harás sufrir más castigo que el siguiente: mandarás á un carpintero hábil que cons-

truya una silla hecha de manera que vuele en pedazos cada vez que vaya á sentarse en ella el hombre consabido, ¡y le condenarás á sentarse toda su vida en esa silla! ¡Ve y ejecuta mis órdenes!»

Al oír estas palabras, el jefe de policía Ahmad-la-Tiña, que había recibido de Giafar la orden de ejecutar todos los mandatos que le formulara Abul-Hassán, se llevó la mano á la cabeza para indicar con ello que estaba dispuesto á perder su propia cabeza si no ejecutaba puntualmente las órdenes recibidas. Luego besó la tierra por segunda vez entre las manos de Abul-Hassán y salió de la sala del trono.

¡Eso fué todo! Y el califa, al ver á Abul-Hassán desempeñar con tanta gravedad prerrogativas de la realeza, experimentó un placer extremado. Y Abul-Hassán continuó juzgando, nombrando, destituyendo y ultimando los asuntos pendientes hasta que el jefe de policía estuvo de vuelta al pie del trono. Y le preguntó: «¿Ejecutaste mis órdenes?» Y después de prosternarse como de ordinario, el jefe de policía sacó de su seno un papel y se lo presentó á Abul-Hassán, que lo desdobló y lo leyó por entero. Era precisamente el proceso verbal de la ejecución de los tres compadres, firmado por los testigos legales y por personas muy conocidas en el barrio. Y dijo Abul-Hassán: «¡Está bien! ¡Quedo satisfecho! ¡Sean por siempre castigados así los calumniadores, los que manchan á las mujeres y cuantos se mezclan en asuntos ajenos!»

Tras de lo cual Abul-Hassán hizo seña al jefe tesorero para que se acercara, y le dijo: «Coge del tesoro al instante un saco de mil dinares de oro, ve al mismo barrio adonde he enviado al jefe de policía y pregunta por la casa de Abul-Hassán el que llaman el Disoluto. Y como este Abul-Hassán, que está muy lejos de ser un disoluto, es un hombre excelente y de agradable compañía, todo el mundo se apresurará á indicarte su casa. Entonces entrarás en ella y dirás que tienes que hablar con su venerable madre; y después de las zalemas y las consideraciones debidas á esta excelente anciana, le dirás: «¡Oh madre de Hassán! he aquí un saco de mil dinares de oro que te envía nuestro amo el califa. Y este regalo no es nada en proporción á tus méritos. ¡Pero en este momento está vacío el tesoro, y el califa siente no poder hacer más por ti hoy! ¡Y sin más tardanza, le entregarás el saco y volverás á darme cuenta de tu misión!» Y el jefe tesorero contestó con el oído y la obediencia, y apresuróse á ejecutar la orden.

Hecho lo cual, Abul-Hassán indicó con una seña al gran visir Giafar que se levantaba el diván. Y Giafar transmitió la seña á los visires, á los emires, á los chambelanes y á los demás concurrentes, y todos, después de prosternarse al pie del trono, salieron en el mismo orden que cuando entraron. Y sólo se quedaron con Abul-Hassán el gran visir Giafar y el portaalfanje Massrur, que se acercaron á él y le ayudaron á levantarse, co-

giéndole uno por debajo del brazo derecho y otro por debajo del brazo izquierdo. Y le condujeron hasta la puerta del aposento interior de las mujeres, en donde habían servido el festín del día. Y al punto las damas de servicio fueron á reemplazar junto á él á Giafar y á Massrur, y le introdujeron en la sala del festín.

En seguida dejóse oír un concierto de laúdes, de tiorbas, de guitarras, de flautas, de oboes y de clarinetes que acompañaban á frescas voces de jóvenes, con tanto encanto, melodía y justeza, que Abul-Hassán no sabía por cuál decidirse, entusiasmado hasta el límite extremo del entusiasmo. Y acabó por decirse: «¡Ahora ya no puedo dudar! Soy realmente el Emir de los Creyentes Harún Al-Rachid. ¡Porque no va á ser un sueño todo esto! De ser así, ¿vería, oiría, sentiría y andaría como lo hago? ¡En la mano tengo este papel con el proceso verbal de la ejecución de los tres compadres; escucho estos cánticos y estas voces; y todo lo demás, y estos honores, y estas consideraciones, son para mí! ¡Soy el califa!»...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



**PERO CUANDO LLEGÓ
LA 634.^a NOCHE**

Ella dijo:

»...¡Soy el califa!» Y miró á su derecha y miró á su izquierda; y lo que vió le afirmó todavía más en la idea de su realeza. Estaba en medio de una sala espléndida, donde brillaba el oro en todas las paredes, donde los colores más agradables dibujábanse de manera variada en los tintes de los tapices, y donde ponían un resplandor incomparable siete áureas arañas de siete brazos colgadas del techo azul. Y en medio de la sala, en taburetes bajos, había siete grandes bandejas de oro macizo cubiertas de manjares admirables, cuyo olor embalsamaba el aire con ámbar y especias. Y alrededor de estas bandejas hallábanse de pie, en espera de una seña, siete jóvenes de belleza incomparable, vestidas con trajes de colores y hechuras diferentes. Y cada una tenía en la mano un abanico, dispuestas á refrescar el aire en torno de Abul-Hassán.

Entonces, Abul-Hassán, que aún no había comido nada desde la víspera, se sentó ante las bandejas; y al punto las siete jóvenes se pusieron á agitar todas á la vez sus abanicos para hacer aire en torno suyo. Pero como no estaba él acostum-

brado á recibir tanto aire mientras comía, miró á las jóvenes una tras de otra con sonrisa graciosa, y les dijo: «¡Por Alah ¡oh jóvenes! que me parece bastante para darme aire una sola persona! Venid, pues, todas á sentaros á mi alrededor para hacerme compañía. ¡Y decid á esa negra que está ahí que venga á hacernos aire!» Y las obligó á sentarse á su derecha, á su izquierda y delante de él, de modo que, por cualquier lado que se volviese, tuviera á la vista un espectáculo agradable.

Entonces comenzó á comer; pero, al cabo de algunos instantes, advirtió que las jóvenes no se atrevían á tocar la comida por consideración á él; y las invitó repetidas veces á que se sirvieran sin escrúpulo, é incluso les ofreció con su propia mano pedazos escogidos. Luego las interrogó por el nombre de cada una; y le contestaron: «¡Nos llamamos Grano-de-Almizcle, Cuello-de-Alabastro, Hoja-de-Rosa, Corazón-de-Granada, Boca-de-Coral, Nuez-Moscada y Caña-de-Azúcar!» Y al oír nombres tan graciosos, exclamó él: «¡Por Alah, que se os amoldan esos nombres, ¡oh jóvenes! ¡Porque ni el almizcle, ni el alabastro, ni la rosa, ni la granada, ni el coral, ni la nuez moscada, ni la caña de azúcar pierden sus cualidades al pasar por vuestra gracia!» Y mientras duró la comida, continuó diciéndoles palabras tan exquisitas, que el califa, que le observaba con gran atención oculto detrás de una cortina, se felicitó cada vez más de haber organizado semejante diversión.

Cuando terminó la comida, las jóvenes avisaron á los eunucos, que al punto llevaron con qué lavarse las manos. Y las jóvenes apresuráronse á tomar de manos de los eunucos la jofaina de oro, el jarro y las toallas perfumadas, y poniéndose de rodillas ante Abul-Hassán, le vertieron agua en las manos. Luego le ayudaron á levantarse; y cuando los eunucos descorrieron una gran cortina, apareció otra sala en que estaban colocadas las frutas sobre bandejas de oro. Y las jóvenes le acompañaron hasta la puerta de aquella sala y se retiraron.

Entonces, sostenido por dos eunucos, Abul-Hassán llegó hasta el centro de aquella sala, que era más hermosa y estaba mejor decorada que la anterior. Y en cuanto se sentó, un nuevo concierto, dado por otra orquesta de músicas y cantarinas, hizo oír acordes admirables. Y muy entusiasmado, Abul-Hassán advirtió en las bandejas diez hileras alternadas de las frutas más raras y más exquisitas; y había siete bandejas; y cada bandeja estaba debajo de una araña colgada del techo; y ante cada bandeja hallábase una joven más hermosa y mejor adornada que las anteriores; y también tenía cada una un abanico. Y Abul-Hassán las examinó una tras de otra y quedó encantado de su belleza. Y las invitó á sentarse á su alrededor; y para animarlas á comer, no dejó de servir las por sí mismo en vez de dejarlas servirle. Y se informó de sus nombres, y supo decir á cada una un cumplimiento apropiado al presentarles un higo, ó un

racimo de uvas, ó una raja de sandía, ó un plátano. Y el califa, que le escuchaba, se divertía en extremo y estaba cada vez más satisfecho de ver lo que el otro daba de sí.

Cuando Abul-Hassán hubo probado de todas las frutas que había en las bandejas y también se las hizo probar á las jóvenes, levantóse, ayudado por los eunucos, que le introdujeron en una tercera sala más hermosa sin duda que las dos primeras...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGO
LA 636.^a NOCHE

Ella dijo:

...levantóse, ayudado por los eunucos, que le introdujeron en una tercera sala más hermosa sin duda que las dos primeras. Era la sala de las confituras. Había, en efecto, siete bandejas, cada una debajo de una araña, y ante cada bandeja una joven de pie; y en aquellas bandejas, dentro de botes de cristal y de fuentes de plata sobredorada, se contenían confituras excelentes. Y las había de todos colores y de todas especies. Y había confituras líquidas y confituras secas, y pasteles de hojal-

dre, ¡y todo! Y en medio de un nuevo concierto de voces é instrumentos, Abul-Hassán probó un poco de cada dulce perfumado, y también hizo que los probaran las jóvenes, á quienes, de la misma manera que á las anteriores, invitó á hacerle compañía. Y á cada una supo decirle una palabra agradable que respondiera al nombre que le había preguntado.

Tras de lo cual le introdujeron en la cuarta sala, que era la sala de las bebidas, y que era la más sorprendente y la más maravillosa de todas. Debajo de las siete arañas de oro del techo había siete bandejas con frascos de todas formas y de todos tamaños, dispuestos en filas simétricas; y hacíanse oír músicas y cantarinas invisibles para los ojos del espectador; y ante las bandejas se erguían siete jóvenes que no iban vestidas con trajes pesados, como sus hermanas de las demás salas, sino sencillamente envueltas en una camisa de seda; y eran de colores distintos y de aspecto distinto: la primera era morena, la segunda negra, la tercera blanca, la cuarta rubia, la quinta gruesa, la sexta delgada y la séptima roja. Y Abul-Hassán las examinó con más gusto y atención aún, porque podía fácilmente entrever sus formas y atractivos bajo la transparencia de la tela sutil. Y con extremada complacencia las invitó á sentarse á su alrededor y á echarle de beber. Y empezó á preguntar su nombre á cada joven, según le iban presentando las copas. Y cada vez que vaciaba una copa, daba

á la joven correspondiente un beso, un mordisco ó un pellizco en la nalga. Y continuó jugando de tal modo con ellas hasta que el niño heredero se puso á gritar. Entonces, para apaciguarle, preguntó á las siete jóvenes: «¡Por vida mía! ¿quién de vosotras quiere encargarse de este niño importuno?» Y por toda respuesta á esta pregunta, las siete jóvenes se lanzaron á la vez sobre el mamoncillo y quisieron darle de mamar. Y cada una lo atraía á sí por un lado ó por otro, riendo y dando gritos, de modo que el padre del niño, sin saber ya á quién escuchar ni á quién atender, se lo guardó de nuevo, diciendo: «¡Ha vuelto á dormirse!»

¡Eso fué todo!

Y el califa, que iba siguiendo por todas partes á Abul-Hassán y se ocultaba detrás de las cortinas, regocijábase en silencio con lo que veía y oía, y bendecía al Destino que le puso en el camino de un hombre como aquel. Pero, entretanto, una de las jóvenes, que había recibido de Giafar las instrucciones necesarias, tomó una copa y echó en ella disimuladamente unos pocos polvos narcóticos de los que el califa empleó la noche anterior para dormir á Abul-Hassán. Luego ofreció la copa á Abul-Hassán riendo, y le dijo: «¡Oh Emír de los Creyentes! ¡te suplico que bebas todavía esta copa, la cual despertará quizá al querido niño!» Y riendo á carcajadas, contestó Abul-Hassán: «¡Sí, ualá!» Y tomó la copa que le ofrecía la joven, y se la bebió de un trago. Luego se dispuso á hablar con

la que le había servido de beber; pero sólo consiguió abrir la boca para balbucear algo y cayó desplomado, dando con la cabeza antes que con los pies.

Entonces, el califa, que con todo aquello se había divertido hasta el límite de la diversión, y que no esperaba mas que aquel sueño de Abul-Hassán, salió de detrás de la cortina, sin poder ya tenerse en pie á fuerza de reir tanto. Y encaróse con los esclavos que acudieron y les ordenó que quitaran á Abul-Hassán las vestiduras reales que le habían puesto por la mañana y le vistieran con sus ropas usuales. Y cuando se hubo ejecutado esta orden, hizo llamar al esclavo que raptó á Abul-Hassán, y le ordenó que se lo cargara á hombros, lo transportara á su casa y lo acostara en su lecho. Pues el califa dijo para sí: «¡Como esto dure más, voy á morirme de risa ó se va él á volver loco!» Y el esclavo, cargándose á la espalda á Abul-Hassán, le sacó de palacio por la puerta secreta, y corrió á dejarle en su lecho, dentro de su casa, cuya puerta tuvo cuidado de cerrar al retirarse.

En cuanto á Abul-Hassán...

- En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



**PERO CUANDO LLEGÓ
LA 637.^a NOCHE**

Ella dijo:

...En cuanto á Abul-Hassán, permaneció dormido en un profundo sueño hasta el día siguiente á mediodía, y no despertó hasta que se disipó por completo en su cerebro el efecto del bang. Y pensó antes de poder abrir los ojos: «¡He reflexionado, y la que prefiero entre todas las jóvenes es sin duda Caña-de-Azúcar, y también Boca-de-Coral, y en tercer lugar solamente Aderezo-de-Perlas, la rubia que me sirvió ayer la última copal!» Y llamó en alta voz: «¡Hola! ¡Venid, ¡oh jóvenes! ¡Caña-de-Azúcar, Boca-de-Coral, Aderezo-de-Perlas, Alba-del-Día, Estrella-de-la-Mañana, Grano-de-Almizcle, Cuello-de-Alabastro, Cara-de-Luna, Corazón-de-Granada, Flor-de-Manzano, Hoja-de-Rosa! ¡Hola! ¡Acudid! ¡Ayer estaba un poco fatigado, pero hoy va bien el niño!»

Y esperó un momento. Pero como nadie contestase ni acudiese á sus voces, hubo de enojarse, y abriendo los ojos, se incorporó á medias. Y entonces se vió en su habitación, pero ni por asomo en el palacio suntuoso en que había habitado la víspera y desde donde había mandado como amo en toda la tierra. Y le pareció que se encontraba bajo

el efecto de un sueño, y para disiparlo, se puso á gritar con todas sus fuerzas: «Vamos á ver, Giafar, ¡oh hijo de perro! y tú, alcahuete Massrur, ¿dónde estáis?»

Al oír estos gritos, acudió su anciana madre, y le dijo: «¿Qué te pasa, hijo mío? ¡El nombre de Alah sobre ti y alrededor de ti! ¿Qué sueño tuviste, ¡oh hijo mío, oh Abul-Hassán!?» É indignado al ver á la anciana á su cabecera, le gritó Abul-Hassán: «¿Quién eres, anciana? ¿Y quién es ese Abul-Hassán?» Ella dijo: «¡Por Alah! ¡Soy tu madre! Y tú eres mi hijo, tú eres Abul-Hassán, ¡oh hijo mío! ¿Qué extrañas palabras escucho de tu boca? ¡Parece que no me reconoces!» Pero Abul-Hassán le gritó: «¡Atrás, oh maldita vieja! ¡Estás hablando con el Emir de los Creyentes, con el califa Harún Al-Rachid! ¡Quítate de la vista del vicario de Alah en la tierra!» Al oír estas palabras, la pobre vieja empezó á golpearse el rostro, exclamando: «¡El nombre de Alah sobre ti, ¡oh hijo mío! ¡Por favor, no alces la voz para decir semejantes locuras! ¡Van á oírte los vecinos, y estaremos perdidos sin remedio! ¡Ojalá desciendan sobre tu razón la seguridad y la calma!» Abul-Hassán exclamó: «Te digo que salgas al instante, ¡oh vieja execrable! ¿Estás loca para confundirme con tu hijo? ¡Yo soy Harún Al-Rachid, Emir de los Creyentes, señor de Oriente y de Occidente!» Ella se golpeó el rostro, y dijo lamentándose: «¡Alah confunda al Maligno! Y librete de la posesión la misericordia del Altísimo, ¡oh hijo mío!

¿Cómo pudo entrar en tu espíritu cosa tan insensata? ¿No ves que esta habitación en que te hallas ni por asomo es el palacio del califa, y que desde que naciste has vivido aquí, y que jamás habitaste fuera de aquí ni con más personas que con tu anciana madre que te quiere, hijo mío, ya Abul-Hassán? ¡Escúchame, ahuyenta de tu pensamiento esos ensueños vanos y peligrosos que te han asaltado esta noche, y para calmarte, bebe un poco de agua de este jarro!»

Entonces Abul-Hassán cogió de manos de su madre el jarro, bebió un buche de agua y dijo, algo calmado: «¡Bien puede ocurrir, en efecto, que yo sea Abul-Hassán!» Y bajó la cabeza, y con la mano apoyada en la mejilla, reflexionó durante una hora de tiempo, y sin levantar la cabeza, dijo hablando consigo mismo, como quien sale de un profundo sueño: «¡Sí, por Alah, bien puede ocurrir, en efecto, que yo sea Abul-Hassán! ¡Soy Abul-Hassán sin duda alguna! ¡Esta habitación es mi habitación! ¡ualahí! ¡La reconozco ahora! ¡Y tú eres mi madre, y yo soy tu hijo! ¡Sí, yo soy Abul-Hassán!» Y añadió: «¿Pero por qué sortilegio me han invadido la razón tales locuras?»

Al oír estas palabras, la pobre anciana lloró de alegría, sin dudar ya de que su hijo estuviese completamente calmado. Y después de secarse las lágrimas, se disponía á llevarle de comer y á pedirle detalles del extraño sueño que acababa de tener, cuando Abul-Hassán, que desde hacía un momento

miraba fijamente delante de sí, saltó de pronto como un loco, y cogiendo por la ropa á la pobre mujer, empezó á zarandearla, gritándole: «¡Ah infame vieja! ¡si no quieres que te estrangule, vas á decirme al instante qué enemigos me han destronado, y quién me ha encerrado en esta prisión, y quién eres tú para alojarme en este miserable tugurio! ¡Ah! ¡teme los efectos de mi cólera cuando vuelva yo al trono! ¡Tiembla á la venganza de tu augusto soberano el califa Harún Al-Rachid, que sigo siendo yo!» Y á fuerza de zarandearla, acabó por dejar que se le escapase de las manos. Y cayó ella en la estera, sollozando y lamentándose. Y en el límite de la rabia, Abul-Hassán se metió otra vez en el lecho, y permaneció con la cabeza entre las manos, presa de pensamientos tumultuosos.

Pero, al cabo de cierto tiempo, se levantó la anciana, y como se le enternecia el corazón á causa de su hijo, no vaciló en llevarle, aunque temblando, un poco de jarabe con agua de rosas, y le decidió á tomar un buche, y para hacerle cambiar de idea, le dijo: «¡Escucha, hijo mío, lo que tengo que contarte! Es una cosa que estoy convencida de que te alegrará mucho. Porque has de saber que ayer vino aquí, de parte del califa, el jefe de policía para detener al jeique-al-balad y á sus dos compadres; y después de hacer que á cada uno le dieran cuatrocientos palos en la planta de los pies, mandó que les pasearan, montados al revés en un camello sarnoso, por los barrios de la ciu-

dad, entre la rechifla y los salivazos de las mujeres y de los niños. ¡Tras de lo cual hizo empalar por la boca al jeique-al-balad, luego hizo arrojar en el hoyo de los excrementos de nuestra casa al primer compadre, y al tercero le condenó á un suplicio extremadamente complicado, que consiste en obligarle á que se siente toda su vida en una silla que se rompe bajo su peso!»...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGO
LA 639.^a NOCHE

Ella dijo:

»...un suplicio extremadamente complicado, que consiste en obligarle á que se siente toda su vida en una silla que se rompe bajo su peso!»

Cuando Abul-Hassán hubo oído aquellas palabras, que, en opinión de la buena vieja, contribuirían á ahuyentar la turbación que oscurecía el alma de su hijo, quedó éste más persuadido que nunca de su realeza y de su dignidad hereditaria de Emír de los Creyentes. Y dijo á su madre: «¡Oh vieja de desgracia! al contrario de convencerme, tus palabras no hacen mas que afirmarme en la idea, que no he abandonado nunca, de que soy Harún Al-

Rachid. ¡Y para demostrártelo, has de saber que yo mismo di orden á mi jefe de policía Ahmad-la-Tiña de castigar á los tres canallas de este barrio! Cesa, pues, de decirme que sueño ó que estoy poseído por el soplo del Cheitán. ¡Prostérnate, pues, ante mi gloria, besa la tierra entre mis manos, y pídemme perdón por las palabras desconsideradas y de duda que emitiste con respecto á mí!»

Al oír estas palabras de su hijo, la madre ya no abrigó la menor duda acerca de la locura de Abul-Hassán, y le dijo: «¡Que Alah el misericordioso haga descender sobre tu cabeza el rocío de su bendición, ¡oh Abul-Hassán! y te perdone y te conceda la gracia de que vuelvas á ser un hombre dotado de razón y de buen sentido! ¡Y te suplico ¡oh hijo mío! que dejes de pronunciar y de adjudicarte el nombre de califa, porque pueden oírte los vecinos y contar tus palabras al walí, que hará entonces que te detengan y te ahorquen á la puerta de palacio!» Luego, sin poder ya resistirse á su emoción, empezó á lamentarse y á golpearse el pecho con desesperación.

Y he aquí que, al ver aquello, en vez de apaciguarse, Abul-Hassán se excitó más; é irguióse sobre ambos pies, asió un palo, y precipitándose sobre su madre, extraviado de furor, le gritó con voz aterradora: «¡Te prohibo ¡oh maldita! que vuelvas á llamarme Abul-Hassán! ¡Soy Harún Al-Rachid, y si todavía dudas de ello, te inculcaré esa creencia en la cabeza á estacazos!» Y al oír estas pala-

bras, aunque temblaba toda de miedo y de emoción, la anciana no olvidó que Abul-Hassán era su hijo, y mirándole como mira á su vástago una madre, le dijo con voz dulce: «¡Oh hijo mío! ¡no creo que la ley de Alah y de su Profeta falte de tu espíritu hasta el punto de que llegues á olvidarte del respeto que un hijo debe á la madre que le ha llevado nueve meses en su seno y le ha nutrido con su leche y su ternura! Permíteme, por tanto, decirte por última vez que te equivocas, dejando sumergirse tu razón en ese extraño ensueño y arrogándote ese título augusto de califa que sólo pertenece á nuestro señor y soberano el Emir de los Creyentes Harún Al-Rachid. Y sobre todo, te haces culpable de una ingratitud muy grande para con el califa, precisamente al día siguiente de aquel en que nos ha colmado con sus beneficios. ¡Porque has de saber que el jefe tesorero de palacio vino ayer á nuestra casa, enviado por el propio Emir de los Creyentes, y me entregó por orden suya un saco con mil dinares de oro, acompañándolo de excusas por la exigüidad de la suma y prometiéndome que no sería el último regalo de su generosidad!»

Al oír estas palabras de su madre, Abul-Hassán perdió los postreros escrúpulos que pudieran quedarle con referencia á su antiguo estado, y quedó convencido de que siempre fué califa, puesto que él mismo había enviado el saco con mil dinares á la madre de Abul-Hassán. Miró, pues, á la pobre mujer con los ojos fuera de sus órbitas y amenazadores, y

le dijo: «¿Acaso pretendes decir, para tu desgracia, ¡oh vieja calamitosa! que no soy yo quien te ha enviado el saco de oro, y que no vino á entregártelo ayer por orden mía mi jefe tesorero? Y después de eso, ¿te atreverás todavía á llamarme hijo tuyo y á decirme que soy Abul-Hassán el Disoluto?» Y como su madre se tapara los oídos para no escuchar estas palabras que la trastornaban, Abul-Hassán no pudo contenerse más, y excitado hasta el límite del frenesí, se arrojó sobre ella con el palo en la mano y empezó á molerla á golpes.

Entonces, la pobre anciana, no pudiendo pasar en silencio su dolor y su indignación por aquella manera de tratarla, empezó á chillar, pidiendo socorro á los vecinos, y gritando: «¡Oh, qué calamidad la mía! Acudid, ¡oh musulmanes!» Y Abul-Hassán, á quien aquellos gritos excitaban más aún, continuó pegando á la anciana con el palo, mientras le gritaba de vez en cuando: «¿Soy ó no soy el Emir de los Creyentes?» Y á pesar de los golpes, contestaba la madre: «¡Eres mi hijo! ¡Eres Abul-Hassán el Disoluto!»

Entretanto, atraídos los vecinos por los gritos y el estrépito...

En este momento de su narración, Schahrázada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



**PERO CUANDO LLEGÓ
LA 640.^a NOCHE**

Ella dijo:

...Entretanto, atraídos los vecinos por los gritos y el estrépito, penetraron en la estancia, y se interpusieron en seguida entre la madre y el hijo para separarlos, y arrebataron el palo de manos de Abul-Hassán, é indignados por la conducta de un hijo así, le sujetaron para que no se moviera y le preguntaron: «¿Te has vuelto loco, Abul-Hassán, para levantar así la mano á tu madre, á esta pobre vieja? ¿Olvidaste completamente los preceptos del Libro Santo?» Pero les gritó Abul-Hassán, con los ojos brillantes de furor: «¿Qué es eso de Abul-Hassán? ¿Á quién dais ese nombre?» Y al oír esta pregunta, los vecinos se quedaron extremadamente perplejos, y acabaron por preguntarle: «¡Cómo! ¿Acaso no eres tú Abul-Hassán el Disoluto? ¿Y no es esta buena anciana tu madre, que te ha educado y criado con su leche y su ternura?» Él contestó: «¡Ah hijos de perros, quitaos de mi vista! ¡Yo soy vuestro amo el califa Harún Al-Rachid, Emir de los Creyentes!»

Al oír estas palabras de Abul-Hassán, los vecinos quedaron en absoluto convencidos de su locura; y sin querer dejar ya en libertad de acción á

aquel hombre á quien habían visto poseído por la ceguera del furor, le ataron de pies y manos, y enviaron á uno de ellos á buscar al portero del hospital de locos. Y al cabo de una hora, seguido de dos robustos celadores, llegó el portero del hospital de locos con todo un arsenal de cadenas y grilletes y llevando en la mano un latiguillo de nervio de buey. Y como al ver aquello, Abul-Hassán hacía grandes esfuerzos para librarse de sus ligaduras y dirigía injurias á los presentes, el portero comenzó por aplicarle en el hombro dos ó tres latigazos con el nervio de buey. Tras de lo cual, sin reparar en sus protestas ni en los títulos que se adjudicaba, le cargaron de cadenas de hierro y le transportaron al hospital de locos en medio de la muchedumbre de transeuntes, que le daban unos un puñetazo y otros un puntapié, creyéndole loco.

Cuando llegó al hospital de locos, le encerraron en una jaula de hierro, como si fuese una bestia feroz, y la primera precaución fué administrarle una paliza de cincuenta latigazos con el nervio de buey. Y á partir de aquel día, sufrió una paliza de cincuenta latigazos con el nervio de buey cada mañana y cada tarde, de modo que, al cabo de diez días de hallarse sometido á semejante tratamiento, cambió de piel como una serpiente. Entonces volvió en sí, y pensó: «¡Á qué estado me veo reducido ahora! ¡Debo ser yo el equivocado, puesto que todo el mundo me trata de loco! ¡Sin embargo, no es posible que sólo fuera efecto de un sueño

todo lo que me sucedió en palacio! En fin, no quiero profundizar más en esta cuestión ni seguir tratando de comprenderla, porque voy á volverme realmente loco. Después de todo, no es esta la única cosa que no puede llegar á comprender la razón del hombre, y encomiendo á Alah la solución.»

Mientras estaba sumido en estos nuevos pensamientos, llegó su madre, bañada en lágrimas, para ver en qué estado se encontraba y si tenía sentimientos más razonables. Y le vió tan flaco y extenuado, que prorrumpió en sollozos; pero consiguió sobreponerse á su dolor y acabó por poder saludarle tiernamente; y Abul-Hassán le devolvió la zalema con voz tranquila, como un hombre sensato, contestándole: «Contigo el saludo y la misericordia de Alah y sus bendiciones, ¡oh madre mía!» Y la madre sintió una alegría grande al oír que la llamaba madre, y le dijo: «El nombre de Alah sobre tí, ¡oh hijo mío! ¡Bendito sea Alah, que te ha devuelto la razón y puso en su sitio tu cerebro volcado!» Y Abul-Hassán contestó con acento muy contrito: «Pido perdón á Alah y á ti, ¡oh madre mía! ¡En verdad que no comprendo cómo pude decir todas las locuras que dije y cometer excesos que sólo un insensato es capaz de realizar! ¡Por lo visto, fué el Cheitán quien me poseyó y me impulsó á dejarme llevar de semejantes arrebatos! ¡Porque no cabe duda de que á otros les hizo caer en extravagancias mayores todavía! ¡Pero ha tenido buen fin todo, y heme aquí repuesto de mi extravío!» Y

al oír estas palabras, notó la madre que sus lágrimas de dolor se tornaban en lágrimas de dicha, y exclamó: «Tan alegre está mi corazón ¡oh hijo mío! como si acabase yo de echarte al mundo por segunda vez. ¡Bendito sea por siempre Alah!» Luego añadió...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



**PERO CUANDO LLEGÓ
LA 641.ª NOCHE**

Ella dijo:

»...¡Bendito sea por siempre Alah!» Luego añadió: «Claro que tú no tienes culpa por que reprocharte, ¡oh hijo mío! pues todo el mal que nos ha sucedido se debe á aquel mercader extranjero á quien invitaste la tarde última á comer y beber contigo, y que se marchó por la mañana sin tomarse el trabajo de cerrar tras él la puerta. ¡Y ya debes saber que cada vez que queda abierta la puerta de una casa antes de salir el sol, el Cheitán entra en la casa y se posesiona del espíritu de los habitantes! ¡Y entonces ocurre lo que ocurre! ¡Demos, pues, gracias á Alah por no haber permitido que caigan sobre nuestras cabezas desgracias peores!» Y contestó Abul-Hassán: «Tienes razón, ¡oh ma-

drel ¡Obra fué de la posesión del Cheitán! Por lo que á mí respecta, bien hube de advertir al mercader de Mossul que cerrara tras de sí la puerta para evitar que entrase el Cheitán en nuestra casa; pero no lo hizo, ¡y con ello nos causó tantos contratiempos! Luego añadió: «¡Ahora que noto bien que no tengo el cerebro volcado y que se acabaron las extravagancias, te ruego ¡oh tierna madre! que hables con el portero del hospital de locos para que me libren de esta jaula y de los suplicios que soporto aquí á diario!» Y sin más dilación, corrió la madre de Abul-Hassán á advertir al portero que su hijo había recobrado la razón. Y el portero fué con ella para examinar á Abul-Hassán é interrogarle. Y como las respuestas eran sensatas y el interpe-lado reconocía que era Abul-Hassán y no Harún Al-Rachid, el portero le sacó de la jaula y le libró de las cadenas. Y sin poder tenerse apenas sobre sus piernas, Abul-Hassán regresó lentamente á su casa, ayudado por su madre, y estuvo acostado varios días, hasta que le volvieron las fuerzas y se le pasaron un poco los efectos de los golpes recibidos.

Entonces, como empezaba á aburrirle su soledad, se decidió á reanudar su vida de antes, y á ir á sentarse en el extremo del puente, á la puesta del sol, para esperar la llegada del huésped extranjero que le deparase el Destino.

Y he aquí que aquella tarde era precisamente la de primero de mes; y el califa Harún Al-Rachid,

que tenía la costumbre de disfrazarse de mercader á principio de cada mes, había salido en secreto de su palacio en busca de alguna aventura, y también para ver por sí mismo si reinaba en la ciudad el orden conforme á sus deseos. Y de tal suerte llegó al puente, al extremo del cual estaba sentado Abul-Hassán. Y Abul-Hassán, que acechaba la aparición de extranjeros, no tardó en divisar al mercader de Mossul á quien ya había albergado, y que se adelantaba, seguido, como la primera vez, de un esclavo corpulento.

Al verle, quizá porque considerase al mercader causa inicial de sus desgracias, quizá porque tenía la costumbre de hacer como que no conocía á las personas que había invitado en su casa, Abul-Hassán apresuróse á volver la cabeza en dirección al río para no verse obligado á saludar á su antiguo huésped. Pero el califa, que estaba enterado por sus espías de cuanto le sucedió á Abul-Hassán desde su ausencia y del trato que hubo de sufrir en el hospital de locos, no quiso dejar pasar aquella ocasión de divertirse más aún á costa de hombre tan singular. Y además, el califa, que tenía un corazón generoso y magnánimo, había resuelto reparar un día, en la medida de sus fuerzas, el daño sufrido por Abul-Hassán, devolviéndole con beneficios, de una manera ó de otra, el placer que experimentó en su compañía. Así es que, en cuanto vió á Abul-Hassán, se acercó á él y asomó la cabeza por encima del hombro de Abul-Hassán, que

mantenia obstinadamente vuelto el rostro hacia el lado del río, y mirándole á los ojos, le dijo: «La zalema contigo, ¡oh amigo mío Abul-Hassán! ¡Mi alma desea besarte!» Pero Abul-Hassán le contestó sin mirarle y sin moverse: «Entre tú y yo no hay zalema que valga! ¡Vete! ¡No te conozco!» Y exclamó el califa: «¿Cómo, Abul-Hassán? ¿Es que no reconoces al huésped á quien albergaste toda una noche en tu casa?» El otro contestó: «¡No, por Alah, no te reconozco! ¡Vete por tu camino!» Pero Al-Rachid insistió cerca de él, y dijo: «¡Sin embargo, yo bien te reconozco, y no puedo creer que me hayas olvidado tan completamente, cuando apenas ha transcurrido un mes desde que tuvo lugar nuestra última entrevista y la velada agradable que pasé en tu casa solo contigo!» Y como Abul-Hassán continuara sin contestar y haciéndole señas para que se marchase, el califa le echó los brazos al cuello y empezó á besarle, y le dijo: «¡Oh hermano mío Abul-Hassán! ¡me parece muy mal que procedas conmigo de ese modo! En cuanto á mí, estoy decidido á no abandonarte sin que me hayas conducido por segunda vez á tu casa y me hayas contado la causa de tu resentimiento para conmigo. Porque, por la manera de rechazarme, veo que tienes que reprocharme algo.» Abul-Hassán exclamó con acento indignado: «¿Conducirte yo á mi casa por segunda vez, ¡oh rostro de mal agüero! ¿Vamos, vuelve las espaldas y hazme ver la amplitud de tus hombros!» Pero el califa le besó por

segunda vez, y le dijo: «¡Ah, amigo mío Abul-Hassán, qué duramente me tratas! ¡Si por acaso mi presencia en tu casa ocasionó alguna desgracia, puedes estar bien seguro de que aquí me tienes dispuesto á reparar todo el daño que involuntariamente te causase! ¡Cuéntame, pues, lo que haya pasado y el daño que hayas sufrido, para que pueda yo ponerle remedio!» Y á pesar de las protestas de Abul-Hassán, sentóse en el puente al lado suyo y le pasó el brazo por el cuello, como haría un hermano con su hermano, y aguardó la respuesta...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGO LA 643.^a NOCHE

Ella dijo.

...Y á pesar de las protestas de Abul-Hassán, sentóse en el puente al lado suyo y le pasó el brazo por el cuello, como haría un hermano con su hermano, y aguardó la respuesta.

Entonces, Abul-Hassán, conquistado por las caricias, acabó por decir: «Con mucho gusto te contaré las cosas extraordinarias que me ocurrieron á raíz de aquella velada, y las desgracias que se desarrollaron. ¡Y todo fué por culpa de la puerta que

no cerraste tras de ti, y por la cual entró la Posesión!» Y le contó todo lo que en realidad creyó ver y suponía que era indudablemente una ilusión suscitada por el Cheitán, y todas las desgracias y los malos tratos que hubo de soportar en el hospital de locos, y el escándalo dado en el barrio con todo aquel asunto, y la mala fama que había adquirido definitivamente ante todos sus vecinos. Y no omitió ningún detalle, y puso en su relato una vehemencia tal, y narró con tanta credulidad la historia de su presunta Posesión, que el califa no pudo por menos de soltar una gran carcajada. Y Abul-Hassán no supo con exactitud á qué atribuir esta risa, y le preguntó: «¿Es que no te da lástima de la desgracia que descendió sobre mi cabeza, pues que así te burlas de mí? ¿O acaso te imaginas que soy yo quien me burlo de ti contándote una historia imaginaria? ¡Si así es, voy á disipar tus dudas y á probártelo de antemano!» Y así diciendo, se sacó las mangas del ropón y dejó al desnudo sus hombros, su espalda y su trasero, y de aquel modo enseñó al califa las cicatrices y los rosetones de su piel maltratada por los latigazos del nervio de buey.

Al ver aquello, el califa no pudo por menos de compadecer realmente la suerte del desdichado Abul-Hassán. Cesó entonces de abrigar con respecto á él la menor intención de broma, y aquella vez le besó con afección muy verdadera, y le dijo: «¡Por Alah sobre ti, hermano mío Abul-

Hassán! te suplico que vuelvas á llevarme á tu casa esta noche, porque anhele regocijarme el alma con tu hospitalidad! ¡Y verás cómo mañana te devuelve Alah tu beneficio centuplicado!» Y siguió prodigándole tan buenas palabras y besándole tan afectuosamente, que, no obstante su resolución de no recibir nunca por dos veces á la misma persona, le decidió á llevarle á su casa. Pero, por el camino, le dijo Abul-Hassán: «Cedo á tus inoportunidades, aunque de mala gana. ¡Y en cambio, no quiero pedirte mas que una sola cosa: que esta vez, al salir de mi casa mañana por la mañana, no te olvides de cerrar detrás de ti la puerta!» Y sofocando en su interior la risa que le producía la creencia que Abul-Hassán tenía siempre de que el Cheitán había entrado en su casa por la puerta abierta, le prometió con juramento que tendría cuidado de cerrarla. Y de tal suerte llegaron á la casa.

Cuando entraron y descansaron un poco, les sirvió el esclavo, y después de la comida les llevó las bebidas. Y con la copa en la mano, se pusieron á hablar agradablemente de unas cosas y de otras hasta que en su razón fermentó la bebida. Entonces el califa encaminó diestramente la conversación hacia motivos de amor, y preguntó á su huésped si alguna vez se había enamorado de mujeres violentamente, ó si ya estaba casado, ó si había permanecido siempre soltero. Y Abul-Hassán contestó: «Debo decirte ¡oh mi señor! que hasta hoy

no me han gustado verdaderamente mas que los compañeros alegres, los manjares delicados, las bebidas y los perfumes; y nada en la vida encontré superior á la conversación con amigos, teniendo la copa en la mano. Pero eso no significa que, al llegar la ocasión, no sepa yo reconocer los méritos de una mujer, sobre todo si se pareciera á una de las maravillas jóvenes que el Cheitán me hizo ver en aquellos sueños fantásticos que me volvieron loco; una de esas jóvenes que siempre están de buen humor, que saben cantar, tañer instrumentos, danzar y calmar al niño que hemos heredado; que consagran su vida á complacernos y á divertirnos. En verdad que, si encontrase una joven así, me apresuraría á comprársela á su padre y á casarme con ella y á sentir por ella un afecto profundo. ¡Pero las que son así sólo están con el Emir de los Creyentes, ó por lo menos, con el gran visir Giafar! Por eso ¡oh mi señor! en vez de escoger una mujer que estropeará mi vida con su mal humor ó sus imperfecciones, prefiero mucho más la sociedad de los amigos de paso y de las botellas rancias que aquí ves. ¡Y de esta manera transcurre tranquila mi vida, y si quedo pobre, me comeré solo el pan negro de la miseria!»

Y diciendo estas palabras, Abul-Hassán vació de un trago la copa que le ofrecía el califa, y al punto dió en la alfombra con la cabeza antes que con los pies. Porque el califa tuvo también cuidado aquella vez de mezclar al vino unos polvos de

bang. Y en seguida, á una seña de su amo, el esclavo cargó con Abul-Hassán á la espalda y salió de la casa, seguido por el califa, quien, como aquella vez no tenía intención de volver á Abul-Hassán á su casa, no dejó de cerrar cuidadosamente detrás de sí la puerta. Y llegaron al palacio, y sin hacer ruido, penetraron en él por la puerta secreta, y llegaron á los aposentos reservados...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



**PERO CUANDO LLEGÓ
LA 632.^a NOCHE**

Ella dijo:

...Y llegaron al palacio, y sin hacer ruido, penetraron en él por la puerta secreta, y llegaron á los aposentos reservados.

Entonces el califa mandó que echaran á Abul-Hassán en su propio lecho, como la primera vez, é hizo que le vistieran de la misma manera. Y dió las mismas órdenes que antes, y recomendó á Massrur que fuera á despertarle por la mañana temprano, antes de la hora de la plegaria. Y fué á acostarse en una habitación inmediata.

Al día siguiente, á la hora indicada, cuando le despertó Massrur, el califa marchó á la habitación

en que todavía estaba aletargado Abul-Hassán, é hizo ir á su presencia á todas las jóvenes que la vez primera se hallaban en las diferentes salas por donde pasó Abul-Hassán, así como á todas las músicas y cantarinas. Y las hizo ponerse en orden y les dió instrucciones. Luego, tras de hacer aspirar un poco de vinagre á Abul-Hassán, que al punto estornudó, echando por la nariz alguna mucosidad, se escondió detrás de la cortina y dió la señal convenida.

Inmediatamente las cantarinas mezclaron á coro sus voces deliciosas al son de arpas, flautas y oboes, y dejaron oír un concierto comparable al concierto de los ángeles en el Paraíso. Y en aquel momento salió Abul-Hassán de su letargo, y antes de abrir los ojos oyó aquella música llena de armonía, que acabó de despertarle. Y abrió entonces los ojos y se vió rodeado por las veintiocho jóvenes que hubo de encontrar de siete en siete en las cuatro salas, y las reconoció de una ojeada, así como el lecho, la habitación, las pinturas y los adornos. Y también reconoció las mismas voces que le encantaron la primera vez. É incorporóse á la sazón con los ojos fuera de las órbitas, sentándose en la cama, y se pasó la mano por la cara varias veces para asegurarse bien de su estado de vigilia.

En aquel momento, tal como se había convenido de antemano, cesó el concierto y reinó en la habitación un silencio grande. Y todas las damas bajaron modestamente los ojos ante los ojos augustos que

las miraban. Entonces Abul-Hassán, en el límite de la estupefacción, se mordió los dedos y exclamó en medio del silencio: «¡Desgraciado de ti, ya Abul-Hassán! ¡oh hijo de tu madre! ¡Ahora le toca el turno á la ilusión; pero mañana serán contigo el nervio de buey, las cadenas, el hospital de locos y la jaula de hierro!» Luego gritó aún: «¡Ah, infame mercader de Mossul! ¡así te ahogaras en el fondo del infierno, en brazos de tu señor el Cheitán! Sin duda volviste á dejar entrar en mi casa al Cheitán por no haber cerrado la puerta, y me posee ya. Y ahora el Maligno me vuelca el cerebro y me hace ver cosas extravagantes. ¡Alah te confunda, ¡oh Cheitán! con tus secuaces y con todos los mercaderes de Mossul! ¡Y ojalá la ciudad de Mossul entera se derrumbe sobre sus habitantes y los sepulte á todos en sus escombros!» Luego cerró los ojos, y los abrió y los volvió á cerrar, y los volvió á abrir repetidas veces, y exclamó: «¡Oh pobre Abul-Hassán! lo mejor que puedes hacer es dormirte de nuevo tranquilo, y no despertarte hasta que estés bien seguro de que el Maligno te ha salido del cuerpo y tienes el cerebro en su sitio acostumbrado. ¡De no ser así, ya sabes lo que te aguarda mañana!» Y diciendo estas palabras, se echó otra vez en el lecho, se tapó la cabeza con la colcha, y para hacerse la ilusión de que dormía, se puso á roncar como un camello en celo ó como un rebaño de búfalos en el agua.

Y he aquí que, al ver y oír aquello desde detrás

de la cortina, el califa tuvo un acceso de risa tan grande, que creyó ahogarse.

En cuanto á Abul-Hassán, no consiguió dormir, porque su preferida la joven Caña-de-Azúcar, siguiendo instrucciones recibidas, se aproximó al lecho donde él roncaba sin dormir, y sentándose al borde de la cama, dijo con amable voz á Abul-Hassán: «¡Oh Emir de los Creyentes! ¡prevengo á Tu Alteza que ha llegado el momento de despertarse para la plegaria de la mañana!» Pero Abul-Hassán gritó con sorda voz desde debajo de la colcha: «¡Confundido sea el Maligno! Retírate, ¡oh Cheitán!» Sin desconcertarse, añadió Caña-de-Azúcar: «¡Sin duda el Emir de los Creyentes se halla bajo el influjo de un mal sueño! ¡No es el Cheitán quien te habla, ¡oh mi señor! sino la pequeña Caña-de-Azúcar! ¡Alejado sea el Maligno! Soy la pequeña Caña-de-Azúcar, ¡oh Emir de los Creyentes!»...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGÓ
LA 645.ª NOCHE

Ella dijo:

»...Soy la pequeña Caña-de-Azúcar, ¡oh Emir de los Creyentes!»

Al oír estas palabras, Abul-Hassán separó la colcha, y abriendo los ojos, vió, en efecto, sentada al borde de la cama á su preferida la pequeña Caña-de-Azúcar, y de pie ante él, en tres filas, á las demás jóvenes, á quienes reconoció una por una: Hoja-de-Rosa, Cuello-de-Alabastro, Aderezo-de-Perlas, Estrella-de-la-Mañana, Alba-del-Día, Grano-de-Almizcle, Corazón-de-Granada, Boca-de-Coral, Nuez-Moscada, Fuerza-de-los-Corazones, y las otras. Y al ver aquello, se restregó los ojos hasta hundírselos en el cráneo, y exclamó: «¿Quiénes sois? ¿y quién soy yo?» Y todas contestaron á coro con tonalidades diferentes: «¡Gloria á nuestro amo el califa Harún Al-Rachid, Emir de los Creyentes, rey del mundo!» Y en el límite de la estupefacción, preguntó Abul-Hassán: «Pero ¿es que no soy Abul-Hassán el Disoluto?» Ellas contestaron á coro con tonalidades diferentes: «¡Alejado sea el Maligno! ¡No eres Abul-Hassán, sino Abul-Hossu (1). ¡Eres nues-

(1) El Padre de la Belleza.

tro soberano y la corona de nuestra cabeza!» Y Abul-Hassán se dijo: «¡Ahora voy á saber con certeza si duermo ó estoy despierto!» Y encarándose con Caña-de-Azúcar, le dijo: «¡Ven por aquí, pequeña!» Y Caña-de-Azúcar adelantó la cabeza, y Abul-Hassán le dijo: «¡Muérdeme en la oreja!» Y Caña-de-Azúcar clavó sus dientes en el lóbulo de la oreja de Abul-Hassán, pero tan cruelmente, que empezó él á chillar de una manera espantosa. Luego exclamó: «¡Claro que soy el Emir de los Creyentes, Harún Al-Rachid en persona!»

En seguida empezaron á tocar al mismo tiempo los instrumentos de música un atrayente paso de danza, y las cantarinas entonaron á coro una canción animada. Y cogiéndose de la mano, todas las jóvenes hicieron un gran corro en la habitación, y levantando los pies con ligereza, se pusieron á bailar alrededor del lecho, respondiendo con el estribillo al canto principal de tan gracioso modo y tan locamente, que Abul-Hassán, exaltado de pronto y poseído de entusiasmo, arrojó las mantas y almohadas, tiró al aire su gorro de dormir, saltó del lecho, se desnudó completamente, quitándose á toda prisa sus vestiduras, y con el zib enhiesto y el trasero al descubierto, se metió entre las jóvenes y se puso á bailar con ellas, haciendo mil contorsiones y moviendo el vientre, el zib y el trasero, en medio de las carcajadas y del tumulto progresivo. E hizo tantas bufonadas, y tales movimientos divertidos hubo de ejecutar, que el califa, detrás de

la cortina, no pudo reprimir la explosión de su hilaridad, ¡y empezó á lanzar una serie de carcajadas tan fuertes, que dominaron la algazara del baile y el canto y el ruido de los tambores, de los instrumentos de cuerda y de los instrumentos de viento! Y le dió hipo, y se cayó de trasero, y estuvo á punto de perder el conocimiento. Pero logró levantarse, y descorriendo la cortina, sacó la cabeza y gritó: «Abul-Hassán, ya Abul-Hassán, ¿es que juraste hacerme morir ahogado por la risa?»

Al ver al califa y al oír el sonido de su voz, cesó el baile de improviso, las jóvenes quedáronse inmóviles en el lugar que ocupaban respectivamente, y se interrumpió tan por completo el ruido, que se oiría resonar una aguja que cayese en el suelo. Y Abul-Hassán, estupefacto, se detuvo como los demás y volvió la cabeza en dirección de la voz. Y divisó al califa, y al primer golpe de vista, reconoció en él al mercader de Mossul. Entonces, rápida cual el relámpago que brilla, asaltó su cerebro la comprensión de la causa á que hubo de obedecer cuanto le había sucedido. Y adivinó de pronto toda la broma. Así es que, lejos de desconcertarse ó de turbarse, fingió no reconocer la persona del califa; y queriendo divertirse á su vez, se adelantó hacia el califa y le gritó: «¡Hola! ¡hola! hete aquí ya, ¡oh mercader de mi trasero! ¡Espera, y verás cómo voy á enseñarte á dejar abiertas las puertas de las personas honradas!» Y el califa se echó á reir muy á gusto, y contestó: «¡He jurado por los méritos

de mis santos abuelos, ¡oh Abul-Hassán, hermano mío! que te concederé cuanto tu alma pueda desear para indemnizarte de todas las tribulaciones que te hemos causado! ¡Y en adelante, se te tratará en mi palacio como hermano mío!» Y le besó con efusión, estrechándole contra su pecho.

Tras de lo cual, se encaró con las jóvenes y les ordenó que vistieran á su hermano Abul-Hassán con trajes de su ropero particular, escogiendo lo más rico y suntuoso que había. Y las jóvenes se apresuraron á ejecutar la orden. Y cuando Abul-Hassán estuvo completamente vestido, el califa le dijo: «¡Habla ya, Abul-Hassán! ¡Cuanto me pidas te será concedido al instante!» Y Abul-Hassán besó la tierra entre las manos del califa, y contestó: «¡No quiero pedir á nuestro generoso señor mas que una cosa: que me otorgue el favor de vivir á su sombra toda mi vida!» Y extremadamente conmovido por la delicadeza de sentimientos de Abul-Hassán, le dijo el califa: «¡Mucho aprecio tu desinterés, ya Abul-Hassán! Así es que, no solamente te escojo en este instante para compañero de copa y hermano mío, sino que te concedo entrada libre y salida libre á todas horas del día y de la noche, sin demanda de audiencia y sin demanda de ausencia. ¡Más aún! Quiero que ni siquiera te esté prohibido, como á los demás, el acceso al aposento de Sett Zobeida, la hija de mi tío. ¡Y cuando entre yo allí, irás conmigo, sea la hora que sea del día ó de la noche!»

Al propio tiempo el califa destinó á Abul-Hasán un espléndido alojamiento en el palacio, y empezó por darle, como primeros emolumentos, diez mil dinares de oro. Y le prometió que cuidaría por sí mismo de que no careciese de nada nunca. Tras de lo cual le abandonó para ir al diván á arreglar los asuntos del reino...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



**PERO CUANDO LLEGÓ
LA 647.^a NOCHE**

Ella dijo:

...Tras de lo cual le abandonó para ir al diván á arreglar los asuntos del reino.

Entonces Abul-Hassán no quiso retrasar por más tiempo el informar á su madre de cuanto acababa de sucederle. Y corrió á buscarla, y le contó al detalle los sucesos extraños que habían ocurrido, desde el principio hasta el fin. Pero no hay utilidad en repetirlos. Y al ver que ella no conseguía entenderlo bien, no dejó de explicarle que era el propio califa quien le hizo víctima de todas aquellas jugarretas, sin otro objeto que divertirse. Y añadió: «¡Pero ya que todo ha terminado con ventaja para mí, glorificado sea Alah el Bienhechor!» Luego se

apresuró á dejar á su madre, prometiéndole que volvería á verla todos los días, y emprendió de nuevo el camino de palacio, en tanto que la noticia de su aventura con el califa y de su nueva situación se esparcía por todo el barrio, y desde allí se extendió á todo Bagdad, para difundirse después por las provincias cercanas y distantes.

En cuanto á Abul-Hassán, el favor de que gozaba cerca del califa, al revés de volverle arrogante ó desagradable, no hizo mas que aumentar su buen humor, su carácter jovial y su alegría. Y no se pasaba día en que con sus agudezas llenas de gracia y con sus bromas no divirtiese al califa y á todas las personas de palacio, grandes y pequeñas. Y el califa, que no podía prescindir de su trato, le llevaba con él á todas partes, incluso á los aposentos reservados y á las habitaciones de Sett Zobeida, lo cual era un favor que jamás había otorgado ni siquiera á su gran visir Giafar.

Pero no tardó en notar Sett Zobeida que Abul-Hassán, cada vez que se encontraba con el califa en el aposento de las mujeres, obstinábase en fijar los ojos en una de las mujeres del séquito, en la que se llamaba Caña-de-Azúcar, y que, bajo las miradas de Abul-Hassán, la joven se ponía roja de placer. Por eso dijo un día á su esposo: «¡Oh Emir de los Creyentes! sin duda habrás notado, como yo, las señas inequívocas de amor que se hacen Abul-Hassán y la pequeña Caña-de-Azúcar. ¿Qué te parecería un matrimonio entre ambos?»

El califa contestó: «Bien. No veo inconveniente. Por cierto que debí pensar en ello hace tiempo. Pero los asuntos del reino me distrajeran de ese cuidado. Y me contraría mucho, pues desde la segunda velada que pasé en su casa, tengo prometido buscar á Abul-Hassán una esposa selecta. Y veo que Caña-de-Azúcar sirve para el caso. Y sólo nos resta ya interrogar á ambos para saber si es de su gusto el matrimonio.»

Al punto hicieron ir á Abul-Hassán y á Caña-de-Azúcar, y les preguntaron si consentían en casarse uno con otro. Y Caña-de-Azúcar, por toda respuesta, se limitó á enrojecer en extremo, y se arrojó á los pies de Sett Zobeida, besándole la orla del traje en acción de gracias. Pero Abul-Hassán contestó: «En verdad, ¡oh Emír de los Creyentes! que abrumaste con tu generosidad á tu esclavo Abul-Hassán. Pero antes de tomar por esposa á esta encantadora joven, cuyo solo nombre indica ya sus cualidades exquisitas, quisiera, con tu permiso, que nuestra ama Sett Zobeida le hiciese una pregunta...» Y Sett Zobeida sonrió y dijo: «¿Y qué pregunta es esa, ¡oh Abul-Hassán!?» Abul-Hassán contestó: «¡Oh mi señora! quisiera saber si á mi esposa le gusta lo que á mí me gusta. ¡Tengo que declararte ¡oh mi señora! que las únicas cosas que estimo son la animación del vino, el placer de los manjares y la alegría del canto y de los versos hermosos! Si á Caña-de-Azúcar, pues, le gustan esas cosas, y además, es sensible y no dice nunca

que no á lo que tú sabes, ¡oh mi señora! consiento en amarla con un amor grande. ¡De no ser así, por Alah, que permaneceré soltero!» Y al oír estas palabras, Sett Zobeida se encaró con Caña-de-Azúcar, riendo, y le preguntó: «Ya lo has oído... ¿Qué contestas á eso?» Y Caña-de-Azúcar respondió haciendo con la cabeza una seña que significaba que sí.

Entonces el califa hizo ir sin tardanza al kadí y á los testigos, que escribieron el contrato de matrimonio. Y con aquel motivo se dieron en palacio grandes festines y hubo grandes festejos durante treinta días y treinta noches, al cabo de los cuales pudieron ambos esposos gozar uno de otro con toda tranquilidad. ¡Y pasaban la vida comiendo, bebiendo y riendo á carcajadas, sin tasar sus gastos! Y nunca estaban vacías en su casa las bandejas de manjares, de frutas, de pastelería y de bebidas, y la alegría y las delicias marcaban todos sus instantes. Así es que, al cabo de cierto tiempo, á fuerza de gastarse el dinero en festines y en diversiones, no les quedó ya nada entre las manos. Y como, preocupado con sus asuntos, el califa hubo de olvidarse de señalar á Abul-Hassán emolumentos fijos, una mañana se despertaron desprovistos de todo dinero, y aquel día no pudieron arreglarse con los traficantes que les hacían todos los adelantos. Y se creyeron muy desdichados, y por discreción no se atrevieron á ir á pedir nada al califa ó á Sett Zobeida. Entonces

bajaron la cabeza y se pusieron á reflexionar acerca de la situación. Pero Abul-Hassán fué el primero en levantar la cabeza, y dijo: «¡La verdad es que fuimos pródigos! Y no quiero exponerme á la vergüenza de ir á pedir oro, como un mendigo. ¡Y menos quiero que vayas á pedirselo tú á Sett Zobeida! Así es que he pensado lo que tenemos que hacer, ¡oh Caña-de-Azúcar!» Y Caña-de-Azúcar contestó, suspirando: «¡Habla! Dispuesta estoy á ayudarte en tus proyectos, pues no vamos á ir perdiéndonos, y por otra parte, tampoco vamos á cambiar de vida y á disminuir nuestros gastos, si no queremos exponernos á que los demás nos traten con menos consideración.» Y dijo Abul Hassán: «¡Bien sabía yo ¡oh Caña-de-Azúcar! que jamás te negarías á ayudarme en las diversas circunstancias por que los designios del destino nos hicieran atravesar! Pues bien; has de saber que sólo disponemos de un medio para salir del apuro, ¡oh Caña-de-Azúcar!» Ella contestó: «¡Dilo ya!» Él dijo: «¡Dejarnos morir!»...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



**PERO CUANDO LLEGO
LA 648.^a NOCHE**

Ella dijo:

...«Dejarnos morir!»

Al oír estas palabras, la joven Caña-de-Azúcar exclamó, espantada: «¡No por Alah, yo no quiero morir! ¡Emplea para ti solo ese medio!» Abul-Hasán contestó, sin conmoverse ni enfadarse: «¡Ah, hija de mujer! ¡bien decía yo, de soltero, que nada valía tanto como la soledad! ¡Y la poca solidez de tu juicio acaba de demostrármelo mejor que nunca! ¡Si en vez de contestarme con tanta prontitud te hubieras tomado la pena de pedirme explicaciones, te habrías alegrado en extremo de esa muerte que te propongo y que vuelvo á proponerte! ¿No comprendes que se trata de morir con una muerte fingida y no con una muerte verdadera, á fin de tener oro para todo lo que nos queda de vida?» Al oír estas palabras, Caña-de-Azúcar se echó á reír y preguntó: «¿Y cómo vamos á arreglarnos?» Dijo él: «¡Escucha, pues! Y no olvides nada de lo que voy á indicarte. ¡Mira! Cuando yo me muera, ó mejor dicho, cuando yo finja morirme, porque soy yo el que primero morirá, cogerás un sudario y me amortajarás. Hecho lo cual, me pondrás en medio de esta habitación en que estamos, en la posición

prescrita, con el turbante encima de la cara, y el rostro y los pies vueltos en dirección á la Kaaba santa, hacia la Meca. ¡Luego empezarás á lanzar gritos agudos, á chillar desaforadamente, á verter lágrimas ordinarias y extraordinarias, á desgarrarte las vestiduras y aparentar que te arrancas el cabello! Y cuando todo esté á punto, irás bañada en llanto y con los cabellos despeinados á presentarte á tu señora Sett Zobeida, y con palabras entrecortadas por sollozos y desmayos diversos, le contarás mi muerte en términos enternecedores; luego te tirarás al suelo, en donde estarás una hora de tiempo, para no recobrar el sentido hasta que te notes anegada en el agua de rosas con que no dejarán de rociarte. ¡Y entonces ¡oh Caña-de-Azúcar! verás cómo va á entrar en nuestra casa el oro!»

Al oír estas palabras, Caña-de-Azúcar contestó: «En verdad que es hacedera esa muerte. ¡Y consiento en ayudarte á llevarla á cabo!» Luego añadió: «Pero ¿cuándo y de qué manera tengo yo que morirme?» Dijo él: «Primero harás lo que acabo de decirte. ¡Y después Alah proveerá!» Y añadió: «¡Mira! ¡Ya estoy muerto!» Y se tendió en medio de la habitación y se hizo el muerto.

Entonces Caña-de-Azúcar le desnudó, le amortajó con un sudario, le volvió los pies en dirección á la Meca y le colocó el turbante encima del rostro. Tras de lo cual se puso á ejecutar todo lo que Abul-Hassán le había dicho que hiciera en cuanto á gritos penetrantes, chillidos desaforados, lágrimas

ordinarias y extraordinarias, desgarrar de ropas, tirones de cabellos y arañar de mejillas. Y cuando estuvo en el estado prescrito, con el rostro amarillo como el azafrán y los cabellos en desorden, fué á presentarse á Sett Zobeida, y empezó por dejarse caer á los pies de su señora cuan larga era, lanzando un gemido capaz de enternecer un corazón de roca.

Al ver aquello, Sett Zobeida, que ya había oído desde su aposento los gritos penetrantes y los chillidos de duelo lanzados por Caña-de-Azúcar desde lejos, no dudó ya al ver en aquel estado á su favorita Caña-de-Azúcar, que la muerte habíase cebado en su esposo Abul-Hassán. Así es que, afligida hasta el límite de la aflicción, le prodigó por sí misma cuantos cuidados requería su estado, se la puso en las rodillas, y consiguió volverla á la vida. Pero Caña-de-Azúcar, desolada y con los ojos bañados en lágrimas, continuó gimiendo y arañándose y tirándose de los cabellos y golpeándose las mejillas, mientras suspiraba entre sollozos el nombre de Abul-Hassán. Y acabó por contar con palabras entrecortadas que por la noche había muerto él de una indigestión. Y dándose en el pecho un golpe último, añadió: «Ya no me queda que hacer mas que morirme á mi vez. ¡Pero que Alah prolongue en tanto la vida de nuestra señora!» Y se dejó caer una vez más á los pies de Sett Zobeida, y se desmayó de dolor.

Al ver aquello, todas las mujeres empezaron á

lamentarse en torno de ella y á apenarse por la muerte de aquel Abul-Hassán que tanto las había divertido en vida con sus bromas y su buen humor. Y sus llantos y suspiros demostraron á Caña-de-Azúcar, que había vuelto de su desmayo á fuerza del agua de rosas con que la rociaron, la parte que tomaban en su pena y en su dolor.

En cuanto á Sett Zobeida, que también lloraba con las mujeres de su séquito la muerte de Abul-Hassán, acabó por llamar á su tesorera, después de todas las fórmulas de pésame que se usan en semejantes circunstancias, y le dijo: «¡Ve en seguida á coger de mi arquilla particular un saco de diez mil dinares de oro, y dáselo á la pobre, á la desolada Caña-de-Azúcar, á fin de que pueda hacer que se celebren dignamente los funerales de su esposo Abul-Hassán!» Y la tesorera se apresuró á ejecutar la orden, y cargó el saco de oro á espaldas de un eunuco, que fué á dejarlo á la puerta del aposento del Abul-Hassán.

Luego Sett Zobeida abrazó á su servidora y le prodigó palabras dulces para consolarla, y la acompañó hasta la salida, diciéndole: «¡Que Alah te haga olvidar tu aflicción ¡oh Caña-de-Azúcar! y cure tus heridas y prolongue tu vida tantos años como dejó de vivir el difunto!»...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



**PERO CUANDO LLEGÓ
LA 649.^a NOCHE**

Ella dijo:

...«¡Que Alah te haga olvidar tu aflicción ¡oh Caña-de-Azúcar! y cure tus heridas y prolongue tu vida tantos años como dejó de vivir el difunto!» Y la desolada Caña-de-Azúcar besó la mano de su señora, llorando, y regresó á su aposento completamente sola.

Entró, pues, en la habitación donde la esperaba Abul-Hassán, siempre tendido como un muerto y envuelto en el sudario, y cerró la puerta al entrar, y empezó por soltar una carcajada de buen augurio. Y dijo á Abul-Hassán: «¡Levántate ya de entre los muertos ¡oh padre de la sagacidad! y ven á arrastrar conmigo este saco de oro, fruto de tu malicia! ¡Por Alah, que no va á ser hoy cuando nos muramos de hambre!» Y Abul-Hassán, ayudado por su mujer, se apresuró á desembarazarse del sudario, y saltando sobre ambos pies, corrió adonde estaba el saco de oro y lo arrastró hasta el centro de la habitación y se puso á bailar alrededor en un pie.

Tras de lo cual se encaró con su esposa y la felicitó por el éxito obtenido, y le dijo: «Pero no es esto todo, ¡oh mujer! ¡Ahora te toca á ti morirte

como yo lo he hecho, y á mí me toca ganar el saco! Y así veremos si soy tan hábil con el califa como lo has sido tú con Sett Zobeida. ¡Porque conviene que el califa, que tanto se divirtió á expensas mías en otra ocasión, sepa ahora que no sólo es él quien gasta bromas! ¡Pero es inútil perder tiempo en vana palabrería! ¡Vamos, muéretel!»

Y Abul-Hassán acomodó á su mujer en el sudario con que le había amortajado ella, la colocó en medio de la estancia, en el mismo sitio en que estuvo él tendido, le volvió los pies en dirección á la Meca y le recomendó que no diese señal de vida aunque le sintiera llegar. Hecho lo cual, se atavió de mala manera, deshizo á medias su turbante, se frotó los ojos con cebolla para hacer que lloraba copiosamente, y desgarrándose el traje y mesándose la barba y dándose en el pecho grandes puñetazos, corrió en busca del califa, que en aquel momento estaba en medio del diván, rodeado de su gran visir Giafar, de Massrur y de varios chambelanes. Y al ver en aquel estado de aflicción y de inconsciencia al mismo Abul-Hassán, que de ordinario era tan jovial y despreocupado, el califa llegó al límite del asombro y de la aflicción, é interrumpiendo la sesión del diván, se levantó de su sitio y corrió hacia Abul-Hassán, á quien pidió que en seguida le manifestase la causa de su dolor. Pero Abul-Hassán, que se llevaba el pañuelo á los ojos, sólo contestó redoblando en sus llantos y sollozos y dejando escapar de sus labios al fin, entre mil suspi-

ros y mil desmayos fingidos, el nombre de Caña-de-Azúcar, mientras decía: «¡Ay! ¡oh pobre Caña-de-Azúcar! ¡Ay! ¡oh infortunada! ¿Qué será de mí sin ti?»

Al oír estas palabras y estos suspiros, el califa comprendió que Abul-Hassán acababa de anunciarle la muerte de su esposa Caña-de-Azúcar, y quedó extremadamente afectado. Y se le saltaron lágrimas de los ojos, y dijo á Abul-Hassán, echándole un brazo por los hombros: «¡Alah la tenga en su misericordia! ¡Y prolongue tus días con todos los que se le arrebataron á esa esclava dulce y encantadora! ¡Te la dimos con el fin de que fuese para ti motivo de alegría, y he aquí ahora que se te torna en motivo de duelo! ¡Pobre Caña-de-Azúcar!» Y el califa no pudo por menos de llorar ardientes lágrimas. Y se secó los ojos con el pañuelo. Y Giafar y los demás visires y todos los presentes lloraron también ardientes lágrimas, y se secaron los ojos como lo había hecho el califa.

Luego asaltó al califa la misma idea que á Sett Zobeida; é hizo ir al tesorero, y le dijo: «¡Cuenta al instante á Abul-Hassán diez mil dinares para los gastos de los funerales de su difunta esposa! ¡Y dispón que se los lleven á la puerta de su aposento!» Y el tesorero contestó con el oído y la obediencia, y se apresuró á ejecutar la orden. Y Abul-Hassán, más desolado que nunca, besó la mano al califa y se retiró sollozando.

Cuando llegó á la habitación en que le esperaba

Caña-de-Azúcar, envuelta siempre en el sudario, exclamó: «¡Pues bien! ¿crees que eres tú sola quien se ha ganado tantas monedas de oro como lágrimas ha vertido? ¡Mira! ¡Ahí tienes mi saco!» Y arrastró el saco hasta el centro de la habitación, y después de ayudar á Caña-de-Azúcar á salir del sudario, le dijo: «¡Buena! pero no es esto todo, ¡oh mujer! ¡Ahora hay que obrar de modo que, cuando se sepa nuestra estratagema, no nos atraigamos la cólera del califa y de Sett Zobeida! He aquí, pues, lo que tenemos que hacer...» Y empezó á instruir á Caña-de-Azúcar sobre sus intenciones acerca del particular. ¡Y tal es lo referente á ellos!...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



**PERO CUANDO LLEGÓ
LA 650.^a NOCHE**

Ella dijo:

...¡Y tal es lo referente á ellos!

En cuanto al califa, cuando hubo terminado la sesión del diván, la cual abrevió aquel día, por cierto, se apresuró á ir con Massrur al palacio de Sett Zobeida para darle el pésame por la muerte de su esclava favorita. Y entreabrió la puerta del aposento de su esposa, y la vió echada en su lecho

y rodeada de sus mujeres, que le secaban los ojos y la consolaban. Y se acercó á ella y le dijo: «¡Oh hija del tío! ¡ojalá vivas tantos años como se perdieron para tu pobre favorita Caña-de-Azúcar!» Al oír este cumplimiento de pésame, Sett Zobeida, que esperaba la llegada del califa para darle ella el pésame por la muerte de Abul-Hassán, quedó extremadamente sorprendida, y creyendo que el califa estaba mal informado, exclamó: «Preservada sea la vida de mi favorita Caña-de-Azúcar, ¡oh Emir de los Creyentes! ¡Á mí es á quien toca participar de tu duelo! ¡Ojalá vivas y sobrevivas por mucho tiempo á tu compañero el difunto Abul-Hassán! Si me ves tan afligida, no es mas que por causa de la muerte de tu amigo, no por la de Caña-de-Azúcar, que ¡bendito sea Alah! goza de buena salud.»

Al oír estas palabras, el califa, que tenía los mayores motivos para creer que estaba bien informado de la verdad, no pudo por menos de sonreír, y encarándose con Massrur, le dijo: «Por Alah, ¡oh Massrur! ¿qué te parecen estas palabras de tu ama? He aquí que ella, tan sensata y prudente por lo común, tiene los mismos desvaríos que las demás mujeres. ¡Qué verdad es que todas son iguales al final! ¡Vengo á consolarla, y quiere apenarme y engañarme anunciándome una noticia falsa! ¡En fin, háblale tú! ¡Y dile lo que viste y oíste como yo! ¡Quizá cambie entonces de táctica y no intente ya engañarnos!» Y para obedecer al califa, Massrur dijo á la princesa: «¡Oh mi señora! ¡nuestro señor

el Emir de los Creyentes tiene razón! ¡Abul-Hasán goza de buena salud y de fuerzas excelentes, aunque deplora la pérdida de su esposa Caña-de-Azúcar, tu favorita, muerta anoche de una indigestión! Porque has de saber que Abul-Hassán acaba de salir hace un instante del diván, adonde ha ido á anunciarnos por sí mismo la muerte de su esposa. ¡Y se ha vuelto á su casa muy desolado, y gratificado, merced á la generosidad de nuestro amo, con un saco de diez mil dinares de oro para los gastos de los funerales!»

Estas palabras de Massrur, lejos de persuadir á Sett Zobeida, no hicieron mas que confirmarla en la creencia de que el califa tenía ganas de broma, y exclamó: «¡Por Alah, ¡oh Emir de los Creyentes! que no es hoy el día más á propósito para gastar las bromas que acostumbras! Bien sé lo que me digo; y mi tesorera te dirá lo que me cuestan los funerales de Abul-Hassán. ¡Más valdría que tomáramos parte en el duelo de nuestra esclava, en lugar de reir sin tacto y sin medida, como lo estamos haciendo!» Y al oir estas palabras, el califa sintió que le invadía la cólera, y exclamó: «¿Qué dices, ¡oh hija del tío! ¡Por Alah! ¿es que te has vuelto loca para decir semejantes cosas? ¡Te digo que quien ha muerto es Caña-de-Azúcar! ¡Y además, es inútil que disputemos acerca del asunto, pues inmediatamente voy á darte pruebas de lo que afirmo!» Y se sentó en el diván y se encaró con Massrur, y le dijo: «¡Aunque no tengo necesi-

dad de más pruebas que las que conozco, ve en seguida al aposento de Abul-Hassán para ver cuál de los dos esposos es el muerto! ¡Y vuelve al punto á decirnos lo que haya!» Y en tanto que Massrur se apresuraba á ejecutar la orden, el califa se encará con Sett Zobeida y le dijo: «¡Oh hija del tío! ¡ahora vamos á ver quién de nosotros dos tiene razón! ¡Pero desde el momento en que insistes de ese modo acerca de cosa tan clara, voy á apostar en contra tuya lo que quieras!» Ella contestó: «¡Acepto la apuesta! ¡Y voy á apostar lo que más me gusta en el mundo, que es mi pabellón de pinturas, contra lo que quieras proponerme, por muy poco valor que tenga!» Él dijo: «¡Contra tu apuesta arriesgo lo que más me gusta en el mundo, que es mi palacio de recreo! ¡Creo que de esa manera no abuso! ¡Porque mi palacio de recreo es superior con mucho, en valor y en belleza, á tu pabellón de pinturas!» Sett Zobeida contestó muy molesta: «¡No se trata de saber ahora, para estar aún más disconformes, si tu palacio es superior á mi pabellón! ¡Por otra parte, no tendrías mas que escuchar lo que se dice á espaldas tuyas! Pero antes hemos de sancionar nuestra apuesta. ¡Sea, pues, la Fatiha entre nosotros!» Y dijo el califa: «¡Bueno, sea la Fatiha del Korán entre nosotros!» Y recitaron á la vez el capítulo liminar del libro santo para sellar su apuesta...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



**PERO CUANDO LLEGO
LA 651.^a NOCHE**

Ella dijo:

...Y recitaron á la vez el capítulo liminar del libro santo para sellar su apuesta. Y en medio de un silencio hostil, esperaron la vuelta del portalfanje Massrur. ¡Y he aquí lo referente á ellos!

En cuanto á Abul-Hassán, que estaba al acecho para enterarse de lo que iba á ocurrir, vió desde lejos avanzar á Massrur y comprendió el propósito que le guiaba. Y dijo á Caña-de-Azúcar: «¡Oh Caña-de-Azúcar! ¡he aquí que Massrur viene derecho á nuestra casa! Sin duda alguna le han mandado venir con motivo del desacuerdo que seguramente ha surgido entre el califa y Sett Zobeida acerca de nuestra muerte. ¡Date prisa á hacerte la muerte una vez más, á fin de que te amortaje yo sin tardanza!» Y al punto se hizo la muerte Caña-de-Azúcar; y Abul-Hassán la amortajó con el sudario y la colocó como la primera vez, para sentarse inmediatamente junto á ella, con el turbante deshecho, la cara alargada y el pañuelo en los ojos.

En aquel mismo momento entró Massrur. Y al ver á Caña-de-Azúcar amortajada en medio de la

habitación y á Abul-Hassán sumido en desesperación, no pudo por menos de emocionarse, y pronunció: «¡No hay más dios que Alah! Muy grande es mi aflicción por ti, ¡oh pobre Caña-de-Azúcar, hermana nuestra! ¡oh tú, antaño tan gentil y tan dulce! ¡Cuán doloroso para todos nosotros es tu destino! ¡Y cuán rápida fué para ti la orden del retorno hacia Quien te ha creado! ¡Ojalá te conceda, al menos, su compasión y su gracia el Retribuidor!» Luego besó á Abul-Hassán y se apresuró á despedirse de él, muy triste, para ir á dar cuenta al califa de lo que había comprobado. Y no le desagradaba hacer ver así á Sett Zobeida cuán obstinada era y cuán equivocada estaba en contradecir al califa.

Entró, pues, en el aposento de Sett Zobeida, y después de haber besado la tierra, dijo: «¡Alah prolongue la vida de nuestra señora! ¡La difunta está amortajada en medio de la habitación, y ya tiene hinchado el cuerpo debajo del sudario, y huele mal! ¡En cuanto al pobre Abul-Hassán, me parece que no sobrevivirá á su esposa!»

Al oír estas palabras de Massrur, al califa se le quitó un peso de encima y se regocijó infinitamente; luego, encarándose con Sett Zobeida, que habíase puesto muy amarilla, le dijo: «¡Oh hija del tío! ¿á qué esperas para llamar al escriba que ha de inscribir á mi nombre el pabellón de pinturas?» Pero Sett Zobeida empezó á injuriar á Massrur, y en el límite de la indignación, dijo al califa: «¿Cómo puedes tener confianza en las palabras de ese eu-

nuco embustero é hijo de embustero? ¿Acaso no he visto aquí por mí misma, y mis esclavas la han visto conmigo hace una hora, á mi favorita Caña-de-Azúcar, que lloraba desolada la muerte de Abul-Hassán?» Y excitándose con sus propias palabras, tiró su babucha á la cabeza de Massrur, y le gritó: «Sal de aquí, ¡oh hijo de perro!» Y Massrur, más estupefacto todavía que el califa, no quiso irritar más á su ama, y doblándose por la cintura, se apresuró á escapar, meneando la cabeza.

Entonces, llena de cólera, Sett Zobeida se encaró con el califa y le dijo: «¡Oh Emír de los Creyentes! ¡nunca imaginé que un día te pusieras de acuerdo con ese eunuco para darme un disgusto tan grande y hacerme creer lo que no es! Porque no me cabe duda de que lo que ha contado Massrur lo convinisteis de antemano con objeto de disgustarme. De todos modos, para probarte de manera indudable que soy yo quien tiene razón, á mí vez voy á enviar á alguien para que se vea cuál de nosotros ha perdido la apuesta. ¡Y si eres tú quien dice verdad, seré una insensata y todas mis mujeres serán tan insensatas como su ama! ¡Si, por el contrario, soy yo quien tiene razón, quiero que, además de la ganancia de la apuesta, me concedas la cabeza del impertinente eunuco de pez!» Y el califa, que sabía por experiencia propia cuán irritable era su prima, dió inmediatamente su consentimiento á cuanto ella le pedia. Y Sett Zobeida hizo presentarse en seguida á la anciana nodriza que la

había criado y en la cual tenía toda su confianza, y le dijo: «¡Oh nodriza! Ve en seguida á casa de Abul-Hassán, el compañero de nuestro señor el califa, y sencillamente mira quién se ha muerto en esa casa, si es Abul-Hassán ó si es su esposa Caña-de-Azúcar. ¡Y vuelve al punto á contarme lo que hayas visto y sepas.» Y la nodriza contestó con el oído y la obediencia, y á pesar de sus piernas viejas, apretó el paso en dirección á la casa de Abul-Hassán.

Pero Abul-Hassán, que vigilaba constantemente las idas y venidas á su casa, divisó desde lejos á la anciana nodriza, que se acercaba trabajosamente; y comprendió por qué la habían enviado, y se encaró con su esposa y exclamó, riendo: «¡Oh Caña-de-Azúcar! ¡ya estoy muerto!»...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



**PERO CUANDO LLEGÓ
LA 652.^a NOCHE**

Ella dijo:

...«¡Oh Caña-de-Azúcar! ¡ya estoy muerto!» Y como no tenía tiempo que perder, se amortajó por sí mismo con el sudario y se echó en tierra con los pies en dirección á la Meca. Y Caña-de-Azúcar le

puso el turbante encima de la cara; y con la cabellera despeinada, empezó á golpearse las mejillas y el pecho, lanzando gritos de duelo. Y en aquel momento entró la anciana nodriza. ¡Y vió lo que vió! Y se acercó muy triste á la desolada Caña de-Azúcar y le dijo: «¡Que Alah otorgue sobre tu cabeza los años que se perdieron para el difunto! ¡Ay hija mía Caña-de-Azúcar! ¡hete aquí sola en la viudez en medio de tu juventud! ¿Qué va á ser de tí sin Abul-Hassán, ¡oh Caña-de-Azúcar!?» Y estuvo llorando con ella algún tiempo. Luego le dijo: «Hija mía, tengo que dejarte, bien á pesar mío. ¡Pero he de volver á toda prisa junto á mi señora Sett Zobeida para librarla de la aflictiva inquietud en que la ha sumido ese embustero descarado, el eunuco Massrur, que le afirmó eras tú la muerta en vez de Abul-Hassán!» Y Caña-de-Azúcar, gimiendo, dijo: «¡Pluguiera á Alah ¡oh madre mía! que hubiese dicho la verdad ese eunuco! ¡No estaría aquí llorando como lo hago! ¡Pero no va á tardar mucho en llegarme mi hora! Mañana, lo más tarde, me enterrarán, muerta de dolor! Y diciendo estas palabras, redobló en sus llantos, suspiros y lamentos. Y más enternecida que nunca, la nodriza la besó otra vez y salió lentamente para no importunarla, y cerró la puerta tras de sí. Y fué á dar cuenta á su señora de lo que había visto y oído. Y cuando acabó de hablar, hubo de sentarse, falta de aliento por lo mucho que había trabajado para su avanzada edad.

Cuando Sett Zobeida oyó la relación de su nodriza, encaróse, altanera, con el califa, y le dijo: «¡Ante todo, hay que ahorcar á tu esclavo Massrur, ese eunuco impertinente!» Y en el límite de la perplejidad, al califa hizo ir en seguida á su presencia á Massrur, y le miró con cólera y quiso reprocharle su mentira. Pero no le dejó tiempo Sett Zobeida. Excitada por la presencia de Massrur, se encaró con su nodriza y le dijo: «¡Repite ante ese hijo de perro ¡oh nodriza! lo que acabas de decirnos!» Y la nodriza, que aún no había recobrado el aliento, se vió obligada á repetir su relación ante Massrur. Y Massrur, irritado por sus palabras, no pudo por menos de gritarle, á pesar de la presencia del califa y de Sett Zobeida: «¡Ah vieja desdentada! ¿cómo te atreves á mentir tan impúdicamente y á envilecer tus cabellos blancos? ¿Es que vas á hacerme creer que no he visto con mis propios ojos á Caña-de-Azúcar muerta y amortajada?» Y la nodriza, sofocada, adelantó la cabeza con furia y le gritó: «Tú solo eres el embustero, ¡oh negro de betún! ¡No deberían condenarte á muerte en la horca, sino cortándote en pedazos y haciéndote comer tu propia carne!» Y replicó Massrur: «¡Cállate, vieja chocha! ¡Ve á contar tus historias á las muchachas del harem!» Pero Sett Zobeida, furiosa ante la insolencia de Massrur, prorrumpió en sollozos, tirándole á la cabeza los cojines, los vasos, los jarros y los taburetes, y le escupió en el rostro, y acabó por dejarse caer en su lecho, llorando.

Cuando el califa hubo visto y oído todo aquello, llegó al límite de la perplejidad, y dió una palmada y dijo: «¡Por Alah, que no sólo es Massrur el embustero! Yo también soy un embustero, y la nodriza también es una embustera, y tú también eres una embustera, ¡oh hija del tío!» Luego bajó la cabeza y no dijo nada más. Pero, al cabo de una hora de tiempo, levantó la cabeza y dijo: «¡Por Alah, que nos hace falta saber la verdad en seguida! ¡Lo único que nos queda que hacer es ir á casa de Abul-Hassán, para ver con nuestros ojos cuál de todos nosotros es el embustero y cuál es el verídico!» Y se levantó y rogó á Sett Zobeida que le acompañara; y seguido de Massrur, de la nodriza y de la muchedumbre de mujeres, se encaminó á casa de Abul-Hassán.

Y he aquí que, al ver acercarse aquel cortejo, Caña-de-Azúcar no pudo por menos de inquietarse y conmoverse mucho, aunque Abul-Hassán la había prevenido de antemano que la cosa tendría buen fin, y exclamó: «¡Por Alah! ¡no siempre que se cae queda entero el jarro!» Pero Abul-Hassán se echó á reir, y dijo: «Murámonos ambos, ¡oh Caña-de-Azúcar!» Y tendió en tierra á su mujer, la amortajó con el sudario, se metió por sí mismo en una pieza de seda que sacó de un cofre, y se tendió junto á ella, sin olvidarse de ponerse el turbante encima de la cara con arreglo al rito. Y apenas había terminado sus preparativos, la comitiva entró en la sala.

Cuando el califa y Sett Zobeida vieron el espectáculo fúnebre que se presentaba á sus ojos, se quedaron inmóviles y mudos. Y Sett Zobeida, á quien tantas emociones en tan poco tiempo habían trastornado completamente, se puso de pronto muy pálida, dió un gran grito y cayó desmayada en brazos de sus mujeres. Y cuando volvió de su desmayo, vertió un torrente de lágrimas, y exclamó: «¡Ay de ti, oh Caña-de-Azúcar! ¡no pudiste sobrevivir á tu esposo y has muerto de pena!» Pero el califa, que no quería oírle decir aquello, y que, además, lloraba también la muerte de su amigo Abul-Hassán, se encaró con Sett Zobeida y le dijo: «¡No, ¡por Alah! no es Caña-de-Azúcar quien ha muerto de pena, sino el pobre Abul-Hassán, que no pudo sobrevivir á su esposa! ¡Eso es lo cierto!»...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



**PERO CUANDO LLEGÓ
LA 653.^a NOCHE**

Ella dijo:

...el califa, que no quería oírle decir aquello, y que, además, lloraba también la muerte de su amigo Abul-Hassán, se encaró con Sett Zobeida y le dijo:

«¡No, ¡por Alah! no es Caña-de-Azúcar quien ha muerto de pena, sino el pobre Abul-Hassán, que no pudo sobrevivir á su esposa! ¡Eso es lo cierto!» Y añadió: «¡Y he aquí que lloras y te desmayas porque te parece que tienes razón!» Y contestó Sett Zobeida: «¡Y á ti te parece que tienes razón, á pesar mío, porque ese maldito esclavo te ha mentido!» Y añadió: «¡Bueno! ¿pero dónde están los servidores de Abul-Hassán? ¡Que vayan á buscarlos en seguida! ¡Y como han amortajado á sus amos, ellos nos dirán cuál de ambos esposos murió primero y cuál murió de pena!» Y dijo el califa: «Tienes razón, ¡oh hija del tío! ¡Y por Alah, que prometo diez mil dinares de oro á quien me dé la noticia!»

Pero apenas había pronunciado estas palabras el califa, cuando se dejó oír una voz que salía de debajo del sudario de la derecha, y decía: «¡Que me cuenten los diez mil dinares, pues anuncio á nuestro señor el califa que soy yo, Abul-Hassán, quien se murió el segundo, de dolor sin duda!»

Al oír aquella voz, Sett Zobeida y las mujeres, poseídas de espanto, lanzaron un gran grito y se precipitaron hacia la puerta, en tanto que, por el contrario, el califa, que comprendió en seguida la jugarreta de Abul-Hassán, se reía de tal manera, que se cayó de trasero en medio de la sala, y exclamó: «¡Por Alah, ya Abul-Hassán, que ahora soy yo quien va á morirse á fuerza de reír!»

Luego, cuando el califa acabó de reír y Sett

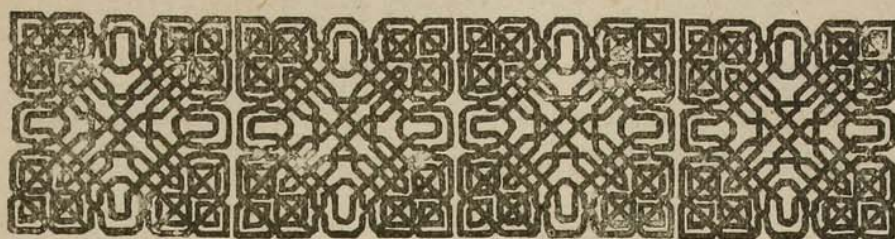
Zobeida se repuso de su terror, Abul-Hassán y Caña-de-Azúcar salieron de sus sudarios, y en medio de las risas de todos, decidieronse á contar el motivo que hubo de impulsarles á gastar aquella broma. Y Abul-Hassán se arrojó á los pies del califa; y Caña-de-Azúcar besó los pies de su ama; y ambos pidieron perdón con acento muy arrepentido. Y añadió Abul-Hassán: «Mientras estuve soltero, ¡oh Emir de los Creyentes! desprecié el dinero. ¡Pero esta Caña-de-Azúcar, que debo á tu generosidad, posee tanto apetito, que se come los sacos con su contenido, y por Alah, que es capaz de devorar todo el tesoro del califa con el tesorero!» Y el califa y Sett Zobeida se echaron á reir á carcajadas otra vez. Y perdonaron á ambos é hicieron que acto seguido les contasen los diez mil dinares que ganó con su respuesta Abul-Hassán, y además otros diez mil por haberse librado de la muerte.

Tras de lo cual, el califa, á quien aquella farsa había hecho ocuparse de los gastos y necesidades de Abul-Hassán, no quiso que su amigo careciese de paga fija en adelante. Y dió orden á su tesorero para que mensualmente le pagara emolumentos iguales á los de su gran visir. Y con más deseos que antes, quiso también que Abul-Hassán siguiese siendo su amigo íntimo y su compañero de copa. ¡Y vivieron todos la más deliciosa vida, hasta que llegó la Separadora de amigos, la Destructora de palacios y Constructora de tumbas, la Inexorable, la Inevitable!

Y cuando aquella noche Schahrazada acabó de contar esta historia, dijo al rey Schahriar: «¡Esto es cuanto sé ¡oh rey! acerca del Dormido Despierto. ¡Pero, si me lo permites, voy á contarte otra historia, que supera con mucho y en todos sentidos á la que acabas de oír!» Y dijo el rey Schahriar: «Antes de permitírtelo, quiero que me digas el título de esa historia, Schahrazada.» Ella dijo: «¡Es la historia de LOS AMORES DE ZEIN AL-MAWASSIF.» Dijo él: «¿Y qué historia es esa que no conozco?» Schahrazada sonrió, y dijo:







LOS AMORES DE ZEIN AL-MAWASSIF



He llegado á saber, ¡oh rey afortunado! que en las edades y los años de hace mucho tiempo, había un joven de lo más hermoso, que se llamaba Anis, y que sin duda era el más rico, el más generoso, el más delicado, el más excelente y el más delicioso de su tiempo. Y como además le gustaba cuanto hay de gustoso en la tierra—las mujeres, los amigos, la buena comida, la poesía, la música, los perfumes, los jardines, los baños, los paseos y todos los placeres—, vivía con la holgura de la vida dichosa.

Una tarde, el hermoso Anis dormía una agradable siesta, como tenía por costumbre, echado bajo un algarrobo de su jardín. Y tuvo un ensueño en el cual se vió jugando y entreteniéndose con cuatro

hermosos pájaros y una paloma de blancura deslumbrante. Y sentía un placer intenso al acariciarlos, alisando su plumaje y besándolos, cuando un gran cuervo muy feo se abalanzó de pronto sobre la paloma, con el pico amenazador, dispersando á sus camaradas, los cuatro pájaros tan hermosos. Y Anis se despertó muy afectado, y se incorporó y salió en busca de alguien que le explicase aquel ensueño. Pero estuvo andando durante mucho tiempo sin encontrar á nadie. Y pensaba ya en volverse á su casa, cuando acertó á pasar por las cercanías de una morada de magnífico aspecto, de la cual oyó que, al acercarse él, se elevaba una voz de mujer, encantadora y melancólica, que cantaba estos versos:

¡La dulce aura de la mañana fresca conmueve el corazón de los enamorados! ¿Pero es mi corazón cautivo el libre corazón de los enamorados?

¡Oh frescura de las mañanas! ¿calmaste alguna vez un amor igual al que siente mi corazón por un joven cervatillo, más delicado que la flexible rama del ban?

Y Anis sintió que le penetraban en el alma los acentos de aquella voz; y acuciado por el deseo de conocer á la que la poseía, se aproximó á la puerta, que encontrábase entreabierta, y miró adentro. Y vió un jardín magnífico, donde se perdían las miradas en parterres armoniosos, calles floridas

y boscajes de rosas, jazmines, violetas, narcisos y otras mil flores, habitados por todo un pueblo cantor bajo el cielo de Alah.

Así es que, atraído por la pureza de aquellos lugares, Anis no vaciló en franquear la puerta y adentrarse en el jardín. Y en el fondo de la espesura, á lo último de una avenida cortada por tres arcos, divisó un grupo blanco de jóvenes en libertad...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGÓ LA 655.^a NOCHE

Ella dijo:

...Y en el fondo de la espesura, á lo último de una avenida cortada por tres arcos, divisó un grupo blanco de jóvenes en libertad. Y se encaminó por aquel lado, y llegó hasta el primer arco, en el que se leía esta inscripción grabada en caracteres color de bermellón:

¡Oh casa! ¡Ojalá no trasponga tu umbral nunca la tristeza, ni nunca pese el tiempo sobre la cabeza de tus habitantes!

¡Ojalá dures eternamente ¡oh casa! para abrir tus puertas á la hospitalidad, y jamás seas demasiado estrecha para los amigos!

Y llegó al segundo arco, y leyó en él esta inscripción grabada en letras de oro:

¡Oh casa de dicha! ¡Ojalá dures tanto tiempo como han de regocijarse tus boscajes con la armonía de tus pájaros!

¡Que los perfumes de la amistad te embalsamen tanto tiempo como han de languidecer tus flores por saberse tan bellas!

¡Y que tus poseedores vivan en la serenidad tanto tiempo como han de ver tus árboles madurar sus frutos y han de lucir nuevas estrellas en la bóveda de los cielos!

Y llegó de tal suerte debajo del tercer arco, en el que leyó estos versos grabados en caracteres azules:

¡Oh casa de lujo y de gloria! ¡Ojalá te eternices en tu belleza bajo la cálida luz y bajo las tinieblas dulces, á despecho del tiempo y las mudanzas!

Cuando hubo franqueado el último arco, llegó al final de la avenida; y ante él, al pie de los pedanos de mármol lavado que conducían á la morada, vió á una joven que debía tener más de

catorce años de edad, pero que indudablemente no había cumplido los quince años. Y estaba tendida en una alfombra de terciopelo y apoyada en cojines. Y la rodeaban y estaban á sus órdenes otras cuatro jóvenes. Y era hermosa y blanca como la luna, con cejas puras y tan delicadas cual un arco formado con almizcle precioso, con ojos grandes y negros cargados de exterminios y asesinatos, con una boca de coral tan pequeña como una nuez moscada y con un mentón que decía perfectamente: «¡Heme aquí!» Y sin disputa habría abrasado de amor con tantos encantos á los corazones más fríos y más endurecidos.

Así es que el hermoso Anis se adelantó hacia la bella joven, se inclinó hasta el suelo, se llevó la mano al corazón, á los labios y á la frente, y dijo: «La zalema contigo, ¡oh soberana de las puras!» Pero ella le contestó: «¿Cómo te atreviste ¡oh joven impertinente! á entrar en un paraje prohibido y que no te pertenece?» Él contestó: «¡Oh mi señora! ¡la culpa no es mía, sino tuya y de este jardín! ¡Por la puerta entreabierta he visto este jardín con sus parterres de flores, sus jazmines, sus mirtos y sus violetas, y he visto que todo el jardín con sus parterres y sus flores se inclinaba ante la luna de belleza que se sentaba aquí mismo donde te hallas tú! ¡Y mi alma no pudo resistir al deseo que la impulsaba á venir á inclinarse y rendir homenaje con las flores y los pájaros!» Y la joven se echó á reir, y le dijo: «¿Cómo te llamas?» Dijo

él: «Tu esclavo Anis, ¡oh mi señora!» Dijo ella: «¡Me gustas infinitamente, ya Anis! ¡Ven á sentarte á mi lado!»

Le hizo, pues, sentarse al lado suyo, y le dijo: «¡Ya Anis! ¡tengo gana de distraerme un poco! ¿Sabes jugar al ajedrez?» Dijo él: «¡Sí, por cierto!» Y ella hizo señas á una de las jóvenes, quien al punto les llevó un tablero de ébano y marfil con cantoneras de oro, y los peones del ajedrez eran rojos y blancos y estaban tallados en rubies los peones rojos y tallados en cristal de roca los peones blancos. Y le preguntó ella: «¿Quieres los rojos ó los blancos?» Él contestó: «¡Por Alah, ¡oh mi señora! que he de coger los blancos, porque los rojos tienen el color de las gacelas, y por esa semejanza y por muchas otras más, se amoldan á ti perfectamente!» Ella dijo: «¡Puede ser!» Y se puso á arreglar los peones. Y empezó el juego.

Pero Anis, que prestaba más atención á los encantos de su contrincante que á los peones del ajedrez, se sentía arrebatado hasta el éxtasis por la belleza de las manos de ella, que parecíanle semejantes á la pasta de almendra, y por la elegancia y la finura de sus dedos, comparables al alcanfor blanco. Y acabó por exclamar: «¿Cómo voy á poder ¡oh mi señora! jugar sin peligro contra unos dedos así?» Pero le contestó ella, embebida en su juego: «¡Jaque al rey! ¡Jaque al rey, ya Anis! ¡Has perdido!» Luego, como viera que Anis no prestaba atención al juego, le dijo: «¡Para que estés más

atento al juego, Anis, vamos á jugar en cada partida una puesta de cien dinares!» Él contestó: «¡Bueno!» Y arregló los peones. Y por su parte, la joven, que tenía por nombre Zein Al-Mawassif, se quitó en aquel momento el velo de seda que le cubría los cabellos y apareció cual una resplandeciente columna de luz. Y Anis, que no lograba separar sus miradas de su contrincante, continuaba sin darse cuenta de lo que hacía: tan pronto cogía peones rojos en vez de peones blancos, como los movía atravesados, de modo que perdió seguidas cinco partidas de cien dinares cada una. Y le dijo Zein Al-Mawassif: «Ya veo que no estás más atento que antes. ¡Juguemos una puesta más fuerte! ¡A mil dinares la partida!» Pero Anis, á pesar de la suma empeñada, no se condujo mejor, y perdió la partida. Entonces le dijo ella: «¡Juguemos todo tu oro contra todo el mío!» Aceptó él, y perdió. Entonces se jugó sus tiendas, sus casas, sus jardines y sus esclavos, y los perdió unos tras de otros. Y ya no le quedó nada entre las manos.

Entonces Zein Al-Mawassif se encaró con él y le dijo: «Eres un insensato, Anis. Y no quiero que tengas que arrepentirte de haber entrado en mi jardín y haber entablado amistad conmigo. ¡Te devuelvo, pues, cuanto perdiste! ¡Levántate, Anis, y vete en paz por donde viniste!» Pero Anis contestó: «¡No, por Alah, ¡oh soberana mía! que no me apena lo más mínimo lo que perdí! Y si mi vida me pides, te pertenecerá al instante. ¡Pero,

por favor, no me obligues á abandonarte!» Ella dijo: «¡Puesto que no quieres recuperar lo que has perdido, ve, al menos, en busca del kadí y de los testigos, y tráeles aquí para que extiendan una donación en regla de los bienes que te he ganado!» Y en seguida fué Anis á buscar al kadí y á los testigos. Y el kadí, aunque estuvo á punto de que se le cayera el cálamo de entre los dedos al ver la belleza de Zein Al-Mawassif, redactó el acta de donación é hizo poner en ella sus sellos á los dos testigos. Luego se marchó...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



**PERO CUANDO LLEGÓ
LA 656.^a NOCHE**

Ella dijo:

...Y el kadí, aunque estuvo á punto de que se le cayera el cálamo de entre los dedos al ver la belleza de Zein Al-Mawassif, redactó el acta de donación é hizo poner en ella sus sellos á los dos testigos. Luego se marchó.

Entonces Zein Al-Mawassif se encaró con Anis y le dijo, riendo: «Ahora puedes marcharte, Anis. ¡Ya no nos conocemos!» Dijo él: «¡Oh soberana mía! ¿vas á dejarme partir sin la satisfacción del deseo?»

Ella dijo: «¡Con mucho gusto accederé á lo que quieres, Anis; pero todavía me queda que pedirte algo! ¡Aún tendrás que traerme cuatro vejigas de almizcle puro, cuatro onzas de ámbar gris, cuatro mil piezas de brocado de oro de la mejor calidad y cuatro mulas enjaezadas!» Dijo él: «Por encima de mi cabeza, ¡oh mi señora!» Ella preguntó: «¿Cómo te arreglarás para proporcionármelas, si ya no posees nada?» Dijo él: «¡Alah proveerá! Tengo amigos que me prestarán todo el dinero que me haga falta.» Ella dijo: «Entonces date prisa á traerme lo que te he pedido.» Y Anis, sin dudar de que sus amigos fuesen en su ayuda, salió para ir á buscarlos.

Entonces Zein Al-Mawassif dijo á una de sus mujeres, que se llamaba Hubub: «Sal detrás de él, ¡oh Hubub! y espíale. Y cuando veas que todos los amigos de que habló se niegan á ir en su ayuda y le rechazan con un pretexto ó con otro, te acercará á él y le dirás: «¡Oh amo mío Anis, mi ama Zein Al-Mawassif me envía á ti para decirte que quiere verte al instantel» Y le traerás contigo, y le introducirás en la sala de recepción. ¡Y entonces sucederá lo que suceda!» Y Hubub contestó con el oído y la obediencia, y se apresuró á salir detrás de Anis y á seguir sus pasos.

En cuanto á Zein Al-Mawassif, entró en su casa y empezó por ir al hammam para tomar un baño. Y después del baño, sus doncellas le prodigaron los cuidados que requiere un tocado extra-

ordinario; luego depilaron lo que tenían que depilar, frotaron lo que tenían que frotar, alargaron lo que tenían que alargar y oprimieron lo que tenían que oprimir. Luego la vistieron con un traje bordado de oro fino, y le pusieron en la cabeza una lámina de plata para que sirviera de sostén á una rica diadema de perlas que por detrás se hacía un nudo, cuyos dos cabos, adornados cada uno con un rubí del tamaño de un huevo de paloma, le caían por los hombros deslumbradores cual la plata virgen. Luego acabaron de trenzar sus hermosos cabellos negros, perfumados de almizcle y de ámbar, en vinticinco trenzas que le arrastraban hasta los pies. Y cuando terminaron de adornarla, y quedó semejante á una recién casada, se echaron á sus plantas y le dijeron con voz temblorosa de admiración: «¡Alah te conserve en tu esplendor, ¡oh ama nuestra Zein Al-Mawassif! y aleje de tí por siempre la mirada de los envidiosos, y te preserve del mal de ojo!» Y mientras ella ensayaba en la habitación un modo gallardo de andar, no cesaron de hacerle mil y mil cumplimientos desde el fondo de su alma.

Entretanto, volvió la joven Hubub con el hermoso Anis, al que se llevó cuando sus amigos le rechazaron negándose á ir en su ayuda. Y le introdujo en la sala donde se hallaba su ama Zein Al-Mawassif.

Cuando el hermoso Anis advirtió á Zein Al-Mawassif en todo el esplendor de su belleza, se de-

tuvo deslumbrado y se preguntó: «¿Pero es ella ó una de las recién casadas que sólo se ven en el Paraíso?» Y Zein Al-Mawassif, satisfecha del efecto producido en Anis, fué á él sonriendo, le cogió de la mano y le condujo hasta el diván amplio y bajo en que se sentaba ella, y le hizo sentarse al lado suyo. Luego ordenó por señas á sus mujeres que llevaran en seguida una mesa grande y baja, hecha de un solo trozo de plata, y en la cual había grabados estos versos gastronómicos:

¡Hunde las cucharas en las salseras grandes, y regocija tus ojos y regocija tu corazón con todas estas especies admirables y variadas!

¡Guisados y cochifritos, asados y cocidos, confituras y helados, fritadas y compotas al aire libre ó al horno!

¡Oh codornices! ¡oh pollos! ¡oh capones! ¡oh enternecedores! ¡os adoro!

¡Y vosotros, corderos cebados durante tanto tiempo con alfónsigos, y ahora rellenos de uvas en esta bandeja, ¡oh excelencias!

¡Aunque no tenéis alas como las codornices y los pollos y los capones, me gustáis mucho!

¡En cuanto á ti, ¡oh kabab á la parrilla! que Alah te bendiga! ¡Jamás me verá tu dorado decirle que no!

¡Y á ti, ensalada de verdolaga, que en esta escudilla bebes el alma misma de los olivos, te pertenece mi espíritu, ¡oh amiga mía!

¡A la vista de esta pareja de pescados asentados en el fondo del plato sobre menta fresca, te estremeces de placer en mi pecho, ¡oh corazón mío!

¡Y tú, bienhadada boca mía, cállate y sueña con comer estas delicias de las que por siempre hablarán los anales!

Entonces las doncellas les sirvieron los manjares perfumados. Y ambos comieron juntos hasta la saciedad y se endulzaron. Y les llevaron los frascos de vino, y bebieron ambos en la misma copa. Y Zein Al-Mawassif se inclinó hacia Anis, y le dijo: »¡He aquí que hemos comido juntos el pan y la sal, y ya eres mi huésped! No creas, pues, que voy á quedarme ahora con la menor cosa de lo que te ha pertenecido. ¡Así es que, quieras ó no, te devuelvo cuanto te he ganado!» Y Anis no tuvo más remedio que aceptar como regalo los bienes que le habían pertenecido. Y se arrojó á los pies de la joven y le expresó su gratitud. Pero ella le levantó y le dijo: «Si verdaderamente, Anis, quieres agradecerme este don, no tienes mas que seguirme á mi lecho. ¡Y allí me probarás positivamente si eres un buen jugador de ajedrez!»...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ
LA 658.^a NOCHE

Ella dijo:

»...no tienes mas que seguirme á mi lecho. ¡Y allí me probarás positivamente si eres un buen jugador de ajedrez!» Y saltando sobre ambos pies, contestó Anis: «¡Por Alah, ¡oh mi señora! que en el lecho vas á ver cómo el rey blanco supera á todos los jinetes!» Y diciendo estas palabras, la cogió en brazos, y cargado con aquella luna, corrió á la alcoba, cuya puerta hubo de abrirle la servidora Hubub. Y allí jugó con la joven una partida de ajedrez siguiendo todas las reglas de un arte consumado, é hizo que la sucediese una segunda partida y una tercera partida, y así sucesivamente hasta la partida décimoquinta, haciendo portarse tan valientemente al rey en todos los asaltos, que la joven, maravillada y sin alientos, hubo de darse por vencida, y exclamó: «Triunfaste, ¡oh padre de las lanzas y de los jinetes!» Luego añadió: «¡Por Alah sobre ti, ¡oh mi señor! di al rey que descansel!» Y se levantó riendo y puso fin por aquella noche á las partidas de ajedrez.

Entonces, nadando con alma y cuerpo en el océano de las delicias, reposaron un momento en brazos uno de otro. Y Zein Al-Mawassif dijo á

Anis: «Llegó la hora del descanso bien ganado, ¡oh invencible Anis! Pero, para juzgar mejor todavía de tu valer, deseo saber por ti si en el arte de los versos eres tan excelente como en el juego de ajedrez. ¿Podrías, pues, ordenar rítmicamente los diversos episodios de nuestro encuentro y de nuestro juego, de manera que se nos quedaran bien en la memoria?» Y contestó Anis: «La cosa es muy sencilla para mí, ¡oh señora mía!» Y se sentó en la cama perfumada, y mientras Zein Al-Mawassif le pasaba el brazo por el cuello y le acariciaba dulcemente, improvisó él esta oda sublime:

¡Levantaos para escuchar la historia de una joven de catorce años y un cuarto de año, á quien encontré en un paraíso, y era más bella que todas las lunas en el cielo de Alah!

¡Como una gacela, se balanceaba en el jardín, y las ramas flexibles de los árboles se inclinaban hacia ella, y la cantaban los pájaros!

¡Y aparecí y le dije: «La zalema contigo, ¡oh sedosa de mejillas, oh soberana! ¡Dime, para que lo sepa, el nombre de aquella cuyas miradas me vuelven loco!»

¡Con acento más dulce que el tintineo de las perlas en la copa, me dijo: «¿No darás con mi nombre tú solo? ¿Tan ocultas están mis cualidades, que no puede mi rostro reflejarlas á tu vista?»

Contesté: «¡No, por cierto! ¡no, por cierto! ¡Sin duda te llamas Ornamento de las Cualidades!

¡Dame una limosna, ¡oh Ornamento de las Cualidades! (1).

¡Y en cambio, ¡oh joven! aquí tienes almízcle, aquí tienes ámbar, aquí tienes perlas, aquí tienes oro y alhajas y todas las gemas y sedas! »

¡Entonces brilló en sus dientes jóvenes el relámpago de su sonrisa, y me dijo: «¡Heme aquí, pues! ¡Heme aquí, oh caros ojos míos!»

¡Éxtasis de mi alma, ¡oh su cintura desceñida! ¡oh su camisa descubierta! ¡oh su carne al desnudo! ¡oh diamantes! ¡Satisfacción de mis deseos! ¡Emanaciones suyas, que eran perfumes al besar! ¡Olor de piel suprema, calor de regazo! ¡oh frescura, mil besos!

¡Si la hubieseis visto, censores que me impugnáis! ¡Escuchad! ¡Os contaré toda mi embriaguez, y quizá comprendáis!

¡Su inmensa cabellera color de noche se despliega triunfal sobre la blancura de su espalda hasta llegar al suelo! ¡Y las rosas de sus mejillas incendiarias alumbrarían el infierno!

¡Un arco precioso son sus cejas puras; matan sus párpados, cargados de flechas; y es un alfanje cada una de sus miradas!

¡Su boca es un frasco de vino añejo; su saliva es agua de fuente; sus dientes son un collar de perlas acabadas de coger del mar!

¡Su cuello, cual el cuello del antílope, es elegante,

(1) Zein Al-Mawassif significa Ornamento de las Cualidades.

y está tallado admirablemente; su pecho es una losa de mármol sobre la que descansan dos copas invertidas!

¡Su vientre tiene un hoyo que embalsama con los perfumes más ricos; y debajo, enfrontando mi espera, gordo y rollizo, alto como un trono de rey, asentado entre dos columnas de gloria, está aquel que es locura de los más cuerdos!

¡Por unos lados liso y por otros barbudo, es tan sensible, que se encabrita como un mulo en cuanto se le toca!

¡Tiene los ojos rojos, tiene los labios carnosos y dulces, tiene el hocico fresco y encantador!

¡Si te aproximas á él con valentía, le encontrarás caliente, sólido, resuelto y suntuoso, sin temer las fatigas, ni los asaltos, ni las batallas!

¡Así eres, ¡oh Zein Al-Mawassif! completa de encantos y de cortesía! ¡Y por eso no olvidaré las delicias de nuestras noches, ni la hermosura de nuestros amores!

Al oír esta oda improvisada en honor suyo, Zein Al-Mawassif se sintió transportada de placer y se expansionó hasta el límite de la expansión...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



**PERO CUANDO LLEGO
LA 659.^a NOCHE**

Ella dijo:

...Al oír esta oda improvisada en honor suyo, Zein Al-Mawassif se sintió transportada de placer y se expansionó hasta el límite de la expansión. Y dijo á Anís, besándole: «¡Oh Anís, que excelencia! ¡Por Alah, ya no quiero vivir mas que contigo!» Y pasaron juntos el resto de la noche entre escarceos diversos, caricias, copulaciones y otras cosas semejantes, hasta la mañana. Y dejaron transcurrir el día, uno junto á otro, tan pronto descansando como comiendo y bebiendo y divirtiéndose hasta la noche. Y continuaron viviendo de tal suerte durante un mes, en medio de transportes de alegría y de voluptuosidad.

Pero, al cabo del mes, la joven Zein Al-Mawassif, que era una mujer casada, recibió una carta de su esposo, en que le anunciaba su próximo regreso. Y cuando la hubo leído, exclamó: «¡Ojalá se le rompan las piernas! ¡Alejada sea la fealdad! ¡He aquí que nuestra deliciosa vida actual va á verse turbada por la llegada de ese rostro de mal agüero!» Y enseñó á su amigo la carta, y le dijo: «¿Qué partido vamos á tomar, ¡oh Anís!?» Él contestó: «Me entrego enteramente á ti, ¡oh Zein!

¡Porque, en cuestión de astucias y sutilezas, las mujeres superaron siempre á los hombres!» Ella dijo: «¡Está bien! ¡Pero te advierto que mi marido es un hombre muy violento y sus celos no tienen límites! ¡Y nos resultará muy difícil el no despertar sus sospechas!» Y reflexionó una hora de tiempo, y dijo: «¡Para introducirte en casa después de su llegada maldita, no veo otro medio que hacerte pasar por un mercader de perfumes y especias! ¡Medita, pues, acerca de este oficio, y sobre todo ten mucho cuidado de contrariarle en nada durante los tratos!» Y se pusieron ambos de acuerdo respecto á los medios de que se valdrian para engañar al marido.

Entretanto, regresó de viaje el marido, y llegó al límite de la sorpresa al ver á su mujer toda amarilla de pies á cabeza. La astuta se había puesto en aquel estado frotándose con azafrán. Y su marido, muy asombrado, le preguntó qué enfermedad tenia; y contestó ella: «Si tan amarilla me ves, ¡ay! no es á causa de una enfermedad, sino á causa de la tristeza y de la inquietud en que estuve durante tu ausencia! ¡Por favor, no vuelvas á viajar sin llevar contigo un acompañante que te defienda y te cuide! ¡Y entonces estaré más tranquila por tí!» Él contestó: «¡Lo haré de todo corazón! ¡Por vida mía, que es sensata tu idea! ¡Tranquilliza, pues, tu alma, y procura recuperar tu color brillante de otras veces!» Luego la besó y se fué á su tienda, porque era un gran mercader,

judío de religión. Y su esposa, la joven, era asimismo judía como él.

Y he aquí que Anis, que había adquirido todos los informes referentes al nuevo oficio que tenía que ejercer, esperaba al marido á la puerta de su tienda. Y para entablar amistad con él en seguida, le ofreció perfume y especias á un precio muy inferior al corriente. Y el marido de Zein Al-Mawassif, que tenía el alma endurecida de los judíos, quedó tan satisfecho de aquel negocio y del comportamiento de Anis y de sus buenas maneras, que se hizo su cliente habitual. Y á los pocos días, acabó por proponerle que se asociara con él, en caso de poder aportar suficiente capital. Y no dejó Anis de aceptar una oferta que sin duda le aproximaría á su bienamada Zein Al-Mawassif; y contestó que abrigaba ese mismo deseo y que anhelaba mucho ser socio de un mercader tan estimable. Y sin tardanza redactaron su contrato de asociación, y le pusieron sus sellos á presencia de dos testigos entre los notables del zoco.

Y he aquí que aquella misma tarde el esposo de Zein Al-Mawassif, para festejar su contrato de asociación, invitó á su nuevo asociado á que fuese á su casa para compartir su comida. Y se le llevó consigo; y como era judío, y los judíos no tienen vergüenza y no guardan á sus mujeres ocultas á las miradas de los extraños, quiso hacerle conocer á su esposa. Y fué á prevenirla de la llegada de su asociado Anis, y le dijo: «Es un joven rico y de

buenas maneras. ¡Y deseo que vengas á verme! Y aunque transportada de alegría al saber aquella noticia, Zein Al-Mawassif no quiso dejar traslucir sus sentimientos, y fingiendo hallarse extremadamente indignada, exclamó: «¡Por Alah! ¿cómo te atreves ¡oh padre de la barba! á introducir á extraños en la intimidad de tu casa? ¿Y de qué modo pretendes imponerme la dura necesidad de mostrarme á ellos con el rostro descubierto ó velado? ¡El nombre de Alah sobre mí y alrededor de mí! ¿Es que, porque tú hayas encontrado un socio, debo yo olvidar la modestia que conviene á las jóvenes? ¡Antes me dejaría cortar en pedazos! Pero contestó él: «¡Qué palabras tan desconsideradas dices, oh mujer! ¿Y desde cuándo hemos resuelto hacer como los musulmanes, que tienen por ley esconder á sus mujeres? ¡Qué vergüenza tan inaudita y qué modestia tan extemporánea! ¡Nosotros somos moisitas, y tus escrúpulos á ese respecto resultan excesivos en una moisita!» Y le habló así. Pero pensaba para su ánima: «¡Qué bendición sobre mi casa es el tener una esposa tan casta, tan modesta, tan prudente y tan llena de timidez!» Luego se puso á hablar con tanta elocuencia, que acabó por convencerla para que fuera á cumplir por sí misma los deberes de hospitalidad para con el recién venido.

Y he aquí que Anis y Zein Al-Mawassif, al verse, se guardaron mucho de aparentar que se conocían. Y durante toda la comida, Anis tuvo los

ojos bajos muy honestamente; y fingía gran discreción, y no miraba mas que al marido. Y el propio judío pensaba: «¡Qué joven tan excelente!» Así es que, cuando se hubo terminado la comida, no dejó de invitar á Anis para que al día siguiente fuera también á hacerle compañía en la mesa. Y Anis volvió al día siguiente y al otro día; y cada vez se portaba en todo con un tacto y una discreción admirables.

Pero al judío le había chocado ya una cosa extraña que ocurría en cuanto se encontraba en la casa Anis. Efectivamente, había en la casa un pájaro domesticado...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGÓ LA 660.^a NOCHE

Ella dijo:

...Efectivamente, había en la casa un pájaro domesticado, á quien amaestró el judío, y que reconocía y quería mucho á su amo. Pero, mientras duró la ausencia del judío, aquel pájaro hubo de cifrar su afecto en Anis, y tomó la costumbre de posársele en la cabeza y en los hombros y hacerle

mil caricias, de modo que, cuando su amo el judío regresó de viaje, no quiso el pájaro reconocerle ya, considerándole como un extraño. Y ya no había píos de alegría, aleteos y caricias mas que para el joven Anis, socio de su amo. Y el judío pensó para sí: «¡Por Muza y Aarún! ¡pues no me ha olvidado este pájaro! ¡Y su conducta para conmigo da más valor todavía á los sentimientos de mi esposa, que ha caído enferma de dolor por mi ausencia!» Así pensaba. Pero no tardó en chocarle y en hacer que le asaltasen mil ideas torturadoras otra cosa extraña.

Porque notó que su esposa, tan reservada y tan modesta en presencia de Anis, tenía sueños extraordinarios en cuanto se dormía. Tendía los brazos, jadeaba, suspiraba y hacía mil contorsiones, pronunciando el nombre de Anis y hablándole como hablan las enamoradas más apasionadas. Y el judío se quedó extremadamente asombrado al comprobar aquello varias noches sucesivas, y pensó: «¡Por el Pentateuco, que esto viene á demostrarme que todas las mujeres son iguales y que, cuando una de ellas es virtuosa y casta y continente, como mi esposa, tiene que satisfacer de una manera ó de otra sus malos deseos, aunque sea en sueños! ¡Alejado sea de nosotros el Maligno! ¡Qué calamidad son estas criaturas formadas con la llama del infierno!» Luego se dijo: «¡He de poner á prueba á mi esposa! ¡Si resiste á la tentación y permanece casta y reservada, lo del pájaro y lo de los sueños no será

mas que una coincidencia entre las coincidencias sin resultados!»

Y he aquí que, cuando llegó la hora de la comida acostumbrada, el judío anunció á su esposa y á su socio que estaba invitado á casa del walí con motivo de un gran pedido de mercaderías; y les rogó que esperasen su regreso para empezar á comer. Luego les dejó y salió al jardín. Pero, en vez de ir á casa del walí, se apresuró á volver sobre sus pasos y subir al piso superior de la casa; allí, desde una habitación cuya ventana daba á la sala de reunión, podría vigilar lo que iba á ocurrir.

No se hizo esperar mucho el resultado, que por parte de los amantes se manifestó con besos y caricias de una intensidad y una pasión increíbles. Y como no quería el judío descubrir su presencia ni dejarles adivinar que no había ido á casa del walí, se vió obligado durante una hora de tiempo á asistir á las manifestaciones desenfrenadas de ambos amantes. Pero tras de esta espera dolorosa, bajó á reunirse con ellos y entró en la sala con rostro sonriente, como si nada supiera. Y mientras duró la comida, se guardó bien de dejarles adivinar sus sentimientos, y tuvo muchas más consideraciones y atenciones para el joven Anis, quien, por otra parte, se mostró todavía más reservado y más discreto que de costumbre.

Pero cuando se terminó la comida y se marchó el joven Anis, el judío se dijo: «¡Por los cuernos de nuestro señor Muza, que he de abrasarles el cora-

zón al separarlos!» Y sacó del seno una carta, que abrió y leyó; luego exclamó: «He aquí que voy á verme obligado á partir de nuevo para un viaje largo. ¡Porque me llega esta carta de mis correspondientes del extranjero, y es preciso que vaya á verles para arreglar con ellos un importante asunto comercial!» Y Zein Al-Mawassif supo disimular perfectamente la alegría que le causaba esta noticia, y dijo: «¡Oh esposo mío bienamado, vas á dejarme morir durante tu ausencia! ¡Dime, por lo menos, cuánto tiempo vas á estar lejos de mí!» Dijo él: «¡Tres años, ó acaso cuatro años, ni más ni menos!» Ella exclamó: «¡Ah, pobre Zein Al-Mawassif! ¡Tu mala suerte no te deja nunca disfrutar de la presencia de tu esposo! ¡Oh desesperación de mi alma!» Pero le dijo él: «¡No te desesperes más por eso! Porque para no dejarte sola esta vez y exponerte á la enfermedad y la tristeza, quiero que vengas conmigo! ¡Levántate, pues, y ordena que tus doncellas Hubub, Khutub, Sukub y Rukub te ayuden á hacer tu equipaje para la marcha!»

Al oír estas palabras, á la quebrantada Zein Al-Mawassif se le puso el color muy amarillo y sus ojos humedeciéronse con lágrimas, y no pudo pronunciar ni una sola palabra. Y su marido, que interiormente se dilatava de contento, le preguntó con acento muy afectuoso: «¿Qué te pasa, Zein?» Ella contestó: «¡Nada, por Alah! ¡Solamente estoy un poco emocionada con esta agradable noticia de saber que ya no voy á separarme de ti!»

Luego se levantó y se puso á hacer los preparativos de marcha, ayudada por sus doncellas, á la vista de su esposo el judío. Y no sabía cómo enterar de la triste nueva á Anis. Por fin pudo disponer de un momento para trazar sobre la puerta de entrada estos versos de adiós á su amigo.

¡A ti mis penas, Anis! ¡Hete aquí solo, con el corazón sangrando por vivas heridas!

¡Los celos más que la necesidad ocasionan nuestra separación! ¡Y la alegría hubo de entrar en el alma del envidioso á la vista de mi dolor y de mi desesperación!

¡Pero por Alah juro que no me poseerá otro que no seas tú, Anis, aunque venga acompañado de mil intercesores!

Tras de lo cual montó en el camello preparado para ella, y segura de no volver á ver ya á Anis, se metió en su litera, dedicando versos de adiós á la casa y al jardín. Y se puso en marcha toda la caravana, con el judío á la cabeza, Zein Al-Mawassif en medio y las doncellas á la cola. Y esto es lo referente á Zein y á su esposo el judío...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



**PERO CUANDO LLEGÓ
LA 662.^a NOCHE**

Ella dijo:

...Y esto es lo referente á Zein y á su esposo el judío.

¡Pero he aquí lo que atañe á Anis! Cuando al día siguiente vió que no iba al zoco su asociado el mercader judío, quedó extremadamente sorprendido y esperó su llegada hasta la tarde. Pero en vano. Entonces decidióse á ir á ver por sí mismo la causa de semejante ausencia. Y llegó de tal suerte ante la puerta de entrada, y leyó la inscripción que Zein Al-Mawassif había grabado allí. Y comprendió su sentido, y trastornado se dejó caer en tierra, presa de la desesperación. Y cuando se repuso un poco de la emoción que hubo de causarle aquella ausencia de su bienamada, preguntó á los vecinos. Y así fué como se enteró de que su esposo el judío se la había llevado con sus doncellas y un gran equipaje, que cargaron en diez camellos, y con víveres para un viaje muy largo.

Al saber esta noticia, Anis caminó como un insensato por entre las soledades del jardín; é improvisó estos versos:

¡Para llorar el recuerdo de la bienaventurada, detengámonos aquí, en el límite de árboles de su jardín, donde se yergue su querida casa, donde sus huellas, como en mi corazón, no pueden ser borradas ni por los vientos del Norte ni por los vientos del Sur!

¡Se marchó, pero mi corazón está con ella, atado al aguijón que apresura la marcha de los camellos!

¡Ah, ven, oh noche! ¡ven á refrescar mis mejillas ardientes y á calmar el fuego que me consume el corazón!

¡Oh brisa del desierto! á ti, cuyo soplo perfumó su aliento, ¿no te ha recetado ningún colirio para secar mis lágrimas, ningún remedio para reanimar mi cuerpo helado?

¡Ay! ¡ay! ¡el conductor de la caravana dió señal de partir en medio de las tinieblas de la noche, antes de que el soplo del céfiro matinal viniera á vivificar las cañadas!

¡Se arrodillaron los camellos; hiciéronse los fardos; metióse ella en la litera; se marchó!

¡Ay! ¡se marchó, y me ha dejado sin poder seguir sus huellas! ¡La sigo desde lejos, regando con mis lágrimas el polvo!

Luego, mientras se entregaba de este modo á sus reflexiones y recuerdos, oyó graznar á un cuervo que tenía su nido en una palmera del jardín. É improvisó esta estrofa:

¡Oh cuervo! ¿qué tienes que hacer ya en el jardín de mi bienamada? ¿Vienes á gemir con tu voz lúgubre por los tormentos de mi amor? ¡Ay! ¡ay! ¡gritas á mi oído! y el eco infatigable repite sin cesar: ¡Ay! ¡ay!

Luego, sin poder ya resistirse á tantas penas y tormentos, se echó Anis en el suelo y se sintió invadido por el sopor. Y he aquí que en sueños se le apareció su bienamada; y se encontraba dichoso con ella; y la oprimía en sus brazos, y hacía ella lo mismo. Pero despertóse de pronto y quedó desvanecida la ilusión. Y para consolarse, sólo pudo él improvisar estos versos:

¡Salve, imagen de la bienamada! ¡Te me apareces en medio de las tinieblas de la noche, y vienes á calmar por un instante la violencia de mi amor!

¡Ah! ¡los sueños son la única dicha que les queda á los infortunados! ¡Pero cuánto más amargos son los llantos al despertar, cuando se desvanece la dulce ilusión!

¡Me habla ella, me sonríe, me hace mil tiernas caricias; tengo en mis manos toda la felicidad de la tierra, y me despierto bañado en lágrimas!

Así se lamentaba el joven Anis. Y continuó vi-
viendo á la sombra de la casa abandonada, sin
alejarse mas que para tomar algún alimento en su
vivienda. Y he aquí lo referente á él.

En cuanto á la caravana, cuando llegó á un mes de distancia de la ciudad consabida, hizo alto. Y el judío mandó armar las tiendas cerca de una ciudad situada á orillas del mar. Allí quitó á su esposa los ricos trajes que la cubrían, cogió una vara larga y flexible, y le dijo: «¡Ah, miserable traidora! ¡tu piel manchada sólo se podrá limpiar con esto! ¡Que venga ahora á librarte de entre mis manos ese joven Anis!» Y á pesar de sus gritos y protestas, la fustigó dolorosamente con toda su fuerza. Luego le envolvió un manto de crines viejo, y fué á la ciudad en busca de un herrador, y le dijo...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



**PERO CUANDO LLEGÓ
LA 663.^a NOCHE**

Ella dijo:

...y fué á la ciudad en busca de un herrador, y le dijo: «Vas á herrar sólidamente los pies á esta esclava; tras de lo cual le herrarás las manos. ¡Y me servirá de cabalgadura!» Y el herrador, asombrado, miró al viejo y le dijo: «¡Por Alah, que es la primera vez que me llaman para herrar á seres humanos! Pues ¿qué ha hecho esta joven

para merecer ese castigo?» El viejo dijo: «¡Por el Pentateuco! esa es la pena con que nosotros los judíos castigamos á nuestros esclavos cuando tenemos queja de su conducta.» Pero el herrador, deslumbrado por la belleza de Zein Al-Mawassif é impresionado en extremo por sus encantos, miró al judío con desprecio é indignación y le escupió en la cara; y en lugar de tocar á la joven, improvisó esta estrofa:

¡Ojalá ¡oh mulot te herraran á ti en toda tu piel antes de torturar sus pies delicados! ¡Si fueras sensato, con anillos de oro adornarías sus pies encantadores! ¡Porque bien seguro estoy de que, al comparecer ante el Juez Soberano, será declarada inocente y pura tan bella criatura!

Luego corrió el herrador en busca del walí de la ciudad y le contó lo que había visto, describiéndole la belleza maravillosa de Zein Al-Mawassif y el trato cruel que quería hacerle soportar su esposo el judío. Y el walí ordenó á los guardias que inmediatamente fueran al campamento y trajeran á su presencia á la bella esclava, al judío y á las demás mujeres de la caravana. Y los guardias se apresuraron á ejecutar la orden. Y al cabo de una hora, volvieron é introdujeron en la sala de audiencias, ante el walí, al judío, á Zein Al-Mawassif y á las cuatro doncellas Hubub, Khutub, Sukub y Rukub. Y deslumbrado por la belleza de Zein Al-Mawassif,

el wali le preguntó: «¿Cómo te llamas, hija mía?» Ella dijo, moviendo las caderas: «Tu esclava Zein Al-Mawassif, ¡oh amo nuestro!» Y él le preguntó: «¿Y quién es este hombre tan feo?» Ella contestó: «¡Es un judío ¡oh mi señor! que me separó de mi padre y de mi madre, y me violentó, y con toda clase de malos tratos quiso forzarme á abjurar de la santa fe de mis padres musulmanes! ¡Y me hace sufrir torturas á diario, y por ese procedimiento intenta vencer mi resistencia! Y en prueba de lo que revelo á nuestro amo, aquí tenéis las huellas de los golpes con que no cesa de martirizarme!» Y con mucho rubor descubrió la parte alta de los brazos y enseñó los verdugones que los surcaban. Luego añadió: «¡Y por cierto ¡oh amo nuestro! que el honorable herrador puede dar testimonio del trato bárbaro que quería hacerme sufrir ese judío! Y mis doncellas confirmarán mis palabras. ¡Por lo que á mí respecta, soy una musulmana, una creyente, y atestiguo que no hay más dios que Alah y que Mahomed es el Enviado de Alah!»

Al oír estas palabras, el wali se encaró con las doncellas Hubub, Khutub, Sukub y Rukub, y les preguntó: «¿Es cierto lo que dice vuestra ama?» Ellas contestaron: «¡Es cierto!» Entonces el wali se encaró con el judío, y con los ojos chispeantes, le dijo: «¡Mal hayas, enemigo de Alah! ¿Por qué arrebataste esta joven á su padre y á su madre, á su casa y á su patria, y la torturaste, é intentaste hacerle renegar de nuestra santa religión y precipi-

tarla en los horribles errores de tu creencia maldita?» El judío contestó: «¡Oh amo nuestro! ¡por vida de la cabeza de Yacub, de Muza y de Aarún, te juro que esta joven es mi esposa legal!» Entonces exclamó el walí: «¡Que le den una paliza!» Y los guardias le tiraron al suelo y le aplicaron cien palos en la planta de los pies, cien palos en la espalda y cien palos en las nalgas. Y como continuara en sus gritos y vociferaciones, protestando y afirmando que Zein Al-Mawassif le pertenecía legalmente, el walí dijo: «¡Ya que no quiere declarar, que le corten las manos y los pies y que le fustiguen!»

Al oír esta terrible sentencia, exclamó el judío: «¡Por los cuernos sagrados de Muza! ¡si sólo eso basta para salvarme, declaro que no es mi esposa esta mujer y que se la he quitado á su familia!» Entonces pronunció el walí: «¡Ya que ha declarado, que le encarcelen! ¡Y que esté preso toda su vida! ¡Sean castigados así los judíos descreídos!» Y al punto los guardias ejecutaron la orden. Y arrastraron al judío hasta la cárcel. Y sin duda allí moriría en su descreimiento y en su fealdad. ¡Que Alah no tenga nunca compasión de él! ¡Y precipite su alma judía en el fuego del último piso del infierno! ¡Pero nosotros somos creyentes! ¡Y reconocemos que no hay más dios que Alah y que Mahomed es el Enviado de Alah!

En cuanto á Zein Al-Mawassif, besó la mano del walí, y acompañada por sus cuatro doncellas

Hubub, Khutub, Sukub y Rukub, volvió á las tiendas y ordenó á los camelleros que levantaran el campo y se pusieran en camino para el país de su bienamado Anís.

Y he aquí que viajó sin contratiempos la caravana, y hacia la noche del tercer día, llegó á un monasterio cristiano que estaba habitado por cuarenta monjes y por su patriarca. Y este patriarca, que se llamaba Danís, estaba precisamente sentado á la puerta del monasterio, tomando el fresco, cuando acertó á pasar por allí en su camello la joven, sacando la cabeza fuera de la litera. Y á la vista de aquel rostro de luna, el patriarca sintió que se rejuvenecía su vieja carne muerta; y se le estremecieron los pies, la espalda, el corazón y la cabeza. Y se levantó de su asiento é hizo seña á la caravana para que se detuviese, é inclinándose hasta el suelo ante la litera de Zein Al-Mawassif, invitó á la joven á apearse y descansar con todo su acompañamiento. Y la instó vivamente á pasar la noche en el monasterio, asegurándole que de noche estaban los caminos infestados de bandoleros salteadores. Y Zein Al-Mawassif no quiso rehusar la oferta de esta hospitalidad, aunque viniera de cristianos y monjes; se apeó de su litera y entró en el monasterio seguida por sus cuatro acompañantes.

Y he aquí que el patriarca Danís, abrazado de amor por la belleza y los encantos de Zein Al-Mawassif...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



**PERO CUANDO LLEGÓ
LA 665.ª NOCHE**

Ella dijo:

...Y he aquí que el patriarca Danis, abrasado de amor por la belleza y los encantos de Zein Al-Mawassif, no sabía cómo arreglarse para declararle su pasión. Y en efecto, la cosa era muy ardua. Por último creyó dar con un buen medio, que consistió en enviarle á la joven al monje menos elocuente entre los cuarenta monjes del monasterio. Y llegó á presencia de la joven aquel monje, con intención de hablar en pro de su patriarca. Pero al ver á aquella luna de belleza, sintió que se le trababa en la boca la lengua con mil nudos, y que su zib, por el contrario, hablaba elocuentemente por debajo de la ropa, irguiéndose como una trompa de elefante. Y al ver aquello, Zein Al-Mawassif se echó á reir con toda su alma en compañía de Hubub, Khutub, Sucub y Rukub. Luego, viendo que el monje permanecía sin hablar con la herramienta preparada, hizo una seña á sus doncellas, que se levantaron al punto y le echaron de la habitación.

Entonces, al ver que el monje volvía con un aire

muy mohino, se dijo el patriarca Danis: «¡Sin duda no ha sabido convencerla!» Y mandó á ella un segundo monje. Y el segundo monje fué á presencia de Zein Al-Mawassif; pero le sucedió exactamente lo mismo que le había sucedido al primero. Y le echaron, y volvió cabizbajo junto al patriarca, quien envió entonces al tercero, luego al cuarto y al quinto, y así sucesivamente hasta el cuatrigésimo. Y cada vez que enviaba á alguno para preparar el terreno, el monje enviado regresaba sin conseguir ningún resultado, no habiendo podido exponer la misión de su patriarca y no habiendo manifestado su presencia mas que por la elevación de la herencia paterna.

Cuando el patriarca vió todo aquello, se acordó del proverbio que dice: «¡Hay que rascarse con las uñas propias y andar con los propios pies!» Y resolvió obrar por sí mismo.

Entonces se levantó y entró con paso grave y mesurado en la habitación en que se hallaba Zein Al-Mawassif. ¡Y he aquí lo que pasó! Exactamente igual que á sus monjes, le sucedió todo lo que á los otros les había sucedido en cuanto á lengua trabada con mil nudos y elocuencia de herramienta. Y ante la risa y la befa de la joven y sus acompañantes, salió de la habitación con la nariz alargada hasta los pies.

Pero no bien salió él, Zein Al-Mawassif se levantó y dijo á sus acompañantes: «¡Por Alah, tenemos que escapar de este monasterio lo más pronto

posible, porque mucho me temo que esos monjes terribles y su patriarca repugnante vengan á violentarnos esta noche y á mancharnos con su contacto envilecedor!» Y á favor de las tinieblas, se deslizaron fuera del monasterio las cinco, y volviendo á montar en sus camellos, continuaron la marcha á su país. Y he aquí lo referente á ellas.

En cuanto al patriarca y los cuarenta monjes, cuando se despertaron por la mañana y advirtieron la desaparición de Zein Al-Mawassif, sintieron que se les retorcían de desesperación las tripas. Y se reunieron en su iglesia para cantar como asnos, según tenían por costumbre. Pero en vez de cantar sus antifonas y recitar sus plegarias ordinarias, he aquí lo que improvisaron:

El primer monje cantó:

¡Congregaos, hermanos míos, antes de que os abandone mi alma, porque ha llegado mi última hora!

¡El fuego del amor consume mis huesos, la pasión devora mi corazón, y ardo por una belleza que ha venido á esta región para herirnos á todos con flechas mortales, disparadas por las pestañas de sus párpados!

Y el segundo monje respondió con este canto:

¡Oh tú que viajas lejos de mí! ¿por qué, ya que

me arrebataste el corazón, no me has llevado contigo?

¡Te marchaste llevándote mi reposo! ¡Ah! ¡ojalá vuelvas pronto para verme expirar en tus brazos!

El tercer monje cantó:

¡Oh tú cuya imagen brilla en mis ojos, llena mi alma y habita en mi corazón!

¡Tu recuerdo es más dulce para mi espíritu que lo dulce que la miel es para los labios del niño; y tus dientes, que sonríen en mis ensueños, son más brillantes que la espada de Asrael!

¡Todo pasó cual una sombra, vertiendo llama devoradora en mis entrañas!

¡Si alguna vez en sueños te acercas á mi lecho, le encontrarás bañado con mi llanto!

El cuarto monje respondió:

¡Reprimamos nuestras lenguas, hermanos míos, y no dejemos escapar más palabras superfluas que nos aflijan los corazones sufridores!

¡Oh luna llena de la belleza! ¡tu amor ha esparcido en mi cabeza oscura sus rayos brillantes, y me has incendiado en una pasión infinita!

El quinto monje cantó, sollozando:

¡Mi único deseo es mi bienamada! ¡Su belleza

borra el resplandor de la luna; su saliva es más dulce que el agua preciosa de las uvas; la anchura de sus caderas alaba á su Creador!

¡He aquí que mi corazón se consume en la llama del amor que ella me ha inspirado, y mis ojos manan lágrimas cual gotas de ágata!

Entonces prosiguió el sexto monje:

¡Oh ramas cargadas de rosas! ¡oh estrellas de los cielos! ¿dónde está la que apareció en nuestro horizonte, y cuya influencia mortal hace perecer á los hombres sin ayuda de armas, sólo con su mirada?

Luego el séptimo monje entonó este canto:

¡Mis ojos, que la han perdido, se llenan de lágrimas; el amor se acrecienta y la paciencia disminuye!

¡Oh dulce encantadora, aparecida en nuestros caminos! ¡el amor se acrecienta y la paciencia disminuye!

Y así, sucesivamente, entonaron todos los demás monjes un canto improvisado á su vez por cada cual, hasta que le llegó el turno al patriarca, quien con voz sollozante cantó entonces:

¡Mi alma está llena de turbación, y me ha abandonado la esperanza!

*¡Una belleza arrebatadora pasó por nuestro cielo
y me robó el reposo!*

*¡Ahora huye de mis párpados el sueño y la tris-
teza los consume!*

*¡A Ti, Señor, me quejo de mis sufrimientos! ¡Haz
que, al partir mi alma, mi cuerpo se desvanezca
como una sombra!*

Cuando hubieron terminado con sus cánticos, los monjes pegaron la cara á las baldosas de su iglesia y lloraron mucho tiempo. Tras de lo cual resolvieron dibujar de memoria el retrato de la fugitiva y colocarlo en el altar de su descreimiento. Pero no pudieron realizar su propósito, porque les sorprendió la muerte y puso término á sus tormentos cuando se hubieron cavado por sí mismos sus tumbas en el monasterio.

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



**PERO CUANDO LLEGO
LA 666.^a NOCHE**

Ella dijo:

...porque les sorprendió la muerte y puso término á sus tormentos cuando se hubieron cavado por sí mismos sus tumbas en el monasterio. ¡Y he

aquí lo referente á los cuarenta monjes y á su patriarca!

En cuanto á la caravana, la vigilancia de Alah le escribió la seguridad, y tras de un viaje sin contratiempos, llegó al país natal con buena salud. Y ayudada por sus acompañantes, Zein Al-Mawassif descendió de su litera y echó pie á tierra en su jardín. Y entró en la morada, é hizo al punto prepararlo todo y perfumar el lecho con ámbar precioso, antes de enviar á Hubub para que avisara su regreso á su bienamado Anis.

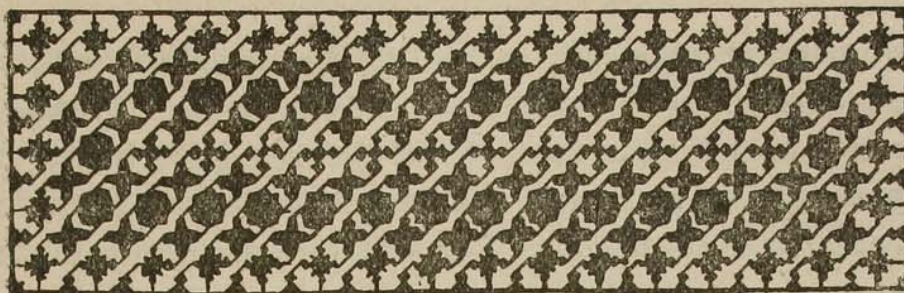
Y he aquí que en aquel momento, Anis, que continuaba pasándose días y noches bañado en lágrimas, estaba echado, soñoliento, en su cama, y tenía un sueño en el que veía distintamente á su bienamada de regreso. Y como tenía fe en los sueños, se levantó muy emocionado, y al punto se encaminó á la casa de Zein Al-Mawassif para cerciorarse de si era verdad el sueño. Y franqueó la puerta del jardín. Y en seguida aspiró en el aire el perfume de ámbar y almizcle de su bienamada. Y voló á la vivienda y entró en la habitación donde esperaba su llegada Zein Al-Mawassif, dispuesta ya. Y cayeron uno en brazos de otro, y permanecieron mucho tiempo enlazados, prodigándose muestras apasionadas de su amor. Y para no desmayarse de alegría y de emoción bebieron en un jarro lleno de una bebida refrescante que tenía azúcar, limones y agua de flores. Tras de lo cual se expansionaron mutuamente, contándose cuanto

les había sucedido durante su ausencia; y no se interrumpían mas que para acariciarse y besarse tiernamente. Y sólo Alah sabe el número y la intensidad de las pruebas de amor de aquella noche. Y al día siguiente enviaron á la joven Hubub en busca del kadí y de los testigos, quienes acto seguido extendieron su contrato de matrimonio. ¡Y vivieron todos una vida dichosa hasta la llegada de la Segadora de jóvenes y jovenzuelas! ¡Pero gloria y loores á Quien con Su justicia distribuye belleza y placeres! ¡Y sean la plegaria y la paz para el Señor de los Enviados, Mahomed, que ha reservado el Paraíso á sus creyentes!

Cuando Schahrazada hubo contado así esta historia, exclamó la pequeña Doniazada: «¡Oh hermana mía! ¡cuánto sabor, cuántas delicias, cuánta pureza y cuánta excelencia hay en tus palabras!» Y Schahrazada dijo: «Pues ¿qué será todo eso comparado con lo que todavía tengo que contar acerca del Joven holgazán, si es que antes quiere permitírmelo el rey?» Y el rey Schahriar dijo: «¡Claro, Schahrazada, que quiero permitírtelo esta noche aún, porque me han satisfecho tus palabras, y no conozco la HISTORIA DEL JOVEN HOLGAZÁN!» Y dijo Schahrazada:







HISTORIA DEL JOVEN HOLGAZÁN



Se cuenta—entre otras muchas cosas—que un día, estando sentado en su trono el califa Harún Al-Rachid, entró un pequeño eunuco que llevaba en las manos una corona de oro rojo incrustada de perlas, de rubíes y de todas las especies más inestimables de gemas y pedrerías. Y aquel eunuco niño besó la tierra entre las manos del califa y dijo: «¡Oh Emir de los Creyentes! nuestra ama Sett Zobeida me envía á transmitirte sus zalemas y sus homenajes y á decirte al propio tiempo que á esta maravillosa corona que aquí ves, y que ya conoces, le falta todavía en su remate una gema grande, y no se ha podido encontrar una lo bastante hermosa para

que ocupe este sitio vacío. ¡Y ha mandado hacer pesquisas por todas partes en casa de los mercaderes y ha revuelto sus propios tesoros; pero hasta el presente no pudo aún encontrar la piedra digna de rematar esta corona! Por eso anhela que por tu cuenta mandes hacer pesquisas á tal fin para satisfacer su deseo.»

Entonces el califa se encaró con sus visires, emires, chambelanes y lugartenientes, y les dijo: «¡Buscad todos una gema tan grande y tan hermosa como la que desea Sett Zobeida!»

Y he aquí que todos buscaron una gema así en las pedrerías de sus esposas; pero no encontraron nada que se amoldase á lo que anhelaba Sett Zobeida. Y dieron cuenta al califa de la inutilidad de sus investigaciones. Y al califa se le oprimió mucho el pecho al saber tal noticia, y les dijo: «¿Cómo, siendo yo califa y rey de reyes, va á serme imposible poseer cosa tan miserable como una piedra? ¡Maldición sobre vuestras cabezas! ¡Id á investigar en casa de los mercaderes!» É hicieron pesquisas en casa de todos los mercaderes, los cuales contestaron, unánimes: «¡No busquéis más! ¡Nuestro señor el califa sólo podrá encontrar esa gema en casa de un joven de Bassra que se llama Abu-Mohammad-Huesos-Blandos!» Y fueron á dar cuenta al califa de lo que habían hecho y sabido, diciéndole: «¡Nuestro señor el califa sólo podrá encontrar esa gema en casa de un joven de Bassra que se llama Abu-Mohammad-Huesos-Blandos!»

Entonces el califa ordenó á su visir Giafar que mandara avisar al emir de Bassra, á fin de que inmediatamente se pusiera en busca de aquel Abu-Mohammad-Huesos-Blandos para conducirle con toda urgencia á Bagdad, entre sus manos...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGÓ
LA 667.^a NOCHE

Ella dijo:

...en busca de aquel Abu-Mohammad-Huesos-Blandos para conducirle con toda urgencia á Bagdad, entre sus manos. Y al punto escribió Giafar una misiva apropiada, y encargó al portaalfanje Massrur que á toda prisa fuera á Bassra para llevársela por sí mismo al emir El-Zobeidi, gobernador de la ciudad. Y Massrur partió sin tardanza á cumplir su misión.

Cuando el emir El-Zobeidi, gobernador de Bassra, recibió la misiva del califa, hubo de contestar con el oído y la obediencia; y tras de rendir al emisario del califa todos los honores y miramientos debidos, le dió guardias para que le condujeran á casa de Abu-Mohammad-Huesos-Blandos. Y en seguida llegó Massrur al palacio habitado por aquel

joven; y fué recibido en la puerta por una tropa de esclavos ricamente vestidos, á los cuales dijo: «¡Advertid á vuestro amo que el Emir de los Creyentes le reclama en Bagdad!» Y los esclavos entraron á avisar á su amo.

Algunos instantes después, apareció en el umbral de su morada el propio joven Abu-Mohammad y vió al emisario del califa con los guardias del emir de Bassra; y se inclinó hasta el suelo ante él, y dijo: «¡Obediencia á las órdenes del Emir de los Creyentes!» Luego añadió: «¡Pero os suplico ¡oh honorables! que entréis un instante á honrar mi casa!» Massrur contestó: «¡No podemos retardarnos mucho aquí, á causa de la urgencia de las órdenes del Emir de los Creyentes, que está esperando tu llegada en Bagdad!» Dijo él: «No obstante, es preciso que me deis tiempo para hacer mis preparativos de viaje. ¡Entrad, pues, á descansar!» Todavía pusieron algunas dificultades Massrur y sus acompañantes, por pura fórmula; pero acabaron por seguir al joven.

Y desde el vestíbulo vieron magníficas cortinas de terciopelo azul recamado de oro y mármoles preciosos y tallas de madera y toda clase de maravillas, y por doquiera, igual en las tapicerías que en los muebles, igual en las paredes que en los techos, metales preciosos y titilar de pedrerías. Y el huésped hizo que les condujeran á una sala de baño, deslumbradora de limpieza y perfumada cual un corazón de rosal, tan espléndida como no

poseía ninguna el palacio del califa. Y terminado el baño, les vistieron los esclavos á todos con suntuosos trajes de brocado verde, sembrados de motivos de perlas, de oro afiligranado y de pedrerías de todos colores. Y haciendo votos por ellos para después del baño, los esclavos les ofrecieron copas de sorbetes y refrescos en bandejas de porcelana dorada. Tras de lo cual entraron cinco mozalbetes, hermosos como el ángel Harut, que de parte del amo dieron á cada uno una bolsa con cinco mil dinares de oro de regalo, después de hacer los votos consecutivos al baño. Y entonces entraron los primeros esclavos que les habían llevado al hammam; y les rogaron que les siguieran, y les condujeron á la sala de recepción, donde les esperaba Abu-Mohammad sentado en un diván de seda y apoyando los brazos en cojines orlados de perlas. Y se levantó en honor suyo y les hizo sentarse á su lado, y comió y bebió con ellos toda clase de manjares admirables y bebidas como no las había mas que en el palacio de los Kaissares.

Entonces se levantó el joven, y dijo: «¡Soy el esclavo del Emir de los Creyentes! ¡Ya están hechos los preparativos, y podemos partir para Bagdad!» Y salió con ellos, y mientras los otros montaban de nuevo en sus caballos, los esclavos que tenía á sus órdenes le ayudaron á poner el pie en el estribo y á acomodarse en una mula blanca como la plata virgen, cuya silla y cuyos arreos titilaban con todas las luces de los oros y pedrerías que la

adornaban. Y Massrur y el joven Abu-Mohammad se pusieron á la cabeza de la escolta y salieron de Bassra para emprender el camino de Bagdad. Y después de un viaje feliz, llegaron á la Ciudad de Paz, y entraron en el palacio del Emir de los Creyentes.

Cuando se le introdujo á presencia del califa, el joven besó por tres veces la tierra entre sus manos y tomó una actitud llena de modestia y de deferencia. Y el califa le invitó á sentarse. Y el joven se sentó respetuosamente al borde del asiento, y con un lenguaje muy distinguido, dijo: «¡Oh Emir de los Creyentes! tu esclavo sumiso ha sabido, sin que se lo digan, el motivo por que se le llamó ante su soberano. ¡Por eso, en vez de una sola gema, ha creído era su deber de humilde súbdito traer al Emir de los Creyentes lo que le ha concedido la suerte!» Y cuando hubo dicho estas palabras, añadió. «¡Si nuestro amo el califa me lo permite, voy á hacer abrir los cofres que traje conmigo en calidad de regalo de un súbdito leal á su soberano!» Y le dijo el califa: «No veo inconveniente en ello.»

Entonces Abu-Mohammad mandó subir los cofres á la sala de recepción. Y abrió el primer cofre, y entre otras maravillas que arrebatában la razón, sacó de él tres árboles de oro con los troncos de oro, las ramas y las hojas de esmeraldas y aguasmarinas y las frutas de rubíes, perlas y topacios en lugar de naranjas manzanas y granadas.

Luego, mientras el califa se maravillaba de la hermosura de aquellos árboles, abrió el segundo cofre, y entre otros esplendores, sacó de él...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGÓ
LA 668.^a NOCHE

Ella dijo:

...Luego, mientras el califa se maravillaba de la hermosura de aquellos árboles, abrió el segundo cofre, y entre otros esplendores, sacó de él un pabellón de seda y oro, incrustado de perlas, jacin-
tos, esmeraldas, rubíes y zafiros y otras muchas gemas de nombres desconocidos; y el poste cen-
tral de aquel pabellón era de madera de áloe indio; y todas las franjas de aquel pabellón estaban sal-
picadas de gemas de todos colores, y por dentro estaba adornado con dibujos de un arte maravillo-
so que representaban graciosos retozos de anima-
les y vuelos de pájaros; y todos estos animales y
estos pájaros eran de oro, crisólitos, granates, es-
meraldas y otras muchas variedades de gemas y
metales preciosos.

Y cuando el joven Abu-Mohammad sacó de
aquel cofre tan distintos objetos, que iba colocan-

do en la alfombra según los sacaba y de cualquier modo, se puso de pie, y sin mover la cabeza, alzó y bajó las cejas. Y al punto se armó por sí mismo en medio de la sala todo el pabellón, con tanta prontitud, orden y simetría como si lo hubiesen manejado veinte personas expertas; y los tres árboles maravillosos fueron á plantarse por sí mismos á la entrada del pabellón para protegerlo con su sombra.

Entonces Abu-Mohammad miró por segunda vez al pabellón y dejó oír un ligerísimo silbido. Y al punto se pusieron á cantar todos los pájaros de gemas que había dentro, y los animales de oro se pusieron á responderles con dulzura y armonía. Y al cabo de un instante, Abu-Mohammad dejó oír otro silbido, y el coro entero se interrumpió en la nota comenzada.

Cuando el califa y todos los presentes vieron y oyeron cosas tan extraordinarias, no supieron si soñaban ó estaban despiertos. Y Abu-Mohammad besó una vez más la tierra entre las manos de Al-Rachid, y dijo: «¡Oh Emir de los Creyentes! no creas que te traigo con alma interesada estos pequeños obsequios que tienen la suerte de no disgustarte, sino que te los traigo en calidad de homenaje de un súbdito leal á su soberano. Y no son nada en comparación de los que pienso ofrecerte aún, siempre que me lo permitas.»

Cuando el califa se repuso un poco del asombro en que le había sumido la contemplación de aque-

llas cosas como nunca hubo visto, dijo al joven: «¿Puedes decirme ¡oh joven! de dónde te vienen todas esas cosas, siendo un simple súbdito entre mis súbditos? ¡Te conocen por el nombre de Abu-Mohammad-Huesos-Blandos, y sé que tu padre sólo era un ventosista de hammam que murió sin dejarte ninguna herencia! ¿A qué se debe, pues, el hecho de que, en tan poco tiempo y tan joven todavía, hayas llegado á semejante grado de riqueza, de distinción y de poderío?» Y contestó Abu-Mohammad: «¡Te contaré, pues, mi historia, ¡oh Emir de los Creyentes! que es una historia tan maravillosa y está tan llena de hechos extraordinariamente prodigiosos, que si se escribiera con agujas de tatuaje en el ángulo interior del ojo, serviría sin duda de lección rica en provecho para los que quisieran aprovecharse de ella!» Y dijo Al-Rachid, extremadamente intrigado: «¡Date prisa entonces á hacernos oír lo que tienes que decirnos, ya Abu-Mohammad!» Y dijo el joven:

«Sabe, pues, ¡oh Emir de los Creyentes! (¡Alah aumente tu poderío y tu gloria!) que, en efecto, se me conoce de ordinario con el nombre de Abu-Mohammad-Huesos-Blandos, y soy hijo de un antiguo y pobre ventosista de hammam que murió sin dejarnos á mi madre ni á mí nada con qué atender á nuestra subsistencia. Así es que te han dicho verdad quienes te dieron estos detalles; pero no te dijeron por qué ni cómo me vino aquel mote. ¡Pues

helo aquí! Desde mi niñez ¡oh Emir de los Creyentes! era yo el muchacho más holgazán y más perezoso que pudiera encontrarse sobre la faz de la tierra. Y eran tan grandes, en verdad, mi holgazanería y mi pereza, que si estaba tumbado en el suelo á mediodía y el sol caía á plomo sobre mi cráneo descubierto, no tenía yo arrestos para cambiar de postura, y me dejaba cocer como una coloccasia por no mover una pierna ó un brazo. Con lo cual no tardé en tener un cráneo á prueba de toda clase de golpes; y si quieres ¡oh Emir de los Creyentes! mandar ahora á tu portaalfanje Massrur que me parta la cabeza, verás cómo se mella su alfanje y se hace trizas contra los huesos de mi cráneo.

Cuando murió mi difunto padre (¡Alah le tenga en su misericordia!), era yo un mozo de quince años; pero no parecía tuviese más de dos años de edad, pues continuaba sin querer trabajar ni moverme de un sitio; y mi pobre madre se veía obligada á servir á la gente del barrio para alimentarme, mientras yo me pasaba los días tumbado de lado, y no tenía fuerza ni para levantar la mano con objeto de espantarme las moscas que habian establecido su domicilio en todos los agujeros de mi cara...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



**PERO CUANDO LLEGÓ
LA 669.^a NOCHE**

Ella dijo:

...las moscas que habían establecido su domicilio en todos los agujeros de mi cara.

Un día, por una casualidad muy rara entre las casualidades, mi madre, que había estado bregando todo un mes al servicio de quienes le daban trabajo, vino á mí llevando en la mano cinco monedas de plata, fruto de toda su labor. Y me dijo: «¡Oh hijo mío! ¡acabo de saber que nuestro vecino el jeique Muzaffar va á partir para la China! Ya sabes, hijo mío, que ese venerable jeique es un hombre excelente, un hombre de bien, que no desprecia ni rechaza á los pobres como nosotros. Toma, pues, los cinco dracmas de plata y levántate para acompañarme á casa del jeique; y le entregarás estos cinco dracmas y le rogarás que en China te compre mercaderías para revenderlas tú aquí luego y de las cuales (¡Alah lo quiera así, compadeciéndose de nosotros!) sacarás sin duda alguna un beneficio considerable. ¡He aquí, pues, ¡oh hijo mío! una buena ocasión de enriquecernos! ¡Y quien rehusa el pan de Alah es un descreído!»

Al oír este discurso de mi madre, se me aumentó más aún la holgazanería, y me hice completa-

mente el muerto. ¡Y mi madre me suplicó y me conjuró de todas maneras, por el nombre de Alah y por la tumba de mi padre, y por todo! ¡Pero en vano! Porque yo hice como que roncaba. Entonces me dijo mi madre: «¡Por las virtudes de tu padre, te juro ¡oh Abu-Mohammad-Huesos-Blandos! que, si no quieres escucharme y acompañarme á ver al jeique, no volveré á darte de comer ni de beber, y te dejaré morir de inanición!» Y dijo estas palabras con tan resuelto acento, ¡oh Emir de los Creyentes! que comprendía que aquella vez pondría en práctica sus palabras; y dejé oír un sonido sordo que significaba: «¡Ayúdame á sentarme!» Y me cogió del brazo y me ayudó á incorporarme y á sentarme. Entonces, aniquilado de fatiga, me eché á llorar, y entre mis gemidos, suspiraba: «¡Dame mis zapatos.» ¡Y me los trajo, y le dije: «¡Pónmelos!» Y me los puso. Y le dije: «¡Ayúdame á ponerme en pie!» Y me levantó y me hizo ponerme en pie. Y llorando hasta rendir el alma, le dije: «¡Sostenme para que ande!» Y se puso detrás de mí y me sostuvo, empujándome suavemente para hacerme avanzar. Y eché á andar despacio, parándome á cada paso para tomar aliento, é inclinando la cabeza sobre los hombros como para rendir el alma. Y acabé por llegar de esta manera á la orilla del mar, donde vi al jeique Muzaffar rodeado de sus allegados y amigos, disponiéndose á embarcar para ponerse en marcha. Y mi llegada fué acogida con asombro por todos los

presentes, que exclamaban al mirarme: «¡Qué prodigio! ¡Es la primera vez que vemos andar á Abu-Mohammad-Huesos-Blandos! ¡Y es la primera vez que sale de su casa!»

Cuando estuve al lado del jeique, le dije: «¡Oh tío mío! ¿eres el jeique Muzaffar?» Él me dijo: «Para servirte, ¡oh Abu-Mohammad, oh hijo de mi amigo el difunto ventosista, á quien Alah tenga en Su gracia y en Su piedad!» Yo le dije, dándole las cinco monedas de plata: «¡Toma estos cinco dracmas ¡oh jeique! y cómprame con ellos mercaderías de la China! ¡Y quizá así, por mediación tuya, tengamos ocasión de enriquecernos!» Y el jeique Muzaffar no se negó á tomar los cinco dracmas, y se los guardó en el cinturón, diciendo: «¡En el nombre de Alah!» Y me dijo: «¡Con la bendición de Alah!»

Y se despidió de mí y de mi madre; y acompañado de varios mercaderes que se habían juntado con él para el viaje, se embarcó con rumbo á la China.

Alah escribió la seguridad al jeique Muzaffar, que llegó sin contratiempo al país de la China. Y compró, como todos los mercaderes que iban con él, lo que tenía que comprar, y vendió lo que tenía que vender, y traficó é hizo lo que tenía que hacer. Tras de lo cual, volvió á embarcarse, para regresar al país con sus compañeros, en el mismo navio que habían fletado en Bassra. Y se dieron á la vela y abandonaron la China.

Al cabo de diez días de navegación, una mañana se levantó de pronto el jeique Muzaffar, se golpeó con desesperación las manos, y exclamó: «¡Arriad las velas!» Y los mercaderes le preguntaron, muy sorprendidos: «¿Qué ocurre, ¡oh jeique Muzaffar!» Él dijo. «¡Ocurre que hay que volver á la China!» Y en el límite de la estupefacción, le preguntaron: «¿Por qué, ¡oh jeique Muzaffar!» Él dijo: «¡Habéis de saber que me olvidé de comprar el pedido de mercaderías para el cual me dió los cinco dracmas de plata Abu-Mohammad-Huesos-Blandos!» Y le dijeron los mercaderes: «¡Por Alah sobre ti, ¡oh jeique nuestro! no nos obligues por tan poca cosa á volver á China después de todas las fatigas pasadas y los peligros corridos y la ya larga ausencia de nuestro país!» El jeique dijo: «¡Es absolutamente preciso que volvamos á China! ¡Porque he empeñado mi palabra en la promesa que hice á Abu-Mohammad y á su pobre madre, la mujer de mi amigo el difunto ventosista!» Los demás le dijeron: «No te detenga eso, ¡oh jeique! ¡Porque estamos dispuestos á pagarte cinco dinares de oro cada uno como intereses de las cinco monedas de plata que has de devolver á Abu-Mohammad-Huesos-Blandos! ¡Y á nuestra llegada le darás todo ese oro!» El jeique dijo: «¡Acepto en nombre suyo vuestra oferta!» Entonces cada mercader pagó al jeique Muzaffar cinco dinares de oro destinados á mí, y prosiguieron su viaje.

Durante la travesía hizo escala el navío, para

aprovisionarse, en una isla entre las islas. Y los mercaderes y el jeique Muzaffar desembarcaron para pasear por tierra. Y después de pasear y respirar el aire de aquella isla, se disponía el jeique á embarcarse otra vez, cuando á la orilla del mar vió á un mercader de monos que tenía en venta unos veinte animales de esta especie. Y he aquí que, entre todos aquellos monos, había uno de aspecto muy miserable, pelado, tembloroso y con lágrimas en los ojos. Y cada vez que su amo volvía la cabeza para hablar con el jeique y sus acompañantes, no dejaban los demás monos de saltar sobre su miserable compañero, y morderle y arañarle y mearle en la cabeza.

Y al jeique Muzaffar, que tenía un corazón compasivo, le conmovió el estado de aquel pobre mono, y preguntó al mercader: «¿Cuánto vale ese mono?» El mercader dijo: «Ese no es muy caro, ¡oh mi señor! ¡Para desembarazarme de él, te lo dejo en cinco dracmas solamente!» Y el jeique se dijo: «¡Precisamente es la cantidad que me dió el huérfano! ¡Y voy á comprarle este animal, á fin de que le sirva para enseñarlo por los zocos y ganar así su pan y el de su madre!» Y pagó al mercader los cinco dracmas, é hizo que se llevara el mono al navío un marinero. Tras de lo cual se embarcó con sus compañeros los mercaderes para ponerse en marcha.

Antes de hacerse á la vela, vieron á unos pescadores que se sumergían hasta el fondo del mar,

y salían llevando siempre en las manos conchas llenas de perlas. Y también lo vió el mono...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



**PERO CUANDO LLEGÓ
LA 670.^a NOCHE**

Ella dijo:

...Y también lo vió el mono. Y al punto dió un brinco y saltó al mar. Y se zambulló hasta el fondo del agua para salir al cabo de cierto tiempo, llevando en las manos y en la boca conchas llenas de perlas de tamaño y hermosura maravillosos. Y trepó al navío y entregó al jeique su pesca. Luego le hizo con la mano varias señas que significaban: «¡Cuélgame algo al cuello!» Y el jeique le colgó al cuello un saco, y el mono saltó de nuevo al mar, y salió con el saco atestado de conchas llenas de perlas más gruesas y más hermosas que las anteriores. Luego volvió á saltar al mar varias veces seguidas, y cada vez iba á entregar al jeique el saco lleno de su pesca maravillosa.

¡Esto fué todo! Y el jeique y todos los mercaderes estaban en el límite de la estupefacción. Y se decía: «¡No hay poder ni fuerza mas que en Alah el Omnipotente! Porque este mono posee secretos

que no conocemos nosotros! ¡Pero todo se debe á la suerte de Abu-Mohammad-Huesos-Blandos, el hijo del ventosista!» Tras de lo cual se hicieron á la vela y abandonaron la isla de las perlas. Y después de una navegación excelente, arribaron á Bassra.

En cuanto echó pie á tierra, el jeique Muzaffar fué á llamar á nuestra puerta. Y preguntó desde dentro mi madre: «¿Quién es?» Y contestó él: «¡Soy yo! Abre, ¡oh madre de Abu-Mohammad! ¡Vuelvo de la China!» Y me gritó mi madre: «¡Levántate, Huesos-Blandos! ¡Ahí tienes al jeique Muzaffar, que vuelve de la China! ¡Ve á abrirle la puerta, y á saludarle y á desearle la bienvenida! ¡Y le preguntarás qué te ha traído, confiando en que, por mediación suya, te haya enviado Alah con qué atender á nuestras necesidades!» Y le dije: «¡Ayúdame á levantarme y á andar!» Y ella lo hizo así. Y enredándome los pies en la orla de mi ropón, me arrastré hasta la puerta, abriéndola.

Y entró en el vestíbulo el jeique Muzaffar seguido de sus esclavos, y me dijo: «¡La zalema y la bendición con aquel cuyos cinco dracmas han dado buena suerte á nuestro viaje! ¡He aquí ¡oh hijo mío! lo que ese dinero te ha proporcionado!» É hizo poner en fila en el vestíbulo los sacos de perlas, me entregó el oro que le dieron los mercaderes, y me puso en la mano la cuerda con que estaba atado el mono. Luego me dijo: «¡Ahí tienes todo lo que te han proporcionado los cinco dracmas! ¡En cuanto

á este mono, ¡oh hijo mío! no le maltrates, porque es un mono de bendición! Y se despidió de nosotros y se marchó con sus esclavos.

Entonces ¡oh Emir de los Creyentes! me encaré con mi madre, y le dije: «¡Ya ves ¡oh madre mía, quién de nosotros tenía más razón! Tú me has torturado la vida diciéndome todos los días: «¡Levántate, Huesos-Bandos y trabaja!» Y yo te decía: «¡Quien me ha creado, me hará vivir!» Y me contestó mi madre: «¡Tienes razón, hijo mío! ¡Cada cual lleva colgado al cuello su destino, y haga lo que haga, no escapará á él!» Luego me ayudó á contar las perlas y clasificarlas según su tamaño y su hermosura. Y abandoné la holgazanería y la pereza, y empecé á ir todos los días al zoco para vender las perlas á los mercaderes. Y logré un beneficio inmenso, que me permitió comprar tierras, casas, tiendas, jardines, palacios y esclavos y esclavas y mozos jóvenes.

Y he aquí que el mono me seguía á todas partes, y comía de lo que yo comía y bebía de lo que yo bebía, y jamás me perdía de vista. Pero un día, estando yo sentado en el palacio que hice edificar para mí, el mono me hizo señas de que quería un tintero, un papel y un cálamo. Y le llevé las tres cosas. Y cogió el papel, poniéndoselo en la mano izquierda, como hacen los escribas, y cogió el cálamo, mojándolo en el tintero, y escribió: «¡Oh Abu-Mohammad, ve á buscarme un gallo blanco! ¡Y ven á reunirme conmigo en el jardín!» Y cuando leí aque-

llas líneas, fui á buscar un gallo blanco, y corrí al jardín para dárselo al mono, á quien encontré con una serpiente entre sus manos. Y cogió el gallo y le azuzó hacia la serpiente. Y al punto empezaron á pelearse ambos animales; y el gallo acabó por vencer y matar á la serpiente. Luego, al revés de lo que hacen los gallos, la devoró por completo.

Entonces el mono cogió al gallo, le arrancó todas las plumas y las plantó una tras otra en el jardín. Después mató al gallo y con su sangre regó todas las plumas. Y cogió la molleja del gallo, la limpió y la puso en medio del jardín. Tras de lo cual...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGÓ LA 671.^a NOCHE

La pequeña Doniazada dijo á su hermana: «¡Oh hermana mía! ¡por favor, date prisa á decirnos qué hizo el mono de Abu-Mohammad después de plantar en el jardín las plumas del gallo y regarlas con la sangre del gallo!» Y dijo Schahrazada: «¡De todo corazón amistoso!» Y continuó así:

...Y cogió la molleja del gallo, la limpió y la puso en medio del jardín. Tras de lo cual fué

ante cada pluma, hizo crujir sus mandíbulas, lanzando algunos gritos que no pude comprender, y volvió junto á mí para dar un salto prodigioso que le alzó del suelo y le hizo desaparecer á mi vista por los aires. Y al mismo tiempo, en el jardín todas las plumas del gallo se convirtieron en árboles de oro con ramas y hojas de esmeraldas y aguasmarinas que á manera de frutas ostentaban rubíes, perlas y toda clase de pedrerías. Y la molleja del gallo se convirtió en este pabellón maravilloso que me he permitido ofrecerte con tres árboles de mi jardín, ¡oh Emir de los Creyentes!

Eatonces, rico ya con aquellos bienes inestimables, de los que cada piedra valía un tesoro, pedí en matrimonio á la hija del cherif de Bassra, descendiente de nuestro Profeta. Y cuando hubo visitado mi palacio y mi jardín, el cherif me concedió su hija. ¡Y ahora vivo con ella entre delicias y felicidades! ¡Y todo fué debido á que durante mi juventud tuve confianza en la generosidad sin límites del Retribuidor, que jamás abandona en la necesidad á sus creyentes!»

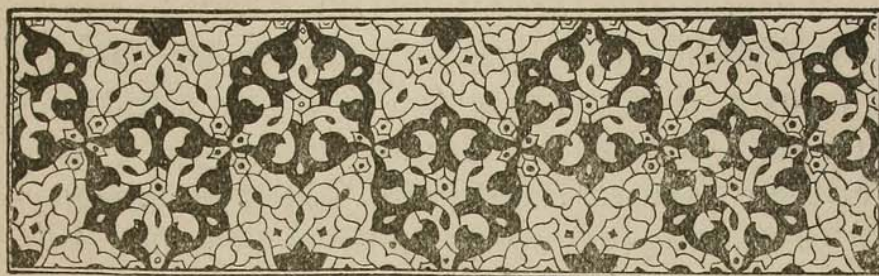
Cuando el califa Harún Al-Rachid hubo oído esta historia, maravillóse hasta el límite de la maravilla, y exclamó: «¡Los favores de Alah son ilimitados!» Y retuvo al lado suyo á Abu-Mohammad para que dictara á los escribas de palacio esta historia. Y no le dejó partir de Bagdad hasta verle colmado de honores y de regalos de una magnifi-

cencia igual á la de que su huésped había hecho alarde para con él. ¡Pero Alah es más generoso y más poderoso!

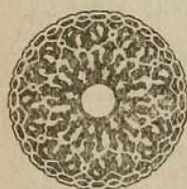
Cuando el rey Schahriar oyó esta historia, dijo á Schahrazada: «¡Oh Schahrazada! ¡me satisface esa historia por su moraleja!» Y Schahrazada dijo: «¡Está bien, ¡oh rey! pero nada es comparada con la que quiero contarte esta noche!» Y dijo...







HISTORIA DEL JOVEN NUR Y DE LA FRANCA HEROICA



Y dijo Schahrazada:

He llegado á saber ¡oh rey afortunado! que en la antigüedad del tiempo y el pasado de la edad y del momento, había en el país de Egipto un hombre entre los notables, llamado Corona, que se pasó la vida viajando por tierra y por mar, por islas y desiertos, y por comarcas conocidas y desconocidas, sin temer ni peligros, ni fatigas, ni tormentos, y afrontando riesgos tan horribles, que, con oírlos solamente, hasta á los niños se les pondrían blancos del todo los cabellos. Pero, rico ya, dichoso y respetado, el mercader Corona había renunciado á los viajes para

vivir dentro de su palacio en la serenidad, sentado á su gusto en el diván y con la frente ceñida por su turbante de muselina blanca inmaculada. Y nada le faltaba para la satisfacción de sus deseos. Porque los palacios de reyes y sultanes no podían competir en magnificencia con los aposentos de él, con sus armarios y sus cofres, llenos de suntuosidades, de trajes de Mordin, de telas de Baalbeck, de sedas de Homs, de armas de Damasco, de brocados de Bagdad, de gasas de Mossul, de mantos del Magreb y bordados de la India. Y poseía gran número de esclavos negros y esclavos blancos, mamelucos turcos, concubinas, eunucos, caballos de raza y mulas, camellos de la Bactriana y dromedarios de carrera, mozuelos de Grecia y de Siria, jovenzuelas de Circasia, eunucos pequeños de Abisinia, y mujeres de todos los países. Y por tanto, era sin duda alguna el mercader más satisfecho y más honrado de su tiempo.

Pero el bien máspreciado y la cosa más espléndida que poseía el mercader Corona lo constituía su propio hijo, joven de catorce años, que era indiscutiblemente, y con mucho, más hermoso que la luna en su décimocuarto día. Pues nada, ni la lozanía de la primavera, ni los ramajes flexibles del árbol ban, ni la rosa en su cáliz, ni el alabastro transparente, igualaba á la delicadeza de su adolescencia feliz, á la soltura de sus andares, á los tiernos colores de su rostro y á la blancura pura de su cuerpo encantador. Y por cierto que,

inspirado en sus perfecciones, le ha cantado así el poeta:

Mi joven amigo, que tan hermoso es, me ha dicho: «¡Oh poeta! ¡te falta elocuencia!» Yo le digo: «¡Oh mi señor! ¡la elocuencia nada tiene que hacer en nuestro caso! ¡Tú eres el rey de la belleza, y en ti es todo igualmente perfecto!

Pero—si se me permite tener una preferencia— ¡oh, qué hermosa es en tu mejilla esa mancha negra, gota de ámbar sobre una mesa de mármol blanco! ¡Y he aquí los alfanjes de tus pupilas, que declaran la guerra á los indiferentes!»

Y ha dicho otro poeta:

En el rumor de un combate, pregunté á los que se mataban: «¿Por qué vertéis esa sangre?» Me dijeron: «¡Por los hermosos ojos del adolescente!»

Y ha dicho un tercero:

Por sí mismo viene él á visitarme, y al verme todo conmovido y turbado, me dice: «¿Qué te pasa? ¿Qué te pasa?» Yo le digo: «¡Aleja las flechas de tus ojos adolescentes!»

Y ha dicho otro:

Lunas y gacelas vienen á competir con él en en-

*cantos y en belleza; pero yo les digo: «¡Oh gacelas!
¡huid pronto y no os comparéis con ese cervatillo!
¡Y vosotras, ¡oh lunas! absteneos! ¡Son inútiles todos
vuestros esfuerzos!»*

Y ha dicho otro:

*¡Esbelto jovenzuelo! ¡Lo negro de su cabellera y
la blancura de su frente sumen respectivamente al
mundo en la noche y en el día!*

*¡Oh! ¡No despreciéis el grano de belleza de su
mejilla! ¡No es hermosa en su rojo esplendor la tier-
na anémona mas que á causa de la gota negra que
adorna su corola!*

Y ha dicho otro:

*¡Al contacto de su rostro, se purifica el agua de
la belleza! ¡Y sus párpados suministran á los arque-
ros flechas para traspasar el corazón de sus enamo-
rados! Pero loadas sean tres perfecciones: ¡su belle-
za, su gracia y mi amor!*

*¡Sus ropas ligeras dibujan los contornos de sus
graciosas nalgas, cual las nubes transparentes dejan
divisar la dulce imagen de la luna! Loadas sean estas
tres perfecciones: ¡sus ropas ligeras, sus graciosas
nalgas y mi amor!*

*¡Negras son las pupilas de sus ojos, negra la man-
cha que adorna su mejilla, y también negras mis lá-
grimas! ¡Loadas sean por su perfecta negrura!*

¡Su frente, las facciones tan finas de su rostro y mi cuerpo consumido por su amor se asemejan al final del cuarto creciente de la luna: ellas, por su brillo, y mi cuerpo consumido, por la forma! ¡Loadas sean sus perfecciones!

¡Aunque están empapadas con mi sangre, no han envejecido sus pupilas y siguen siendo suaves como el terciopelo! ¡Loadas sean por tres veces sus pupilas!

¡El día de nuestra unión aplacó él mi sed con la pureza de sus labios y de su sonrisa! ¡Ah! ¡yo le doy, en cambio, para que use de ello á discreción, mis bienes, mi sangre y mi vida! ¡Y loados sean por siempre sus labios puros y su sonrisa!

Finalmente, ha dicho un poeta, entre otros mil que le han cantado:

¡Por los arcos abovedados que resguardan sus ojos, y por sus ojos que disparan los dardos encantores de sus visuales;

Por sus formas delicadas; por la cortante cimitarra de sus miradas; por la suprema elegancia de su porte; por el color de su negra cabellera;

Por sus ojos lánguidos que arrebatan el sueño y dictan la ley en el imperio del amor;

Por los bucles de sus cabellos, comparables á escorpiones, que clavan en los corazones dardos de desesperación;

Por las rosas y los lirios que florecen en sus me-

jillas; por los rubíes de sus labios, en que brilla la sonrisa; por sus dientes de perlas deslumbrantes;

Por el suave olor de sus cabellos; por los ríos de vino y de miel que fluyen de su boca cuando habla;

Por la rama de su talle flexible; por su andar ligero; por su grupa fastuosa, que tiembla cuando anda él ó cuando está en reposo;

Por la seda de su piel de albaricoque; por las gracias y la elegancia que acompañan á sus pasos;

Por la afabilidad de sus maneras, el sabor de sus palabras, la nobleza de su nacimiento y la cuantía de su fortuna;

Por todos estos raros dones, juro que el sol de mediodía es menos resplandeciente que su rostro; que la luna nueva no es mas que una recortadura de sus uñas; que el olor del almizcle es menos dulce que su aliento, y que la brisa embalsamada roba el perfume á su cabellera!

Y he aquí que un día en que el admirable joven, hijo de Corona el mercader, estaba sentado en la tienda de su padre, algunos jóvenes amigos suyos fueron á charlar con él, y le propusieron...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ
LA 672.^a NOCHE

Ella dijo:

...Y he aquí que un día en que el admirable joven, hijo de Corona el mercader, estaba sentado en la tienda de su padre, algunos jóvenes amigos suyos fueron á charlar con él, y le propusieron ir á pasearse á un jardín de la propiedad de uno de ellos, y le dijeron: «¡Oh Nur, ya verás qué hermoso es ese jardín!» Y les contestó Nur: «Está bien. Pero antes tengo que pedir permiso á mi padre.» Y fué á pedir á su padre el tal permiso. Y el mercader Corona no puso dificultades, y además de conceder á Nur la autorización, le dió una bolsa llena de oro, para que no fuese á expensas de sus camaradas.

Entonces Nur y los jóvenes montaron en mulas y asnos, y llegaron á un jardín que encerraba cuanto puede halagar los ojos y endulzar la boca. Y entraron por una puerta abovedada, hermosa cual la puerta del Paraíso, formada por listas alternadas de mármoles de color y sombreada por parras trepadoras cargadas de uvas rojas y negras, blancas y doradas, como ha dicho el poeta:

*¡Oh racimos de uvas llenas de vinos, deliciosas
cual sorbetes y vestidas de negro como cuervos!*

*¡Brillando entre las sombrías hojas, parecéis
tiernos dedos femeninos frescamente teñidos de
alheña;*

*Y de todas maneras nos embriagáis: ¡Si colgáis
de las cepas con gracia, nos arrebatáis el alma con
vuestra hermosura; si descansáis en el fondo del la-
gar, os transformáis en una miel embriagadora!*

Y cuando entraron, vieron encima de aquella
puerta abovedada estos versos grabados en hermo-
sos caracteres azules:

*¡Ven, amigo! ¡si quieres disfrutar de la hermosu-
ra de un jardín, ven á mirarme!*

*¡Tu corazón olvidará sus penas al fresco contac-
to de la brisa que constantemente corre por mis ave-
nidas, á la vista de las flores que me visten con sus
lindos ropajes y sonríen en sus mangas de pétalos!*

*¡El cielo generoso riega con abundancia mis ár-
boles de ramas inclinadas bajo el peso de sus frutos!
¡Y cuando los ramajes se balanceen, bailando entre
los dedos del céfiro, verás á las Pléyades arrojarles,
entusiasmadas, el oro liquido y las perlas de las
nubes á manos llenas!*

*¡Y si, fatigado de jugar con los ramajes, el céfiro
los abandona para acariciar la onda de los arroyos
que corren á su encuentro, le verás dejarlos en se-
guida para ir á besar en la boca á mis flores!*

Cuando hubieron franqueado aquella puerta, vieron al guarda del jardín sentado bajo el enrejado de parras trepadoras y hermoso cual el ángel Rizwán, que guarda los tesoros del Paraíso. Y se levantó en honor suyo, y fué á ellos, y tras de las zalemas y los deseos de bienvenida, les ayudó á descender de sus monturas, y quiso servirles por sí mismo de guía para mostrarles con todos sus detalles las bellezas del jardín. Y pudieron así admirar las claras aguas que serpenteaban entre las flores y las abandonaban con pena, las plantas cargadas de perfumes, los árboles abrumados de tanta fruta, los pájaros cantores, los boscajes de flores, los arbustos de especias, todo cuanto convertía á aquel jardín en una parte suelta de los jardines edénicos. Pero lo que les encantaba por encima de toda ponderación era el espectáculo, á ningún otro parecido, de los árboles frutales milagrosos, cantados respectivamente por todos los poetas, como atestiguan entre mil estos diversos poemas:

LAS GRANADAS

¡Deliciosas, de corteza pulida, granadas entreabiertas, caras de rubies encerradas en membranas de plata, sois gotas cuajadas de una sangre virginal!

¡Oh granadas de piel fina, senos de adolescentes

erguidas que adelantaran el pecho en presencia de los machos!

¡Cúpulas! ¡cuando os miro, aprendo arquitectura, y si os como, sano de todas las enfermedades!

LAS MANZANAS

¡Bellas de rostro exquisito, ¡oh manzanas dulces y almizcladas! sonreís al mostrar en vuestros colores rojos y amarillos, respectivamente, la tez de un amante dichoso y la de un amante desdichado; y en vuestro doble rostro unís el rubor á un amor sin esperanza!

LOS ALBARICOQUES

Albaricoques de almendras sabrosas, ¿quién podrá poner en duda vuestra excelencia? ¡Cuando estáis sin granar aún, sois flores semejantes á estrellas; y cuando sois frutas maduras entre el follaje, redondas y completamente de oro, se os tomaría por minúsculos soles!

LOS HIGOS

¡Oh blancos, oh negros, oh higos bien venidos á mis bandejas! ¡me gustáis tanto como las blancas

vírgenes de Grecia, tanto como las ardientes hijas de Etiopía!

¡Oh amigos míos predilectos, estáis tan seguros de los deseos tumultuosos que me asaltan á vuestra vista, que tomáis una actitud descuidada, ¡oh perezosos!

¡Tiernos amigos, arrugados ya por las desilusiones en las ramas altas que os balancean á merced de todos los vientos, sois dulces y olorosos como la flor seca de la manzanilla!

¡Y entre todos vuestros hermanos, sólo vosotros ¡oh jugosos! sabéis dejar brillar, en el momento del deseo, la gota de jugo hecha con miel y sol!

LAS PERAS

¡Oh jóvenes, todavía vírgenes y un tanto ácidas al paladar! ¡oh sinatticas, oh jónicas, oh alepinas!

¡Vosotras que, balanceándoos sobre vuestras espléndidas caderas y colgadas de un tallo tan fino, esperáis á los amantes que os comerán sin duda,

¡Oh peras! amarillas ó verdes, gordas ó alargadas, de dos en dos en las ramas ó solitarias,

Siempre sois deseables y exquisitas para nuestro paladar, ¡oh aguanosas, oh buenas, que nos reserváis nuevas sorpresas cada vez que tocamos vuestra carne!

LOS ALBÉRCHIGOS

¡Resguardamos con el bozo nuestras mejillas para que no nos azote el aire fuerte ó cálido! ¡Por todas nuestras caras somos de terciopelo, y estamos rojos y redondos por haber rodado durante mucho tiempo entre sangre de vírgenes!

¡Por eso son exquisitos nuestros matices y es nuestra piel tan delicada! ¡Prueba, pues, nuestra carne y muerde en ella, clavando bien tus dientes; pero no toques al hueso que tenemos por corazón: ¡te envenenaría!

LAS ALMENDRAS

Me dijeron: «¡Vírgenes tímidas, nos envolvemos en nuestros triples mantos verdes, como las perlas en sus conchas!

¡Y aunque somos muy dulces por dentro, y tan exquisitas para quien sabe vencer nuestra resistencia, queremos ser amargas y duras en apariencia mientras somos jóvenes!

¡Pero cuando avanzamos en edad, no somos ya tan rigurosas! ¡Estallamos entonces, y nuestro corazón, intacto y blanco, se ofrece con su frescura al caminante!»

Y exclamé: «¡Oh almendras cándidas, oh peque-

ñuelas que cabéis todas juntas en la palma de mi mano, oh gentiles!

¡Vuestra verde pelusa es la mejilla todavía imberbe de mi amigo; sus grandes ojos alargados están en las dos mitades de vuestro cuerpo, y sus uñas toman su linda forma á vuestra pulpa!

¡Hasta la infidelidad en vosotras se torna cualidad, porque vuestro corazón, tan á menudo doble y compartido, permanece blanco á pesar de todo, al igual de la perla engastada en un trozo de jade!>

LAS AZUFAIFAS

¡Mira las azufaifas, colgadas de las ramas en racimos con cadenas de flores, como campanillas de oro que besaran los tobillos de las mujeres!

¡Son los frutos del árbol Sidrah que se yergue á la diestra del trono de Alah! ¡Bajo su sombra reposan las huries! ¡Su madera sirvió para construir las tablas de Moisés; y al pie suyo brotan los cuatro maravillosos manantiales del Paraíso!

LAS NARANJAS

¡Cuando el céfiro sopla sobre la colina, las naranjas se mecen en sus ramas y rien con gracia entre el zumbido de sus flores y sus hojas!

¡Parecéis mujeres que un día de fiesta adornaran

sus cuerpos jóvenes con hermosos trajes de brocado de oro rojo, ¡oh naranjas!

¡Sois flores por el olor y frutas por el sabor! ¡Y aunque sois globos de fuego, encerráis la frescura de la nieve! ¡Nieve maravillosa que no se derrite en medio del fuego! ¡Maravilloso fuego sin llama y sin calor!

Y si contemplo vuestra piel luciente, ¿me es posible no pensar en mi amiga, la joven de lindas mejillas, cuyo trasero de oro está también granulado?

LAS CIDRAS

¡Las ramas de los cidros se abaten hacia tierra, cargadas con sus riquezas!

¡Y entre las hojas, los pebeteros de oro de las cidras exhalan perfumes que levantan el corazón, y emanaciones que devuelven el alma á los agonizantes!

LOS LIMONES

¡Mira estos limones que empiezan á madurar! ¡Es nieve que se tiñe con colores de azafrán; es plata que se convierte en oro; es la luna que se torna en sol!

¡Oh limones, bolas de crisólitos, senos de vírgenes, alcanfor puro, ¡oh limones! ¡oh limones!...

LOS PLÁTANOS

*¡Plátanos de formas atrevidas, carne mantecosa
como un pastel;*

*Plátanos de piel lisa y dulce, que dilatáis los
ojos de las jóvenes;*

*¡Plátanos! Cuando os deslizáis por nuestros gaz-
nates, no herís nuestros órganos, satisfechos de sen-
tidos!*

*¡Ora colguéis del tallo poroso de vuestra madre,
pesados cual lingotes de oro,*

*Ora maduréis lentamente en nuestros techos,
¡oh pomos llenos de olor!*

*¡Siempre sabéis complacer nuestros sentidos! ¡Y
entre todas las frutas, sólo vosotros estáis dotados
de un corazón compasivo, ¡oh consoladores de viu-
das y de divorciadas!*

LOS DÁTILES

*¡Somos los hijos sanos de las palmeras, los be-
duinos de carne morena! ¡Crecemos escuchando á
la brisa tocar sus flautas entre nuestras cabelleras!*

*¡Desde la infancia, nuestro padre el sol nos ha
alimentado con su luz; y durante mucho tiempo nos
hemos amamantado en los púdicos pechos de nuestra
madre!*

¡Somos los preferidos del pueblo libre que levan-

ta sus tiendas espaciosas y no conoce los vestibulos de los ciudadanos;

El pueblo de veloces yeguas, de camellas flacas, de vírgenes arrebatadoras, de generosa hospitalidad y de sólidas cimitarras!

¡Y quien ha disfrutado del reposo á la sombra de nuestras palmas, anhela oirnos murmurar sobre su tumba!

Y tales son, entre millares, algunos de los poemas dedicados á las frutas. Pero se necesitaría toda una vida para decir los versos dedicados á flores como las que encerraba aquel maravilloso jardín: jazmines, jacintos, lirios acuáticos, mirtos, claveles, narcisos y rosas en todas sus variedades.

Pero ya el guarda del jardín había conducido á los jóvenes, por entre las avenidas, á un pabellón hundido en medio del verdor. Y les invitó á entrar allí para descansar, y les hizo sentarse en almohadones de brocado alrededor de un estanque de agua, rogando al joven Nur que se colocara en medio de ellos. Y para que se refrescara el rostro, le ofreció un abanico de plumas de avestruz, en el cual había inscrito este verso...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ
LA 673.^a NOCHE

Ella dijo:

...Y para que se refrescara el rostro, le ofreció un abanico de plumas de avestruz, en el cual había inscrito este verso:

¡Soy blanca ala infatigable, y mis ráfagas perfumadas, que acarician el rostro del que amo, dan una idea de la brisa del Paraíso!

Luego, tras de quitarse sus mantos y turbantes, los jóvenes se pusieron á hablar y á divertirse, y no podían apartar sus miradas de su hermoso camarada Nur. Y el guarda les sirvió por sí mismo la comida, que era muy espléndida, y estaba compuesta de pollos, patos, codornices, pichones, perdices y corderos rellenos, sin contar las cestas llenas de frutas cogidas en la rama. Y después de la comida, los jóvenes se lavaron las manos con jabón mezclado con almizcle, y se secaron con toallas de seda bordadas de oro.

Entonces entró el guarda con un hermoso ramo de rosas, y dijo: «Antes de tocar á las bebidas, ¡oh amigos míos! conviene que preparéis vuestra

alma para el placer con los colores y el perfume de las rosas.» Y exclamaron ellos: «Verdad dices, ¡oh guarda!» Dijo él: «Está bien. ¡Pero no os daré estas rosas mas que á cambio de un poema hermoso acerca de esta flor admirable!»

Entonces el joven á quien pertenecía el jardín cogió la cesta de rosas de manos del guarda, hundió en ella la cabeza, aspiró el ramo lentamente, luego hizo una seña con la mano para imponer silencio, é improvisó:

¡Virgen odorífera, pero tan tímida en tu juventud, que ocultabas el rojo de tu bello rostro en la seda verde de tus mangas!

¡Oh rosa soberana! ¡entre todas las flores, eres la sultana en medio de sus esclavas, y el hermoso emir en el círculo de sus guerreros!

¡En tu corola llena de bálsamo encierras la esencia de todos los pomos!

¡Oh rosa amorosa! ¡tus pétalos entreabiertos al soplo del céfiro son labios de una belleza joven que se dispusiera á dar un beso á su amigo!

¡Eres en tu frescura ¡oh rosa! más dulce que la mejilla sombreada del mozalbete, y más deseable que la boca viva de una joven intacta!

¡La sangre delicada que colorea tu carne dichosa te hace comparable á la aurora veteada de oro, á la copa llena de un vino purpúreo, á una floración de rubíes en rama de esmeralda!

¡Oh rosa voluptuosa, pero tan cruel con los aman-

tes groseros, que, cuando te golpean sin cuidado, les castigas con las flechas de tu carcaj de oro!

¡Oh maravillosa, oh regocijada, oh deleitosa! ¡también sabes retener á los refinados que te aprecian! ¡Para ellos te revistes con las gracias de trajes de distintos colores, y sigues siendo la bienamada á quien no se abandona nunca!

Al oír esta admirable loa de la rosa, los jóvenes no pudieron contener su entusiasmo, y lanzaron mil exclamaciones y repitieron á coro, moviendo la cabeza: «¡Y sigues siendo la bienamada á quien no se abandona nunca!» Y el que acababa de improvisar el poema vació al punto el cesto y cubrió de rosas á sus huéspedes. Luego llenó de vino la anchurosa copa y la hizo circular en torno. Y cuando le llegó la vez, el joven Nur cogió la copa con cierto temor; porque jamás hasta entonces había bebido vino, y su paladar ignoraba el sabor de las bebidas fermentadas, como su cuerpo ignoraba el contacto de las mujeres. Estaba virgen, en efecto, y sus padres, en vista de su tierna edad, aún no le habían regalado una concubina, como es costumbre entre los notables que quieren dar á sus hijos púberes experiencia y sabiduría en esta materia antes del matrimonio. ¡Y sus compañeros sabían este detalle de la virginidad de Nur, y al invitarle á aquella jira en el jardín, se habían propuesto despertar sus deseos!

Así es que, al verle con la copa en la mano y

vacilando como ante una cosa prohibida, los jóvenes empezaron á reir con grandes carcajadas, de modo que Nur, enojado y un tanto mortificado, acabó por llevarse resueltamente la copa á los labios y de un trago la vació hasta la última gota. Y al ver aquello, prorrumpieron los jóvenes en un grito de triunfo. Y el dueño de la casa acercóse á Nur con la copa llena de nuevo, y le dijo: «¡Qué razón tienes ¡oh Nur! al no privarte por más tiempo ya de este licor precioso que embriaga! ¡Es el padre de las virtudes, el específico contra todas las penas, la panacea para los males del cuerpo y del alma! ¡Á los pobres les da riqueza, á los cobardes valor, á los débiles fuerza y poder! ¡Oh, Nur, encantador amigo mío! ¡aquí yo y todos nosotros somos servidores y esclavos tuyos! ¡Pero, por favor, toma esta copa y bebe de este vino, que es menos embriagador que tus ojos!» Y Nur no pudo rechazarlo, y de un trago vació la copa que le ofrecía su huésped.

Entonces comenzó á circular por su razón el fermento de la embriaguez; y uno de los jóvenes exclamó, dirigiéndose al huésped: «Bien está todo esto, ¡oh generoso amigo! pero ¿podrá ser completo nuestro placer sin escuchar el canto y la música de labios femeninos?...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGÓ
LA 674.ª NOCHE

Ella dijo:

...«Bien está todo esto, ¡oh generoso amigo!
pero ¿podrá ser completo nuestro placer sin escu-
char el canto y la música de labios femeninos?
¿Acaso no conoces las palabras del poeta:

*¡Vamos! ¡ofreced una ronda de vino en la copa
pequeña y en la grande!*

*¡Y tú, amigo mío, toma el licor de manos de una
belleza semejante á la luna!*

*¡Pero para vaciar tu vaso aguarda á que toque
la música: siempre vi beber con gusto al caballo
cuando silban al lado suyo!?»*

Cuando el joven dueño del jardín hubo oído estos versos, contestó con una sonrisa, luego se levantó al punto y salió de la sala de reunión para volver, transcurrido un momento, llevando de la mano á una joven enteramente vestida de seda azul. Era una esbelta egipcia, admirablemente formada, derecha como la letra alef, de ojos babilónicos, de cabellos negros cual las tinieblas, y blanca como la plata en la mina ó como una almendra mondada.

Y estaba tan bella y tan brillante en su traje azul obscuro, que se la hubiera tomado por la luna de verano en medio de una noche de invierno. Después de esto, ¿cómo no iba á tener senos de marfil blanco, un vientre armonioso, muslos de gloria y nalgas rellenas como almohadones, debajo de las cuales había una cosa lisa, rosada y embalsamada, semejante á una bolsita fruncida en medio de un envoltorio grande? ¿Y acaso no es precisamente de aquella egipcia de quien ha dicho el poeta:

*¡Avanza cual la corza, arrastrando tras de ella
á los leones vencidos por las ojeadas aceradas del
arco de sus cejas!*

*¡Para protegerla, la noche hermosa de su cabellera
arma sobre ella una tienda sin columnas, una
tienda milagrosa!*

*¡Con la manga de su traje tapa las rosas ruborosas
de sus mejillas! pero ¿podrá impedir á los corazones
que se embriaguen con el ámbar de su piel
perfumada?*

*¡Y si llega á levantar el velo que oculta su rostro,
entonces, ¡vergüenza sobre ti, hermoso azul de
los cielos! ¡Y tú, cristal de roca, humíllate ante sus
ojos de pedrería!?*

Y el joven dueño del jardín dijo á la joven: «¡Oh bella soberana de los astros! ¡sabe que no te hicimos venir á nuestro jardín mas que para complacer á nuestro huésped y amigo Nur, á quien tienes

aquí, y que por primera vez nos honra hoy con su visita!»

Entonces la joven egipcia fué á sentarse junto á Nur, lanzándole una mirada extraordinaria; luego sacó de debajo del velo una bolsa de seda verde, y la abrió y extrajo de ella treinta y dos pedazos de madera, que acopló de dos en dos, como se acoplan los machos con las hembras y las hembras con los machos, y acabó por formar así un hermoso laúd indio. Y se recogió las mangas hasta los codos, descubriendo sus muñecas y sus brazos, apoyó el laúd en su seno, como apoyaría á su hijo una madre, y lo rozó con las uñas de sus dedos. Y el laúd estremeciése á esta caricia y gimió resonante; y no pudo menos de pensar repentinamente en su propio origen y en su destino: se acordó de la tierra en que fué plantado, de las aguas que le regaron siendo árbol, de los lugares donde hubo vivido en la inmovilidad de su tronco, de los pájaros que cobijó, de los leñadores que lo talaron, del hábil obrero que lo labró, del barnizador que revistióle de brillo, del barco que le había transportado, y de todas las lindas manos por las cuales hubo de pasar.

Y asaltado por estos recuerdos, gimió y cantó con armonía, y en su lenguaje parecía responder con estas coplas rimadas á las uñas que le interrogaban:

¡En otro tiempo fui una rama verde habitada por

ruiseñores, y les mecía amorosamente cuando cantaban!

¡Diéronme así el sentimiento de la armonía; y no me atrevía yo á agitar mi follaje por escucharlos atentamente!

¡Pero un día me derribó en tierra una mano bárbara, y me convirtió, como veis, en laúd frágil!

¡Sin embargo, no me quejo de mi destino; porque cuando me rozan uñas finas, me estremezco con todas mis cuerdas y sufro con gusto lo que me golpea una mano hermosa!

¡En desquite de mi esclavitud, reposo sobre senos de jóvenes, y los brazos de las huries se enlazan con amor en torno á mi cintura!

¡Con mis acordes sé deleitar á los amigos que gustan de las reuniones alegres; y cantando como mis pájaros, sé embriagar sin la ayuda del copero!

Tras de este preludio sin palabras, en que el laúd habíase expresado en un lenguaje sensible al alma sólo, la bella egipcia cesó por un momento de tocar; luego, volviendo sus miradas hacia el joven Nur, cantó estos versos, acompañándose...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



**PERO CUANDO LLEGÓ
LA 675.^a NOCHE**

Ella dijo:

...volviendo sus miradas hacia el joven Nur, la bella egipcia cantó estos versos, acompañándose:

¡La noche es clara y transparente, y en la umbría cercana, el ruiseñor suspira sus transportes, como un amante apasionado!

¡Ah! ¡despiértate! ¡la desnudez del cielo y su frescura invitan al placer á nuestra alma, y esta noche la luna está llena de sortilegios! ¡Ven!

¡No temamos á los envidiosos, y aprovechémonos del sueño de nuestros censores para sumirnos impunemente en el seno de las voluptuosidades! ¡No siempre están las noches estrelladas y embalsamadas! ¡Ven!

¿Acaso, para disfrutar del placer tranquilo, no tienes mirtos, rosas, flores de oro y perfumes? ¿Y no posees las cuatro cosas necesarias para el regocijo ideal: un amigo, una amante, una bolsa llena y vino?

¿Qué más se necesita para ser dichoso? ¡Aprovechate de ello cuanto antes: mañana se desvanecerá todo! ¡He aquí la copa del placer!

Al oír estos versos, el joven Nur, embriagado de vino y de amor, dirigió miradas inflamadas á la bella esclava, que le respondió con una sonrisa atrayente. Entonces él se inclinó á ella poseído de deseo; y ella, al punto, asestó contra él los botones de sus senos, le besó entre los ojos y se le abandonó del todo entre sus manos. Y Nur, cediendo á la turbación de sus sentidos y á la calentura que le abrasaba, pegó sus labios á la boca de la joven y la aspiró como á una rosa. Pero ella, advertida por las miradas de los demás jóvenes, se desenlazó de aquel primer abrazo del joven, para volver á coger el laúd y cantar:

*¡Por la hermosura de tu rostro, por tus mejillas,
parterre de rosas, por el vino precioso de tu saliva,
Te juro que eres el espíritu de mi espíritu, la
luz de mis ojos, el bálsamo de mis párpados, y que
sólo te amo á ti, ¡oh vida de las almas!*

Al oír esta ardiente declaración, Nur, transportado de amor, improvisó á su vez lo siguiente:

*¡Oh tú, cuyo porte es gallardo como el de un barco
pirata sobre el mar, bella de mirada de halcón!*

*¡Oh joven revestida de gracia, la de boca adornada
con dos sartas de perlas, la de mejillas florecidas
de rosas en un parterre de difícil acceso!*

*¡Oh propietaria de una cabellera de esplendor
que se esparce á derecha y á izquierda en toda su*

longitud, negra como un negro joven que se vendiera en almoneda!

¡Te convertiste en pensamiento tiránico de mi alma! ¡A la vista de tus encantos, el amor entró en mi corazón profundamente y lo tiñó con el color oscuro de la cochinilla, que es el tinte más indeleble! ¡Y su fuego me consumió el hígado hasta la locura!

¡Así, pues, quiero darte mis bienes y mi alma toda! Y si me preguntaras: «¿Sacrificarías por mí tu sueño?», te contestaría yo: «¡Sí, por cierto, é incluso mis ojos, ¡oh maga!»

Cuando el joven á quien pertenecía el jardín vió el estado en que se encontraba su amigo Nur, le pareció que había llegado el momento de dejar á la bella egipcia que le iniciara en las alegrías del amor. É hizo inmediatamente señas á los jóvenes, que se levantaron uno tras otro y se retiraron de la sala del festín, dejando á Nur cara á cara con la bella egipcia.

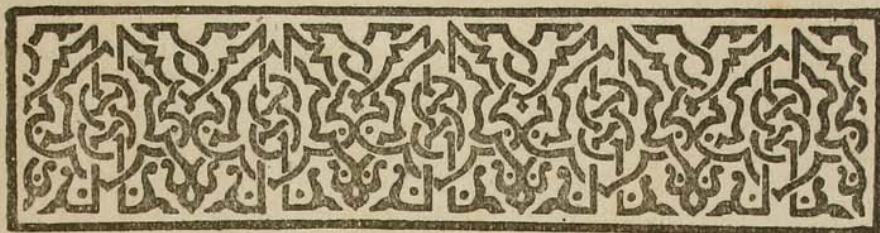
Tan pronto como la joven se vió sola con el hermoso Nur, se irguió cuan larga era y se despojó de todos sus adornos y de sus trajes para quedarse enteramente desnuda, con sólo su cabellera por todo velo. Y fué á sentarse en las rodillas de Nur, y le besó entre los ojos, y le dijo: «Has de saber ¡oh ojos míos! que el regalo guarda proporción siempre con la generosidad del donante. ¡Por tanto, en vista de tu hermosura y de que me gustas, te hago el don de todo lo que poseo! ¡Toma mis

labios, toma mi lengua, toma mis senos, toma mi vientre y todo lo demás!» Y aceptó Nur el maravilloso obsequio, y en cambio, le hizo don de otro más maravilloso todavía. Y la joven le preguntó cuando hubieron acabado, encantada y sorprendida de su generosidad y su destreza: «¡El caso es ¡oh Nur! que tus compañeros decían que estabas virgen!» Él dijo: «¡Es verdad!» Ella dijo: «¡Qué asombroso! ¿Y cómo fuiste tan experto en tu primer ensayo?» Él dijo, riendo: «¡Siempre salen chispas cuando se frota el pedernal!»

Y así fué como, entre rosas, alegrías y escarceos múltiples, el joven Nur conoció el amor en los brazos de una egipcia bella y sana cual el ojo del gallo, blanca cual la almendra mondada...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.





INDICE

	<u>Páginas</u>
LAS AVENTURAS DE HASSÁN AL-BASSRI (CONTI- NUACIÓN).	9.33
EL DIVÁN DE LAS GENTES ALEGRES Y DES- PREOCUPADAS.	35.54
que contiene:	
EL CUESCO HISTÓRICO.	35.39
LOS DOS CHISTOSOS.	39.43
ARDID DE MUJER.. . . .	43.54
HISTORIA DEL DORMIDO DESPIERTO.. . . .	55.144
LOS AMORES DE ZEIN AL-MAWASSIF.. . . .	147.187
HISTORIA DEL JOVEN HOLGAZÁN.	189.209
HISTORIA DEL JOVEN NUR Y DE LA FRANCA HEROICA.	211.238



OBRAS DE V. BLASCO IBAÑEZ

Director literario de esta Editorial

NOVELAS: Arroz y tartana. Flor de Mayo. La Barraca. Entre naranjos. Sónica la cortesana. Cañas y barro. La Catedral. El Intruso. La Bodega. La Horda. La maja desnuda. Sangre y arena. Los muertos mandan. Luna Benamor. Los argonautas (2 tomos). Los cuatro jinetes del Apocalipsis. Mare nostrum. Los enemigos de la mujer. El préstamo de la difunta. El paraíso de las mujeres. La tierra de todos. La reina Calafia. Novelas de la Costa Azul. 5 ptas. vol.—**CUENTOS:** La Condenada. Cuentos valencianos. 5 ptas. vol.—**VIAJES:** En el país del arte. Oriente. La vuelta al mundo, de un novelista (3 t.) 5 ptas. vol.—**ARTÍCULOS:** El militarismo mejicano. 5 ptas.
El Papa del mar (novela) 5 ptas.

NOVÍSIMA HISTORIA UNIVERSAL

escrita por individuos del Instituto de Francia, dirigida á partir del siglo IV por E. Lavisse y A. Rambaud.—Traducción de V. Blasco Ibañez.—20.000 grabados. Historia por la imagen más completa y detallada que ninguna.—Publicados hasta el tomo XIV. En prensa el XV.—10 pesetas volumen encuadernado.

NOVÍSIMA GEOGRAFÍA UNIVERSAL

por Onésimo y Eliseo Reclús.—Traducción de V. Blasco Ibañez.—6 tomos.—Millares de grabados y mapas.—7'50 ptas. vol.

NOVELAS Y TEATRO

Obras de gran amenidad, interés y emoción novelesca.—1'25 ptas. volumen.

BIBLIOTECA FILOSÓFICA Y SOCIAL

Altamira, Büchner, Darwin, Kropotkine, Renán, Spencer, etc.—2 ptas. volumen.

BIBLIOTECA CLÁSICA

HOMERO: *Iliada*. 2 t.—*Odisea*. 2 t.—**ESQUILO**. 1 t.—**SÓFOCLES**. 2 t.—**HESÍODO**. 1 t.—**EURÍPIDES**. 4 t.—**TEÓCRITO**. 1 t.—**ARISTÓFANES**. 3 t.—**JENOFONTE**. 1 t.—**PLAUTO:** *Comedias*. 2 t.—**FEDRO:** *Fábulas*.—**SYRO:** *Sentencias*. 1 t.—**CICERÓN:** *La República*.—*Las paradojas*. 1 t.—**ARISTÓTELES:** *La política*. 1 t.—**LA CANCIÓN DE ROLDÁN**. 1 t.—**QUEVEDO:** *Obras satíricas*. 1 t.—**CERVANTES:** *Teatro selecto*. 1 t.—**VIDA DE CERVANTES**, por su primer biógrafo Mayáns y Siscar. 1 t.—**LOPE DE VEGA:** *Novelas*. 1 t.—*Comedias*. 1 t.—**GUILLERMO DE CASTRO:** *Teatro*. 1 t.—**CALDERÓN:** *Teatro*. 2 t.—**SHAKESPEARE:** *Obras completas*. 12 t.—2 ptas. vol.

LA CIENCIA PARA TODOS

Volúmenes ilustrados á 1'50 pesetas.

CULTURA CONTEMPORÁNEA

E. FAGUET: *El arte de leer*. 3 ptas.—**E. BERGSON:** *La risa*. 3 ptas.—**W. WILSON**, ex presidente de los Estados Unidos: *La nueva libertad*. 3 ptas.—**W. SOMBART:** *Socialismo y movimiento social*. 4 ptas.

NUEVA BIBLIOTECA DE LITERATURA

Anatole France, Daudet, Victor Hugo, etcétera.—2 ptas. vol.

LOS CLÁSICOS DEL AMOR

Obras de Apuleyo, Longo, Marcial, Voltaire, Casanova, etc.—2 ptas. volumen.

LAS NOVELAS DEL MISTERIO

Aventuras del famoso detective Sherlock Holmes, por Conan Doyle. 8 t.—2 ptas. vol.

COLECCIÓN POPULAR

Filosofía, Historia, Pedagogía, Política, Crítica, Viajes, Arte, etc.—1 pta. volumen.

LOS GRANDES NOVELISTAS

Tolstoi, Dumas, Sué, Conan-Doyle, etc.—A 35 céntos.—Edición *La Novela Ilustrada*.

LA NOVELA LITERARIA

Amplia y selecta colección dirigida por Blasco Ibañez, que cuenta con el apoyo de los novelistas de todos los países para esta obra de difusión literaria. Todos los volúmenes llevan un estudio biográfico y crítico del autor de la obra escrito por Blasco Ibañez. Novelas de Paul Adam, Barbusse, Bazin, Bourges, Bourget, Duvernois, Frapié, Harry, Hermant, Huysmans, Jaloux, Lavedan, Louys, Margueritte, Miomandre, Regnier, Rosny, Tinayre y otros muchos maestros de la novela contemporánea.—4 pesetas volumen en rústica.

J. FRANCÉS: *La danza del corazón* (novela). 3'50 ptas.—*Teatro de amor*. 3 ptas.

F. LLORCA: *Lo que cantan los niños*. Canciones y juegos infantiles. 2 ptas.

HISTORIA DE LA GUERRA EUROPEA DE 1914

ESCRITA POR V. BLASCO IBAÑEZ. Ilustrada con millares de grabados.

Las grandes batallas.—*El heroísmo*.—*Los horrores de la lucha*.—*La guerra en el mar y en los aires*.—*Tipos y costumbres de los beligerantes*.—*Personajes de la tragedia, retratos, caricaturas y documentos*.—*Planos y mapas*.—*La vida en el campamento, en los campos de batalla y hospitales*.—*Panoramas trágicos*.—Nueve tomos, lujosamente encuadernados.—Precio de cada tomo, 25 pesetas.

El libro de las mil noches y una noche.

Traducción directa y literal del árabe por el doctor Mardrus.—Versión castellana de V. Blasco Ibañez.—Prólogo de E. Gómez Carrillo.—23 tomos.—2 ptas. volumen.